

Imperialismo sanguinario

Revista Izquierda N° 127

15 DE ABRIL DE 2026



ESPACIO CRÍTICO EDICIONES

Publicación auspiciada por
Espacio Crítico Centro de Estudios
www.espaciocritico.com

ISSN-2215-8332

127

abril de 2026
BOGOTÁ, COLOMBIA

*Las opiniones emitidas por
los autores no comprometen al
Consejo Editorial de la Revista.*

Director

Jairo Estrada Álvarez

Jefe de redacción

Jesús Gualdrón Sandoval

Consejo editorial

Víctor Manuel Moncayo Cruz,
Carolina Jiménez Martín,
María Teresa Cifuentes Traslaviña,
Sergio De Zubiría Samper,
Ricardo Sánchez Ángel,
Daniel Libreros Caicedo,
Jorge Gantiva Silva,
José Francisco Puello-Socarrás

*Todo el contenido de esta publicación
puede reproducirse libremente,
conservando sus créditos.*

Consejo asesor internacional

Beatriz Stolowicz (México),
Julio Gambina (Argentina),
Ricardo Antunes (Brasil),
Antonio Elías (Uruguay),
Marcello Musto (Canadá)

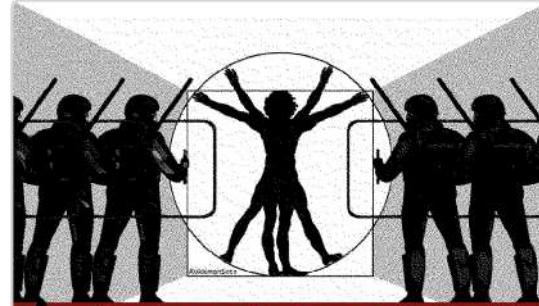
Diseño y diagramación

Andrea Daniela Donoso Méndez

Programador

Juan Sebastian Gaitán Zapata

CONTENIDO



RÉGIMEN POLÍTICO Y DOMINACIÓN

Características del fascismo actual y procesos de fascistización societaria

Sergio De Zubiría Samper



RÉGIMEN POLÍTICO Y DOMINACIÓN

La iluminación por venir y la desventura del pensar. *El perro semihundido* de Goya y el naufragio de Walter Benjamin

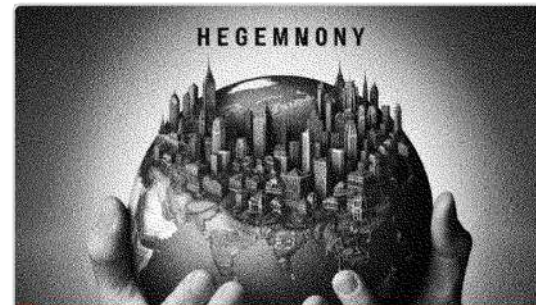
Jorge Gantiva Silva



CAPITALISMO HOY

Imperialismo sanguinario y sin máscaras

Renán Vega Cantor



CAPITALISMO HOY

Ideas para una mejor comprensión del presente

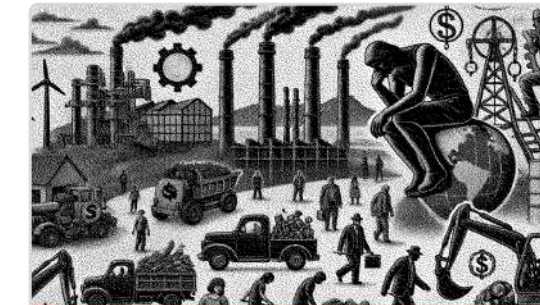
Álvaro García Linera



SUBVERSIONES INTELECTUALES

La insoportable levedad del «tecnofeudalismo». El rentismo (gaseoso) y la (inexpugnable) ley del Valor

José Francisco Puello-Socarrás



SUBVERSIONES INTELECTUALES

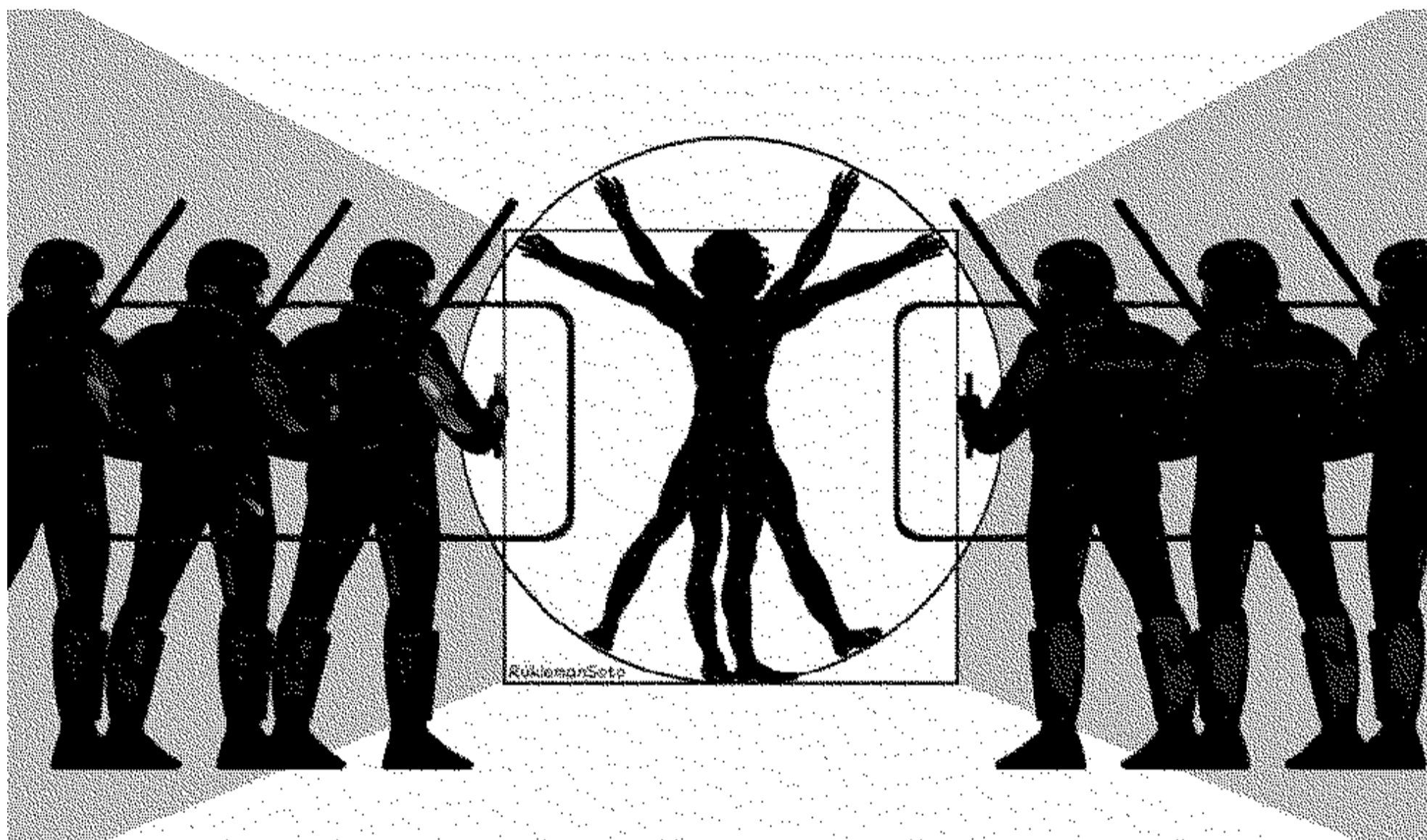
Revisión crítica de algunos fundamentos teóricos de la experiencia socialista soviética

Rodolfo Méndez Quintero

Características del fascismo actual y procesos de fascistización societaria

🕒 abril 15, 2026

📖 127



Sergio De Zubiría Samper

Profesor Titular Doctorado en Bioética
Universidad El Bosque

Presidente Fundación Walter Benjamin para la Investigación Social
Colombia

La reciente aprobación de la pena de muerte contra los palestinos por parte del parlamento israelí, la gestación de una “internacional” de la extrema derecha (México, 2024) y la divulgación de las estrategias de seguridad/defensa del gobierno de Trump constituyen signos de alarma para la humanidad. Evidencian los pasos agigantados del crecimiento y consolidación del fascismo en este siglo XXI. Desde la mirada del historiador, evocan los pasos del nazismo para el “desarrollo” de la “solución final”: segregación, xenofobia, expulsión, exterminio selectivo, asesinato administrativo de millones de personas, los campos de concentración. Para la conciencia filosófica crítica, en palabras, de T. Adorno: “Hitler ha impuesto a los hombres un nuevo imperativo categórico para su actual estado de esclavitud: el de orientar su pensamiento y acción de modo que Auschwitz no se repita, que no vuelva a ocurrir nada semejante” (Adorno, 1975, p. 365), por tanto, “La exigencia que Auschwitz no se repita es la primera de todas las que hay que plantear a la educación” (Adorno, 1998, p. 79).

La educadora argentina, Chinthia Wanschelbaum, lo expresa de forma pedagógica: “Que debatamos si lo que estamos viviendo es o no es fascismo ya habla del contexto político contemporáneo” (Wanschelbaum, 2025, p. 52). Más allá de cualquier polémica academicista o terminológica, la situación planetaria en todos los ámbitos arrastra altos peligros, profundas incertidumbres y procesos de fascistización. Existe una estrategia consolidada de “batalla cultural” para ganarse el sentido común de las poblaciones por parte de la extrema derecha, una pedagogía neofascista consolidada y las respuestas político-culturales son urgentes, pero aún inconsistentes.

El concepto de “batalla cultural” formulado por A. Gramsci desde la teoría política de izquierda y al calor de las luchas de los oprimidos contra el fascismo italiano ha sido apropiado y resignificado por la extrema derecha. Reconociendo que la hegemonía es frágil, inestable y siempre en construcción, la ultraderecha instrumentaliza la “batalla cultural” de forma oportunista manipulando los deseos y miedos existentes, eliminando la reflexión crítica, estimulando el fanatismo y escalando la xenofobia, odios y violencias. Se trata de defender con cualquier medio al sector minoritario que ha concentrado el poder y la ultraconcentración de la riqueza como una “cruzada” que defiende los valores tradicionales. Su imagen patética es Milei dizque defendiendo la “libertad” con una “motosierra”. En palabras del líder español de Vox, S. Abascal, en la Conferencia de Acción Conservadora (México, 2024): “Es muy importante que los conservadores del mundo nos juntemos, hagamos estrategias conjuntas frente a la ofensiva de socialistas y comunistas, que están terminando con las democracias, con las libertades de las personas, a ambos lados del Atlántico. Los globalistas y progres se están infiltrando en todas las instituciones, están en contra de los valores tradicionales. La única elección que nos queda a los conservadores es estar juntos en esta batalla política”.

Más allá de cualquier polémica académica o terminológica, la situación planetaria en todos los ámbitos arrastra altos peligros, profundas incertidumbres y procesos de fascistización. Existe una estrategia consolidada de “batalla cultural” para ganarse el sentido común de las poblaciones por parte de la extrema derecha, una pedagogía neofascista consolidada y las respuestas político-culturales son urgentes, pero aún inconsistentes.



<https://www.portafolio.co/internacional/que-es-el-escudo-de-las-americas-y-que-implica-que-colombia-no-haga-parte-489823>

El presente artículo pretende contribuir a ubicar algunas características del fascismo contemporáneo y sus diferencias con el fascismo histórico. Asume esta tarea en tres momentos. En la primera parte, explora algunas explicaciones sobre las condiciones contextuales de la emergencia de los actuales fascismos. La segunda elabora una cartografía sobre las distintas respuestas académicas a la caracterización de este fascismo y la “batalla terminológica” (C. Wanschelbaum) que ha generado este debate. La tercera postula las características distintivas del fascismo actual en una bibliografía significativa.

Partimos de tres premisas que es conveniente hacer explícitas. Primera: el fascismo es un fenómeno global transnacional que adopta variantes nacionales, es decir, una ideología transnacional con variantes nacionales; sus características más generales se imbrican en una realidad nacional, contextual y singular. Segunda: los procesos históricos entablan trayectorias de continuidad y discontinuidad con su pasado; como lo expresa poéticamente el filósofo de Tréveris: “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”. Tercera: evocando nuevamente a T. Adorno, ratificar como la supervivencia del fascismo en la democracia es potencialmente mucho más amenazadora que la supervivencia de tendencias fascistas *contra* la democracia, y por ello, es obligatorio abandonar la supuesta antípoda entre “democracia” liberal versus “fascismo” para confrontar los procesos de fascistización.

Etiologías del fascismo contemporáneo

Develar las causas, orígenes y factores determinantes de la emergencia del fascismo actual constituye una investigación irrealizable, porque un fenómeno tan complejo responde a orígenes diversos, multicausales y plurideterminados. La investigación académica y el pensamiento crítico están contribuyendo a ubicar unos puntos o lugares de atención para develar las etiologías del fascismo actual, aún con divergencias notorias en los acentos, consecuencias y perspectivas.

El primer ámbito remite a la fase capitalista de acumulación neoliberal y sus complejas consecuencias en la vida social. Este modelo implementado a nivel planetario desde la década del setenta del siglo XX ha experimentado su deslegitimación progresiva y desplome generalizado. El colapso financiero de 2008 evidenció las limitaciones insuperables del neoliberalismo. La concentración oligopólica de la riqueza, la obscena desigualdad, la profundización de la injusticia social y la destrucción ecológica han evaporado el consentimiento sobre las virtudes adjudicadas originalmente al neoliberalismo, porque las contradicciones internas de la neoliberalización son incontenibles y está impelido a experimentar crisis financieras (D. Harvey). La investigación histórica ha develado la dimensión autoritaria “irreductible” del neoliberalismo desde sus orígenes en la década del treinta del siglo XX (Laval y Dardot). Para M. Lazzarato, los distintos tipos de neoliberalismo están abrazando el neofascismo, porque indagando a profundidad “el nuevo fascismo es la otra cara del neoliberalismo”.

El diagnóstico de Amador Fernández Savater postula cuatro “corrientes de fondo” de las transformaciones neoliberales para el florecimiento de los discursos de extrema derecha. La primera se encuentra en el brutal aumento de las desigualdades, cuando este modelo prometió un derrame de riqueza que nunca llegó y ante el aumento del malestar la extrema derecha ha logrado direccionar el descontento hacia los de abajo, hacia los migrantes y hacia el Estado como la casta de los poderosos. La segunda es la expansión de una inseguridad existencial y social ante el trabajo precarizado, el endeudamiento y el “miedo a la caída social”, que la extrema derecha canaliza con discursos de “seguridificación” como más policía, cárceles, mano dura y cierre de fronteras. La tercera corriente reside en la disolución de los tejidos comunitarios y cooperativos a través de la expansión del imperativo neoliberal de “empresarialismo de la vida” y la atomización individualista. La cuarta se manifiesta en la crisis de los roles de género tradicionales ante los avances del feminismo y las reivindicaciones LGTBIQ, que generan reacciones virulentas y nostálgicas desde un orden patriarcal. El hedor neoliberal a injusticia, la inseguridad existencial, la atomización, la misoginia y el racismo configuran el terreno propicio para el arraigo de los discursos ultraderechistas.

El segundo entorno que habita en las raíces de la etiología fascista anida en las disputas por la hegemonía mundial y las guerras interimperialistas actuales. La tendencia al declive de la hegemonía norteamericana y occidental en los inicios del siglo XXI ha tenido manifestaciones belicistas, destructivas y violentas, como el genocidio de Gaza y la guerra contra la República islámica de Irán. El historiador E. Hobsbawm califica el abuso de la fuerza militar de Norteamérica como una evidencia de pérdida progresiva de la hegemonía política y cultural del mundo occidental. Teóricos como E. Alliez y M. Lazzarato proponen la noción de “guerras fractales” para caracterizar las guerras contemporáneas como plena subordinación de las guerras al capital financiero, la profundización de las divisiones de clases, género y razas (“guerras dentro de las poblaciones”) y la disolución de la distinción entre “poder civil” y “poder militar”. Investigadores como A. Korybko las denominan “guerras híbridas” porque combinan “revoluciones de colores” y guerras no convencionales; su ejemplificación son las “primaveras árabes”, Siria y Ucrania; evocan la estrategia militar inspirada en Sun Tzu, en la antigua China, al sostener que la “guerra indirecta” es la mejor forma de combatir al enemigo. Para la mexicana A. E. Ceceña, las guerras actuales se alimentan de tres elementos: el rediseño geopolítico producto de las disputas por la hegemonía; los recursos considerados estratégicos, y el disciplinamiento de poblaciones, territorios y Estados.

Tiempos turbulentos inundados de guerras, imperialismo, conflictos globales, genocidios, en un contexto de decadencia de la hegemonía norteamericana y occidental son también terreno fértil para el chovinismo, el fanatismo, el odio y el miedo. Inevitable evocar la conocida sentencia de A. Gramsci en los *Cuadernos de la Cárcel*: “En el interregno aparece una gran variedad de síntomas/fenómenos mórbidos” (*In questo interregno si verificano í fenómeno morbosi píu svariati*).

Reconociendo que la hegemonía es frágil, inestable y siempre en construcción, la ultraderecha instrumentaliza la “batalla cultural” de forma oportunista manipulando los deseos y miedos existentes, eliminando la reflexión crítica, estimulando el fanatismo y escalando la xenofobia, odios y violencias. Se trata de defender con cualquier medio al sector minoritario que ha concentrado el poder y la ultraconcentración de la riqueza como una “cruzada” que defiende los valores tradicionales.

La tercera dimensión que sustenta la etiología del fascismo es el reconocimiento de la profunda crisis de la política y las democracias liberales. El desencanto, malestar o desafección por la política tiene diversas causalidades y ha generado tendencias hacia la anti-política o lo impolítico (R. Esposito); la crisis de la democracia liberal representativa es profunda. Algunas de sus manifestaciones son la separación de la política de sus fines últimos, su autonomización de la ética, la subsunción exclusiva a lo estatal, la desideologización y fetichización, la empresarialización, la crisis de la representación, la limitación a democracias electorales, entre otras. Para E. Traverso tres transformaciones han sido demoledoras para devenir en lo "impolítico": la creciente reificación del espacio público al ser absorbido por los medios monopólicos de las industrias de comunicación; la deriva bonapartista del poder que instauro estados de excepción permanentes y convierte los parlamentos en simples escribanos del poder ejecutivo; en la política ya no se combate por ideas, se construyen carreteras.

La decadencia de la política y la desconfianza en la democracia liberal tienen interpretaciones divergentes desde la derecha y la izquierda. Los discursos de la extrema derecha instrumentalizan la crisis hacia la "antipolítica" y lo "impolítico" como xenofobia, autoritarismo y seguridificación, mientras que las izquierdas la presentan como la emergencia de formas alternativas de "lo político". Para C. Wanschelbaum, el desencanto con la democracia liberal y la elección de los proyectos neofascistas responden a una base material: la disputa por la democratización real de la riqueza. Cuando la situación se endurece para el capital, la violencia, la expropiación y la expoliación, se convierten en prioridad en el orden del día de las clases dominantes.

La cuarta genealogía remite a la frustración y desesperanza con los proyectos que se han mostrado como alternativas a la deriva autoritaria y fascista: la socialdemocracia europea y el progresismo latinoamericano. La *Conferencia Internacional Antifascista* (abril 2026), en Porto Alegre, ha develado conclusiones a tener en cuenta: (a) el auge de la extrema derecha no puede explicarse únicamente por su capacidad de movilización, sino también por las limitaciones y opciones de los gobiernos que se presentan como su alternativa; (b) el auge de la ultraderecha no solo se debe a un cambio ideológico, sino también a la frustración que emerge cuando los gobiernos elegidos con apoyo popular empiezan a gobernar en contra de las clases trabajadoras y populares; gobiernos que surgieron como alternativa terminaron abriendo espacios para el retorno agresivo de fuerzas reaccionarias; (c) el auge de la extrema derecha no se frenará con retórica, sino con una nítida ruptura con aquellas políticas que generan frustración social.

Desde 2016, R. Zibechi postula los límites profundos del progresismo latinoamericano y advierte sobre la tendencia de un "giro a la derecha" en la región. Algunos de esos núcleos de tensión han adquirido relevancia en esta última década: grietas entre los gobiernos y las sociedades; integración de dirigentes y cuadros en el aparato estatal; limitación de la política a lo electoral, institucional y estatal; consolidación de nuevas elites bajo el progresismo y burguesías emergentes; imposición de modelos neodesarrollistas; expansión de la corrupción; reducción de la pobreza acompañada de agravamiento de la desigualdad; políticas sociales al servicio del capital financiero; intensificación de la represión para sostener privilegios; empobrecimiento del pensamiento crítico y crisis de los intelectuales, entre otros. Un tipo de "progresismo" cumpliendo la tarea de administrador disciplinado de la bancarrota del neoliberalismo.

Una etiología compleja del fascismo contemporáneo nos exige profundizar en los anteriores cuatro ámbitos o dimensiones: la fase capitalista de acumulación neoliberal y sus síntomas de crisis; las disputas por la hegemonía mundial y las guerras interimperialistas; el desencanto o malestar con la política y las democracias liberales; la desesperanza con la socialdemocracia europea y el progresismo latinoamericano.



Las disputas terminológicas

El debate sobre la terminología se ha intensificado en la última década y consideramos que evidencia unas inquietudes legítimas. En primer lugar, evidencia el crecimiento y fortalecimiento de procesos de fascistización en la vida cotidiana de las sociedades actuales. En segunda instancia constituye un síntoma de la necesidad de comprender y confrontar los desafíos que esas fuerzas reaccionarias representan en nuestra época. Tercera, se trata de una confrontación que desborda la dimensión teórica y adquiere una dimensión política urgente.

Todo término tendrá limitaciones y vacíos, pero es un esfuerzo conceptual y político para la aproximación al fenómeno. La “batalla terminológica” gira en torno a tres problemáticas: (a) El nivel de novedad o no del fenómeno; (b) Subrayar los rasgos de continuidad o discontinuidad con relación al fascismo histórico; (c) Se trata de un renacimiento, restauración, reconstrucción o nunca ha dejado de existir. Las nociones más utilizadas son fascismo, nuevos fascismos, neofascismo, posfascismo, fascismo tardío, nueva derecha, extrema derecha y ultraderecha. La dificultad para nombrar evidencia, al mismo tiempo, la complejidad del problema y los límites de los diversos términos.

La argentina C. Wanschelbaum elabora una propuesta de agrupamiento del debate que pretende sistematizar la discusión teórica. Un primer grupo de intelectuales que no dudan en llamar “fascismo” a lo que estamos viviendo y, aunque el contexto histórico sea diferente, postulan que las características y dinámicas de las actuales fuerzas políticas comparten similitudes con el fascismo del siglo XX. Un segundo grupo que considera problemático o insuficiente el término “fascismo” para captar las complejidades del fenómeno política actual y proponen adjetivos complementarios. Un tercer grupo intelectual que analiza las novedades de la derecha subrayando sus configuraciones históricas para apropiarse características persistentes del fascismo, como también sus transformaciones y adaptaciones a las circunstancias contemporáneas. La educadora reconoce las limitaciones y arbitrariedades de toda clasificación.

En el primer grupo sitúa a A. Badiou, J. Butler, N. Chomsky y M. Lazzarato. Para Badiou es legítimo denominar “fascismo democrático” a los procesos de fascistización de las subjetividades contemporáneas producidas por el capitalismo en su fase actual; se trata de nuevas versiones de viejas políticas y tradiciones que tienen la peculiaridad de operar en el marco de un “aparato democrático”. Butler valora el triunfo de Trump como la identificación entre las promesas y acciones de un tipo de liderazgo que integra las características del fascismo histórico. Chomsky caracteriza el Partido Republicano de Estados Unidos como la organización más peligrosa de la historia reciente. Lazzarato establece un nexo intrínseco entre los nuevos fascismos y el neoliberalismo al reforzar las jerarquías de raza, sexo y clase con estrategias neoliberales; los nuevos fascismos son una mutación del fascismo histórico en la etapa neoliberal.

Del segundo conjunto hace parte E. Traverso, S. Forti, C. Mudde, Y. Camus, C. Mouffe, W. Brown. Traverso propone la noción de “posfascismo” para aproximarse a la nuevas caras de la derecha porque conservan estrategias y elementos del fascismo histórico pero también diferencias relevantes; el fascismo anterior surgió en un contexto histórico bastante diferente como son la confrontación directa con la revolución bolchevique y la devastación posbélica de la Primera Guerra Mundial; no es pertinente la noción de “neofascismo” porque aunque conserven ciertas matrices fascista, no reivindican explícitamente el fascismo. Para Forti el término “fascista” se ha banalizado demasiado y no resulta adecuado para caracterizar a la “extrema derecha”; no son la típica milicia fascista de entreguerras, ni se asemejan a los partidos neofascistas de la segunda mitad del siglo XX; una novedad de esta “extrema derecha” es la utilización de tecnologías digitales para construcción del “sentido común”. Mudde propone la metacategoría de “ultraderecha” que engloba tanto la extrema derecha como la derecha radical, existiendo diferencias entre ellas; la “extrema derecha” es antidemocrática por principio, mientras la “derecha radical” es anti-liberal-demócrata, al cuestionar ámbitos liberales del sistema, pero no rechaza la democracia misma. Camus utiliza las nociones de “derechas populistas y radicales” para referirse a una pluralidad heterogénea de grupos políticos, que adoptan la “democracia parlamentaria”, pero se oponen a la globalización y defienden la “economía de mercado”; opta por el término “derecha extrema” para aquellos partidos que rechazan la democracia parlamentaria y los derechos fundamentales. Mouffe considera que usar términos como “fascismo” o hacer comparaciones con los años treinta del siglo XX no resulta adecuado para captar la particularidad de los movimientos políticos actuales; formula la categoría de “populismo de derecha” y reconoce un núcleo democrático en las demandas de dichos partidos al conectarse con aspiraciones populares. Para Brown no estamos presenciado el regreso de los fascismos de la década del treinta, ni tampoco una regresión de la civilización occidental; se está conformando algo relativamente nuevo, distinto de los fascismos, despotismos, tiranías, como también de los “conservadurismos convencionales”.

Una etiología compleja del fascismo contemporáneo nos exige profundizar en cuatro ámbitos o dimensiones: la fase capitalista de acumulación neoliberal y sus síntomas de crisis; las disputas por la hegemonía mundial y las guerras interimperialistas; el desencanto o malestar con la política y las democracias liberales; la desesperanza con la socialdemocracia europea y el progresismo latinoamericano.

El tercer grupo intelectual remite a D. Harvey, D. Feierstein, A. Borón, R. Carbone y se aproxima a la metáfora del “monstruo dormido”, por la posibilidad siempre presente de modos del ejercicio del poder y la dominación que pueden despertar y manifestarse nuevamente bajo ciertas condiciones. Es la corriente teórica que se aproxima más a la pertinencia de la noción de “neofascismo”. Afirmar que los gobiernos de Trump, Milei y Bolsonaro “son neofascistas no desenfoca, ayuda a entender la magnitud de la amenaza” (Wanschelbaum, 2025, p. 53). Para Harvey el capitalismo y el neoliberalismo solo pueden sobrevivir y desplegarse con destrucción y violencia; el capital en su fase actual para sobrevivir y acumular nos está acercando al fascismo de los años treinta; la tarea es luchar contra esa tendencia destructiva de capitalismo neoliberal. Feierstein, en Argentina, antes del triunfo de Milei, alertaba sobre la existencia de condiciones de posibilidad de emergencia del fascismo y su filtración en capas populares como una especie de “huevo de la serpiente fascista”; es en el campo de las “prácticas sociales” donde el riesgo es mayor; a pesar de sus diferencias existen rasgos comunes estructurales con el fascismo de los treinta porque intentan resolver contradicciones equivalentes y utilizar herramientas estructurales homologables. Borón postula cómo el carácter brutal y sanguinario de la derecha, potenciado por el influjo violento del imperialismo norteamericano, constituye una constante histórica en América Latina y el Caribe. Carbone destaca su “historicidad” desde el “fascismo clásico” a las condiciones actuales; no se trata de una simple repetición, sino de una adaptación que combina elementos tradicionales y nuevos; el fascismo contemporáneo es una reconfiguración del autoritarismo bajo la apariencia de democracia; fascismo no es un concepto que se ajuste a una experiencia particular, sino que es un poder que alimenta un movimiento transhistórico e internacional.



https://jcconcursos.com.br/media/_versions/noticia/ato_de_golpistas_em_santa_catarina_-_reproducaoredes_sociais_widelg.jpg

Características del Fascismo Contemporáneo

Tres consideraciones importantes para desglosar las características del fascismo actual y una decisión ético-política. La primera consideración, queremos subrayar que se trata de una enumeración limitada de sus características y que son necesariamente debatibles según el horizonte teórico y político. La segunda, reiterar como lo destaca R. Koselleck, que la experiencia histórica precede a la conceptualización y que existen tensiones entre los hechos históricos y su transcripción lingüística. Tercera, el fascismo actual es hijo de su tiempo, de las condiciones históricas que lo posibilitan, no de la década del treinta del siglo XX.

La decisión ético-política implica priorizar las nociones de fascismo, neofascismo y posfascismo sobre derecha y extrema derecha. Hasta que los fenómenos amenazantes e inquietantes no son nombrados, en cierto sentido, no existen o no contienen el peligro que interpela. “Es necesario, pues, pronunciar la palabra “fascismo”, reconstruir su historicidad y dotarla de espesura en el presente” (Wanschelbaum, 2025, p. 54).

El fascismo actual expresa características estructurales de las sociedades occidentales contemporáneas, como la perpetuación de las crisis económicas, el desencanto con el sistema democrático, la tendencia a la desideologización y la crisis de las utopías. El “posfascismo” (E. Traverso) está desprovisto del impulso vital y utópico de sus ancestros, que se concebían como alternativas civilizatorias, proyectos salvadores, etc., porque emerge en un tiempo que podemos denominar “post-ideológico”, marcado por unas elites que experimentan el “colapso de la esperanza”, el desprecio por las

ideologías y el poder exclusivo del dinero. En nuestros días la “idolatría del mercado” es la religión de nuestro tiempo (E. Traverso). Su tiempo “presentista” hace que su vínculo con las masas sea distinto al del fascismo precedente: no tienen la ambición de movilizar grandes masas en torno a mitos colectivos o fundacionales, sino utilizarlas en las citas electorales para oponerse a lo que denominan el “sistema”, los “enemigos”, la “casta”, “los migrantes”, etc.; extrae su material de la continuidad de la crisis capitalista y del agotamiento de las democracias liberales que han conducido a las clases populares hacia la abstención y la desesperación. Postula cambiar el sistema “desde adentro”, a diferencia del fascismo clásico que deseaba “cambiarlo todo”. Esto explica su contenido fluctuante, inestable, a menudo plenamente contradictorio, como también la aceptación y mezcla ecléctica de filosofías políticas antinómicas. Consideramos que esta es la primera característica del fascismo actual: su régimen de historicidad específico.

El segundo rasgo común del fascismo actual, arraigado en todas sus variantes, tanto neonazis como partidos “moderados”, es la xenofobia y el racismo. Un odio violento hacia la alteridad, hacia el extranjero, especialmente el inmigrante y otras alteridades estigmatizadas, como una especie de “enemigo interior” que amenaza la convivencia, el trabajo y corrompe el “cuerpo sano de la nación”. El mecanismo social de fabricación de alteridades negativas no es una novedad en la vida social, pero su dimensión exponencial sí lo es. La lógica fascista actual convierte a demasiados “otros” en enemigos para odiar y liquidar: los pobres; los negros; las mujeres; los homosexuales; el mestizaje; los pensionados; los terroristas; los intelectuales; los que piensan distinto; etc. El “posfascismo” comparte una matriz antifeminista, negrófoba, homofóbica y en ciertas circunstancias antisemita (Traverso). Una xenofobia cotidiana y normalizada que escala a niveles amenazantes por las huellas del racismo estructural y colonialista. Una matriz colonial que se convierte en clave interpretativa del fascismo actual, porque no apunta a conquistar sino a segregar, expulsar y liquidar. Traverso postula como el trumpismo encarna una versión xenófoba y reaccionaria que elimina la otredad por vía de la atomización individualista; el fascismo histórico sostuvo la idea de “comunidad nacional” o “racial”, mientras Trump predica el individualismo extremo proponiendo un “americanismo” del *self made*, propio del darwinismo social. Trump simboliza la época del neoliberalismo, la era del capitalismo financiero, el individualismo competitivo, la precariedad endémica, como también el suprematismo y macartismo histórico blanco norteamericano.

La tercera característica del “neofascismo” (C. Wanschelbaum) es la recuperación de elementos del fascismo y la introducción de otros nuevos. Se recuperan de su antecedente la defensa de la propiedad privada, el vínculo con las corporaciones, los valores tradicionales, la apelación a un pasado mítico, la búsqueda de chivos expiatorios, la intensificación del control social, el autoritarismo y la disciplina, pero se añaden temáticas como la “ideología de género”, teorías conspirativas, una peculiar defensa del medio ambiente y el cuestionamiento de la idea de igualdad. Conjugan un programa neoliberal con el neoconservadurismo, la violencia y el odio colectivo. Ante cualquier amenaza a la pérdida de su poder, su respuesta se hace más reaccionaria, más violenta, más racista y abandona los consensos. Aunque para Lazzarato, la evolución de la ola fascista es difícil de prever porque se caracteriza por notables diferencias internas y nacionales, también habría que añadir que el destino de los movimientos neofascistas dependerá de las acciones concretas para construir alternativas a su despliegue.

Otra de las características del neofascismo son las fuentes pulsionales que lo alimentan y que se sintetizan teóricamente en la “personalidad autoritaria” (Freud, Fromm, Horkheimer): una mezcla de frustración, temor y falta de autoconfianza que conducen al “goce” de su propia sumisión. La frustración y debilidad del “yo” se deben compensar en la fantasía como “orden y seguridad”; el temor paranoico se ha trasladado al “terrorista”, al extranjero y lo que denominan “minorías étnicas, sexuales o religiosas”. Saben fabricar y explotar el miedo, pero la solución siempre es “volver al pasado”. Existe un “buen pueblo”, un “nosotros” (varonil, homófobo, antifeminista, antiaborto, indiferente a la contaminación ambiental y hostil al intelectualismo) y un “mal pueblo” (inmigrante, drogadicto, marginal, inmoral, etc.); existe un “enemigo interno” (los migrantes que quitan el empleo a los nacionales; las mujeres, negros y homosexuales que han adquirido derechos).

La quinta característica del “posfascismo” es no ocultar su pasión por los poderes autoritarios, peticona leyes de seguridad, mayor intervención de la inteligencia policiva, permisividad de la tortura, pena de muerte, poderes unidimensionales, cárceles extremas, etc., pero a diferencia de sus antecedentes no critica directamente la democracia o los derechos humanos. Intenta justificar su autoritarismo como aparentes argumentos económicos y científicos. Puede mezclar demagógicamente frases como “seguridad democrática”, “guerra preventiva”, “dictaduras necesarias”, “armamentismo sano”, “guerras de intervención”, “guerras justas”, etc.; por momentos se comporta como una de las especies de “ilustración racista” al intentar poner la ciencia y la historia al servicio de los nuevos racismos. Traverso la caracteriza como “una nueva corrupción de la ilustración” y rememora la obra del C. Lombroso *El Hombre blanco y el Hombre de color* (1892), que postula la superioridad de la raza blanca argumentado que solo ella ha sabido proclamar la libertad del pensamiento y la libertad del esclavo.

El sexto rasgo, también ligado a su especificidad histórica, alude a la experiencia de la crisis de las utopías o el destino de la desesperanza (cierre del horizonte de expectativas). Al haber colapsado el “comunismo soviético” y haberse alineado la socialdemocracia en la gobernabilidad neoliberal, las derechas han venido adquiriendo una suerte de monopolio de la crítica al “sistema”, sin ninguna necesidad de mostrarse subversivas. Una especie de distanciamiento del establecimiento dentro del orden social capitalista; nunca se presenta como revolucionario, sino como conservador y reaccionario. La época porta una profunda paradoja: el fracaso del “socialismo real” y en América Latina las profundas limitaciones del “progresismo” fueron seguidas por una ofensiva ideológica del “conservadurismo” y no por un balance riguroso de las estrategias de la izquierda.

La séptima característica remite al tipo de liderazgo prototipo del “posfascismo” o “neofascismo”. Es una variante particular del “carisma”; no se parece al analizado por Weber que implicaba una relación directa, casi personal y emocional del líder con sus adeptos, sino un carisma “a distancia”, a través de los medios, con una figura cuya importancia radica en “que actúe” (la acción por la acción) y que, como no tiene un programa político y racional claro, puede permanentemente equivocarse y rectificar (los ejemplos de Berlusconi y de Trump son paradigmáticos). No aspira movilizar a las masas, sino a atraer públicos de individuos atomizados, consumidores precarizados y pasivos. Frente al descrédito de la política, promueven un modelo de “democracia plebiscitaria” que suprime la deliberación colectiva estableciendo una relación instrumental y afectiva entre líder/pueblo, jefe/nación, dirigente/fanático.

Hemos intentado comprender los trazos profundos que caracterizan el fascismo actual. Sus posibles etiologías, las disputas por su nominación y las características generales de los procesos contemporáneos de fascistización. Estamos convencidos que prepararnos para su confrontación y la construcción de alternativas, necesariamente, pasa por su estudio sistemático y urgente.

Referencias bibliográficas

Adorno, T. (1984). *Dialéctica Negativa*. Madrid: Taurus.

Alliez, E, y Lazzarato, M. (2021). *Guerras y Capital. Una contrahistoria*. Buenos Aires: Tinta Limón

Badiou, A. (2022). *Una perversión capitalista*. Buenos Aires: Capital intelectual.

Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Camus, Y. (2022). *Las derechas y su ideología*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Carbone, R. (2024). *Lanzallamas. Milei y el fascismo psicotizante*. Buenos Aires: En Debate.

Feierstein, D. (2023). *La construcción del enano fascista*. Buenos Aires: Siglo XXI

Forty, S. (2001). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirlo*. Madrid: Siglo XXI

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal

Lazzarato, M. (2020). *El capital odia a todo el mundo: Fascismo y revolución*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Mouffe, C. (2022). *Neofascismo ¿Neofascismo ¿Cómo surgió la extrema derecha global?* Buenos Aires: Capital intelectual

Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós

Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Buenos Aires: Siglo XXI

Traverso, E. (2001). *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI

Traverso, E. (2016). *Espectros del fascismo: pensar los derechos radicales en el siglo XXI*.

Wanschelbaum, C. (2025). *El proyecto político–pedagógico del neofascismo*. México: Calas

La iluminación por venir y la desventura del pensar

El *perro semihundido* de Goya y el naufragio de Walter Benjamin

🕒 abril 15, 2026

📖 127



Jorge Gantiva Silva

Filósofo

Universidad Nacional de Colombia

Profesor Titular Universidad del Tolima

En honor a la resistencia de los pueblos heroicos de Gaza, Cuba e Irán

La verdad tiene dos caras

Y la nieve es negra.

...

Tú no has luchado porque temías el martirio,

Pero tu trono será tu ataúd.

Porta el ataúd para conservar el trono,

oh rey de la espera.

Mahmud Darwisch, Once astros.

Odio a los indiferentes...

La indiferencia es apatía, es parasitismo.

Es cobardía, no es vida. Por eso odio a los indiferentes.

Antonio Gramsci, Odio a los indiferentes,

I La memoria y la dignidad de los vencidos

El *Perro semihundido* de Francesco de Goya es una pintura fascinante, enigmática, expresiva y melancólica, llena de múltiples impresiones, vivencias y sentimientos. Representa, a nuestro juicio, la lucha entre la esperanza y la desesperanza. Esta pintura con sus colores oscuros y sombríos, acompañados de luz y aliento, interroga la condición de la humanidad viviente. Los ojos del perro, llenos de desesperanza, embargan, no obstante, la esperanza. Perdido en el confín sufriente; levanta sus ojos hacia arriba; y encuentra la luz que despierta consuelo y salvación. Quizá descubre en el vuelo tenue de unos pajaritos que revolotean en el borde de su desesperanza el ánimo de perseverar y liberar la vida de la sumisión. Su esperanza resulta desesperanzadora; y su desesperanza está llena de esperanza. En su refugio de la "Quinta del sordo", Goya plasma la angustia ante la guerra, la persecución y la muerte. La invasión napoleónica conllevó una fugaz esperanza al pueblo español que luego se trastocó en la pesadilla de la persecución y el exterminio. No hay mayor dolor y sufrimiento que sucumbir ante la opresión y la perfidia. Goya revela valientemente esta angustia de patria, de amor y de vida; al tiempo que descubre el relucir del cielo abierto, la rebelión popular, la voz amiga y la mano fraterna de redención. Sumido en la desesperanza, halla la esperanza en el otro, en la luz de la mano cercana, en la voz solidaria que clama al cielo infinito, en el revolotear silencioso de difusos pajaritos que canturrean una cancioncilla de esperanza.



El *"Perro semihundido"* es una obra que convoca el revolotear de la esperanza en un mundo de desesperanza. Tiene la fuerza moral de abrir caminos de búsqueda y despertar alientos de vida. Mantiene en tensión las fuerzas del espíritu que revelan la posibilidad de la salvación. En esos ojos desesperantes brillan el instante de la redención. En el *Perro semihundido* queda la sensación que hay esperanza en el hilo de luz, en el instante fugaz del "resurgir". Tras los años aciagos Goya buscó el aire fresco de los caminos; marchó a Paris y luego a Madrid. Pese a sus dolores siguió pintando el mundo de las agrestes sombras y el fresco de las esperanzas inciertas. Esta obra pintada sobre uno de los muros de su casa en la *Quinta del sordo*, plasma el desgarramiento de la vida y la incertidumbre de lo por-venir.

Son dos tiempos históricos distintos: de un lado, la duración del sufrimiento, de la destrucción y del terror, y, de otro, la disrupción de la esperanza y la “redención benjaminiana”. El primero actúa como “presente continuo” de la objetividad desbordante de la realidad absurda y dolorosa del imperio anglosionista que refrenda la agonía y la devastación; y el segundo con *l’avenir*, lo *por venir*, que emerge como la “luz en la oscuridad”, la dignidad en el costado de la humanidad, el “renacer” en la desolación de los escombros, la penumbra de “lo absurdo”. En las flotillas de la solidaridad brilla la luz que irrumpe en el cielo infinito del abrazo generoso y de la canción amorosa de la vida. En este cruce de caminos el *Perro semihundido* de Goya recrea la idea de olfatear la esperanza y la dignidad ante el desolado y barbárico mundo del dolor y de la muerte. Goya alienta la idea de escudriñar los enigmas de la “redención” a pesar de los pesares del dolor y el exterminio.

En esta línea de pensamiento la “imagen” del “naufragio” de Walter Benjamin en Port Bou ofrece la fuerza de la escritura como territorio de esperanza, como memoria recobrada en medio de los escombros de la guerra, de la persecución y de la muerte. En su camino de huida alberga la esperanza de la salvación; sufre el penoso paso de los Pirineos y protege contra su pecho el texto “más importante”, tal vez el manuscrito *Sobre el concepto de historia*. Ni su cuerpo, ni el portfolio fueron encontrados tras la decisión de poner fin a su vida. En el instante que despuntaba la luz de la salvación, España cierra la frontera y sus esperanzas se desvanecen ante la inmensidad de la soledad y la mar. La escritura vuela en el aire infinito de su melancolía. Port Bou queda como un laberinto silencioso del pensador de la redención en tiempos de la devastación y la ignominia neofascista. La esperanza desesperanzadora de su pluma salvífica sucumbe en el taciturno hotelucho de la tenebrosa frontera franco-española. El espíritu creador del *flâneur* y de las “pequeñas cosas” como imágenes que liberan los cuerpos y los lenguajes y enfrenta el silencio profundo de la noche.

En el horizonte de lo “por venir” el Perro semihundido de Goya y la “iluminación” de Benjamin brindan la posibilidad de guardar esperanza en la “redención” de los vencidos y de las víctimas. Los escombros no podrán cubrir de olvido y silencio la memoria de los pueblos que resisten con dignidad. El monumento que levantó el artista Dani Karavan a la memoria de Walter Benjamin en Port Bou advierte que hay infinita esperanza, sus “iluminaciones” animan la lejanía de la mirada que reposa en las arenas, en los ojos de los niños mirando el infinito, el abrazo solidario de las mujeres tejiendo la vida, en la escritura esperanzadora de los exiliados y migrantes y en el libro maravilloso de la solidaridad.



La esperanza de Benjamin abraza los Pirineos, pese a la vorágine de la guerra que se extiende como “destino” de la barbarie. En su huida por las montañas tomaba aire, recuperaba sus fuerzas y guardaba su aliento como reserva moral para vencer a los verdugos y criminales del tiempo entumecido. Miraba esperanzado en la luz de los vencidos, de las víctimas y de los olvidados. En ese atardecer tétrico de la guerra una ráfaga de desolación y melancolía arrebataron la luz de la esperanza que besaba el lúgubre mar de la bahía de Port Bou, un lugar esplendoroso de sol y olvido. Su esperanza forjada en la defensa de la juventud, la escritura y la memoria despertó la “iluminación” fulgurante de los vencidos y mantuvo en sus ojos desorbitados la esperanza del despertar de los nuevos tiempos y la esperanzadora “chispa” de la redención. En la parte alta de la bahía se halla el monumento de Dani Karavan a la memoria de Walter Benjamin que esculpe el testimonio de la memoria que solo el mar sabe guardar este infinito grito de emancipación para hacer justicia y liberar a los vencidos del sufrimiento, del fascismo y de la guerra. En efecto, solo el mar podía entender este dolor infinito; y sólo allí podrá renacer la esperanza entre la barbarie y la desventura silente del pensar. Ahí resplandece la soledad augural que despeja el movimiento incesante del mar la “imagen” del grito de los inocentes y de los mártires que “van a la mar que es el morir” y que solo el mar puede regresar con el canto de los vencidos. En el fondo del monumento el mar talla con el cincel la luz de la memoria: *Es una tarea más ardua honrar la memoria de los seres anónimos que la de las personas célebres. La construcción histórica se consagra a la memoria de los que no tienen nombre* (inscripción plasmada en la lámina de vidrio que sella el descenso al mar que es el morir renaciendo y recuperando la memoria justamente de los que “no tienen nombre”).

En la complejidad de su obra Benjamin recorre el camino del pensar, descubre las pequeñas cosas de la resistencia y el mundo infinito de los humildes; lucha por despertar la *Bella durmiente* encerrada en el conformismo y el “transformismo”. En su recorrido redescubre permanentemente la voz de los clásicos, de la poesía, del filosofar incesante, de las calles, de lo desconocido, de lo diferente y del sentido de las cosas bellas y “terribles” de la vida. En el proyecto de recuperación de la memoria revela el secreto del camino de la redención; convida a los desheredados, a los “muertos” que viven en la memoria y a los vencidos a seguir descubriendo en el instante [*Jetztzeit*] la astilla de esperanza y el rayo de luz. La “imagen” del naufragio de Port Bou revela la conflictiva y enigmática relación entre la esperanza y la desesperanza. “Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro”. (Walter Benjamin, *Sobre el concepto de historia*, Abada editores, Madrid).

Francisco de Goya y Benjamin afrontan las dimensiones de “lo absurdo” del *Mito de Sísifo* que Albert Camus hiciera universal. Según Byung-Chul Han esta visión enriquece las tonalidades de la historia del pensamiento filosófico y profundiza el valor de la esperanza entrecruzada con la desesperanza. Camus ofrece una desgarradora mirada sobre el dolor y el sufrimiento humano y reafirma “lo absurdo” de la vida. En su descripción descubre como posibilidad el suicidio que hoy se amplía a la inmolación mítica, al valor temerario de los “guardianes” y a la ofrenda de la vida como amor a la libertad. El “problema fundamental de la filosofía” destaca el camino de la lucha para enfrentar el tormento y seguir levantando la roca en un movimiento incesante de penas y desesperanzas. En el “suicidio filosófico” presume encontrar la salvación que queda encerrado en la Caja de Pandora. De ahí que Benjamin decida abofetear a la *Bella durmiente*, somnolienta de la fatalidad y del “eterno presente”. En este cruce de incógnitas los vencidos levantan sus manos y abrazan sus sueños. Byung-Chul Han sostiene que Camus no encuentra la esperanza; no ve ninguna salida para el sufrimiento y “lo absurdo”. Ciertamente, su análisis describe la vorágine de la desgarradora condición humana. “Camus no alcanza entender la esperanza en toda su amplitud. Le deniega por completo la dimensión de la acción”. (Byung-Chul Han, *El espíritu de la esperanza*, 2024).

En el horizonte de lo “por venir” el *Perro semihundido* de Goya y la “iluminación” de Benjamin brindan la posibilidad de guardar esperanza en la “redención” de los vencidos y de las víctimas. Los escombros no podrán cubrir de olvido y silencio la memoria de los pueblos que resisten con dignidad. El monumento que levantó el artista Dani Karavan a la memoria de Walter Benjamin en Port Bou advierte que hay infinita esperanza, sus “iluminaciones” animan la lejanía de la mirada que reposa en las arenas, en los ojos de los niños mirando el infinito, el abrazo solidario de las mujeres tejiendo la vida, en la escritura esperanzadora de los exiliados y migrantes y en el libro maravilloso de la solidaridad. En la esperanza desesperanzadora el pasado nos devuelve la mirada y el recuerdo. En la recuperación de la memoria salta la astilla de la emancipación y reafirma que “los que no tienen nombre” son justamente los sujetos de la historia de la redención.

II ¿Qué pensar después de la barbarie?

El pensar no escapa a la desventura de su propia impotencia. Recorre las vías más extrañas y trasunta los episodios desconcertantes y contradictorios de la persecución, del exterminio, del éxodo y de la liberación. Tras ocupar la centralidad en la modernidad como universalización y subjetivización del saber y omnipresencia del conocimiento, reafirma su relación vinculante con la individualidad, la subjetividad, la reflexividad y el desgarramiento epocal. De un lado, Hegel, *Wissen und Glauben* (saber y creer), y del otro, Bacon, *Knowledge is power* (conocimiento es poder) transitan la espacialidad del poder, los altibajos de lo vivencial y la singularidad de lo creativo. La guerra trastoca todo lo humano-vivencial, destruye la vida y exalta el terror y el miedo. No solo el saber fáctico de la contienda sino también la reflexividad del poder ominoso operan como fuego y fango en los campos de batalla, en las redes, en las subjetividades, en los modos de simbolización y en las prácticas simbólicas de la devastación y de la barbarie, en la actuación de las fuerzas en conflicto, en las prácticas de las mentes y de las voluntades. El espíritu bélico de los mercaderes de la muerte actúa como realismo rudo y desembozado de la potestas imperial. El asalto a la verdad y la exaltación de la barbarie como formas hegemónicas de la opresión.

¿Cómo pensar después de la devastación? ¿Cómo procede entonces el pensar? Gaza, Cuba e Irán confirman que el conocimiento actúa como la mirada de Jano, directamente proporcional al poder y la destrucción. ¿Puede liberarse de sus límites, cadenas e instrumentalizaciones? En esta paradoja de la modernidad desvencijada se despliega el conocimiento en la época del *Big data* que sume a la humanidad en un dato bajo las garras de los vampiros del capital. En el capitalismo tecnológico el signo distintivo del pensar trastoca los cimientos del conocimiento y derrumba los pilares de la creación humana mediante la “destrucción creativa” del capitalismo y de la guerra. La desventura del pensar anida la hidra que se encuentra en la IA, la teoría crítica contemplativa del “transformismo” y los señuelos de los dispositivos distópicos que revocan la autonomía, la subjetividad y la liberación, tendencias dominantes de la ruptura epocal que transforma la existencia humana, la guerra y el poder. El filosofar, la escritura y la enseñanza padecen la conmoción de este cambio epocal con espasmosa somnolencia. Después del genocidio en Gaza, la estrangulación de Cuba y la guerra en Irán ¿cómo puede asumirse el pensar? Esta pregunta filosófica ha tenido relevancia después del Holocausto: ¿puede hacerse poesía después de Auschwitz? ¿Qué educación y formación promover después de la barbarie? Recientemente Franco Bifo Berardi ha planteado el reto en *Pensar después de Gaza. Ensayo sobre la ferocidad y la extinción de lo humano* (2025).

Theodor Adorno se preguntaba justamente si es posible ofrecer *una educación después de Auschwitz*. ¿Qué educación puede ofrecerse tras la liquidación de la tradición democrática y humanista? ¿De qué modo la barbarie y el genocidio destruyeron el rostro de la humanidad? Se trata de comprender el desastre moral e intelectual que representa e implica la devastación social, material y espiritual de la humanidad, generada por la guerra y el anglosionismo. Desde el estallido de la Primera Guerra Mundial, el ascenso del nazismo y del fascismo, la Segunda Guerra Mundial hasta el largo ciclo del “Estado de guerra permanente” ha opacado y derruido la democracia imperial de Occidente. La barbarie y la devastación desatadas por el imperio Maga confirman el modo como el *Big tech* del capitalismo neocorporativo mundial ejerce el poder y usa el saber, no solo como control, alienación y vigilancia, sino como disposición del “terror sádico-autoritario”. En este proceso neofascista desaparecen la idea de la conciencia libre, la crítica y la autonomía; y los cuerpos se trastocan en “estructuras compulsivas proclives al acto de violencia”. (Teodoro Adorno, *Consignas*:86). Aunque el mismo Adorno considera que las formas de masificación son las que consagran este espíritu agresivo; también la educación las envuelve en la enajenación, el rigorismo, la meritocracia, la individuación y las formas encubridoras de la mentira y el engaño. Insiste en “tomarse en serio la angustia” y plantea la convicción de “tener experiencias humanas” libres y liberadoras. La conciencia alienada produce enfermos mentales, psicóticos, esquizoides y desata la manipulación, el odio, el narcisismo y la vanidad. Su tesis consiste en señalar que “cada época produce aquellos caracteres -tipos de distribución de energía psíquica-”, y resalta que la técnica produce justamente los “hombres tecnológicos” de la dominación.

La guerra trastoca todo lo humano-vivencial, destruye la vida y exalta el terror y el miedo. No solo el saber fáctico de la contienda sino también la reflexividad del poder ominoso operan como fuego y fango en los campos de batalla, en las redes, en las subjetividades, en los modos de simbolización y en las prácticas simbólicas de la devastación y de la barbarie, en la actuación de las fuerzas en conflicto, en las prácticas de las mentes y de las voluntades. El espíritu bélico de los mercaderes de la muerte actúa como realismo rudo y desembozado de la *potestas imperial*. El asalto a la verdad y la exaltación de la barbarie como formas hegemónicas de la opresión.



En este campo de la enajenación los seres humanos carecen de la empatía y la capacidad de amar; desprecian lo humano, disocian la urdimbre de la vida y desatan los demonios de la discordia y del odio. En su frialdad disociativa inventa la destrucción de la otredad, convierte Auschwitz, Gaza, Teherán en el reino de los escombros, en territorios devastados por hombres fríos, encerrados y furiosos contra lo humano-social que hoy son reemplazados por máquinas, drones y corporaciones digitales que desatan la muerte y el exterminio. Aunque parezca una paradoja el resentimiento, el aislamiento y el fracaso han creado una mentalidad gregaria, han exaltado la individuación como “multitud solitaria” y han “rematado” en la locura del nacionalismo, el racismo y el supremacismo del anglosionismo que ha proclamado como objetivo: la “Resolución final”. Son los hombres sin compasión, sin empatía, sin amor: la típica frialdad de la “monada social” del terror nazifascista. Para decirlo en términos de Adorno: los asesinos de sí mismos son los que asesinan a los otros. Al reconocer que el pensar queda amputado, reclama entonces que el pensar está obligado a cambiar y asumirse como una forma de la praxis. Ante la guerra y el genocidio el valor de la praxis redimensiona la vida, la naturaleza, el trabajo, la cultura, el arte y el humor como formas de la realización humana. En la sociedad alienada domina la simulación, la “risa prestada”, el fatalismo y “lo políticamente correcto”. Los verdugos se sostienen con la “servidumbre voluntaria” y el silencio cómplice de los “aventajados”, de la tecnoburocracia y de los manipuladores de la opinión. Aunque la autorreflexión de Adorno reconoce el valor de la autonomía y de la crítica, Benjamin asume la “iluminación” y la memoria como formas de la redención.

Los griegos utilizaban la palabra *idiota* para referirse a quienes renunciaban a participar de la vida pública, a quienes no “tomaban partido”. El idiota es precisamente quien no participa en el debate, quien huye de las definiciones en el momento crucial y quien se encierra en su “yo existencial”. Así mismo, la falsa praxis se convierte en la otra cara del narcisismo violento de la sociedad capitalista. En este sentido la aversión a pensar la tragedia, la devastación y la destrucción de lo humano es ya minar el horizonte de la libertad y de la emancipación. Para que la desventura del pensar no se diluya en la necrofilia del “Anticristo” corporativo del capital, es preciso resaltar que el pensar se constituya como modo existencial de vida y lucha contra la fatalidad, la gestualidad autoritaria y la “destrucción creativa” del tecnocapitalismo de vigilancia y devastación. Así pues, el problema no radica en pensar la guerra, sino en saber que la guerra es un modo de pensar, un sistema categorial propio que ha conformado un conjunto de dispositivos, modos de ser y sentir que desarrolla prácticas cognitivas basadas en el despojo, el control, la vigilancia y la destrucción. En el marco del tecnocapitalismo de la era digital, en particular, del imperio de la IA, este sistema autorreferencial se nutre de la automatización y la decisión digital. Emerge una suerte de “teología política” de “sustitución” de la vida y “extinción” de lo humano que la “iluminación” de Benjamin y la “reforma intelectual y moral” de Gramsci confrontan mediante la recuperación de la memoria, el reconocimiento de las víctimas y la defensa del “espíritu creativo popular”. Justamente en este momento crucial es preciso despertar la *Bella durmiente* y animar la esperanza como “iluminación” por venir.

Imperialismo sanguinario y sin máscaras ¹

🕒 abril 15, 2026

📖 127



Renán Vega Cantor

Investigador independiente

El nuevo imperialismo que aquí analizo es... financiero y monetario; un imperialismo aún más radical y feroz en su centralización del poder económico, político y militar que, como el imperialismo que le precedió, conducirá inevitablemente a la guerra. Al mismo tiempo, entonces, son muy diferentes y muy similares,

Maurizio Lazzarato, *El imperialismo del dólar. Crisis de la hegemonía estadounidense y estrategia revolucionaria*, Tinta Limón Editores, Buenos Aires, 2023, p. 35.

1

Estados Unidos, en virtud de su crisis estructural y de hegemonía, se ha quitado la máscara que ha usado durante el siglo XX en que se presentaba a sí mismo como un país benefactor y amigo de la humanidad. Además, de ser un imperialismo sin antifaz, es brutalmente *sanguinario*, y al emplear este vocablo se está incurriendo en una tautología, porque todo imperialismo ha sido violento y ha producido dolor, sufrimiento y muerte a través de su historia. Pero es una tautología indispensable, porque, por un lado, Estados Unidos no es la excepción a esa regla histórica, puesto que la confirma de manera fehaciente a lo largo de su violenta trayectoria, siendo de lejos, el imperialismo más sangriento y asesino que ha existido en toda la historia de la humanidad. Pero, por otro lado, la mayor parte de la "opinión pública" de nuestro tiempo, embrutecida con propaganda emitida por los mismos Estados Unidos y sus lacayos ideológicos, mediáticos y académicos en las últimas décadas, no percibe ese carácter sangriento de los Estados Unidos. Al punto de que, después de 1991, con la desaparición de la Unión Soviética, se habló de "imperialismo humanitario" en la época de Bill Clinton para justificar el bombardeo de Yugoslavia y su disolución o de "imperialismo benévolo", en los gobiernos de Barak Obama y Joe Biden para encubrir su política criminal en Libia, Afganistán, Ucrania, el asedio contra Venezuela y un interminable etcétera.

Hasta hace pocos meses, adicionalmente, funcionaba a las mil maravillas el "imperialismo blando", a través de la USAID, multitud de ONG, proyectos de "cooperación internacional", periodistas y académicos a sueldo (que pululan en Colombia, para no ir tan lejos), que se encargaban de limpiar la imagen de Estados Unidos, eso sí recibiendo migajas de dólares, a cambio de lo cual afirmaban sin vergüenza que Estados Unidos siempre ha sido el campeón de la democracia, los derechos humanos y la libertad.

El "imperialismo blando" no solo ocultaba al "imperialismo duro" (el de las guerras, agresiones, invasiones, bombardeos, masacre de millones de personas y de los bloqueos y sometimiento financiero) sino que negaba su existencia y eso lo hacía con la reproducción del discurso liberal de la globalización, los derechos humanos, la sociedad civil, la oenegización de la sociedad y la política. Eso era patrocinado por el propio imperialismo estadounidense para limpiar su imagen de terror y de muerte. Todo eso ha desaparecido en los últimos meses, aunque sus beneficiarios se nieguen a reconocerlo y digan que simplemente vivimos un cambio efímero, resultado del autoritarismo de Donald Trump, pero que pronto volverán personajes del Partido Demócrata que retomaran los ideales globalistas y reconstruirán el "imperialismo blando".

Estas son quimeras, porque desde las entrañas de la bestia el bloque imperialista de Estados Unidos se quitó la careta de "niños buenos", muy al estilo Hollywoodense, y muestra, sin pudor, su verdadero rostro criminal y terrorista y no oculta que su interés fundamental radica en preservar el dominio del dólar, para seguir con el saqueo de bienes naturales (materia y energía) e imponer sus intereses a sangre y fuego.

El más notorio cambio del orden mundial creado bajo la hegemonía de Estados Unidos en 1991, tras la desaparición de la URSS y la primera guerra del Golfo, radica en que esa potencia se ha quitado la máscara de ser el país más bondadoso del mundo y de la historia. No está cambiando una época, sino toda la historia de Estados Unidos con respecto al resto del planeta, porque desde su misma fundación como Estado independiente en 1776 (hace 250 años) ha tenido una doble cara: la real y la imaginaria.



El más notorio cambio del orden mundial creado bajo la hegemonía de Estados Unidos en 1991, tras la desaparición de la URSS y la primera guerra del Golfo, radica en que esa potencia se ha quitado la máscara de ser el país más bondadoso del mundo y de la historia. No está cambiando una época, sino toda la historia de Estados Unidos con respecto al resto del planeta, porque desde su misma fundación como Estado independiente en 1776 (hace 250 años) ha tenido una doble cara: la real y la imaginaria. Su verdadero rostro está atravesado por muerte, dolor, despojo, brutalidad, racismo, violencia, machismo tanto por su comportamiento interno con los habitantes originarios de lo que hoy son los Estados Unidos y los millones de negros traídos de África y esclavizados, como por su trato a los “extranjeros indeseables”, empezando por nosotros, los habitantes de Nuestra América y nuestro territorio, a quienes invade, masacra, tortura y mata para usurpar tierras, riquezas e impedir la autodeterminación de nuestros pueblos, siempre con la perspectiva de impedir cualquier proyecto de liberación, independencia e integración continental.

El listado de agresiones a los cinco continentes parece interminable, contando entre los hechos más criminales el uso de la bomba atómica contra dos ciudades japonesas en agosto de 1945, la guerra contra Vietnam (1954-1975), en la que se masacró e hirió a unos cinco millones de personas, la Guerra de Irak (1990-2011) que dejó más de un millón de muertos, el genocidio de Gaza que está en marcha desde hace décadas y se ha acelerado desde octubre de 2023.

Todas esas agresiones y crímenes de Estados Unidos se ocultaron siempre con pretextos y argucias ideológicas y políticas, aunque en el interior del “Estado profundo” se manejaba un lenguaje directo en el que los conductores del imperio siempre se felicitaban, como cuando, por ejemplo, en secreto Henry Kissinger y Richard Nixon señalaban que no podían permitir que el pueblo chileno se equivocara eligiendo a un peligroso líder marxista (Salvador Allende) y decidieron hacer lo posible porque Chile cruzara bajo la acción agresiva de Estados Unidos, como resultado de lo cual, y con la participación de las clases dominantes de Chile, se derrocó al presidente legítimo y en su lugar se impuso al carnicero Augusto Pinochet.

El discurso público del imperialismo, una parte sustancial de lo que sus voceros denominan “imperialismo blando”, que se vendía para consumo de incautos o de vasallos, afirmó desde el siglo XIX que los objetivos de Estados Unidos eran loables y sus acciones se hacían en beneficio de los propios agredidos. Así, se habló, dependiendo de los momentos históricos, de enfrentar el colonialismo europeo para impedir que volviera a conquistar el continente americano (Doctrina Monroe); de “civilizar a los bárbaros y salvajes” (los indígenas, los mexicanos, los latinoamericanos); de llevarle a los pueblos atrasados la luz y progreso de la raza blanca (Destino Manifiesto); de difundir la democracia, la libertad, la justicia, la paz, el derecho y la armonía a los pueblos atrasados del resto del continente y del mundo; de luchar contra el “comunismo” y defender e imponer los valores del “mundo libre”; de librar una guerra mundial contra las drogas para matar a los narcos que contaminan a los impolutos habitantes de Estados Unidos... Los presidentes de Estados Unidos se regocijaban mostrando en público ese supuesto carácter benefactor de su país, con la finalidad de contener cualquier proyecto que intentara salirse de su órbita, y para satisfacer los intereses de las clases dominantes en cada país que, después de 1945, se hicieron incondicionalmente proyanquis. Hasta los asesinos y ladrones más connotados que han estado en la Casa Blanca intentaban guardar las formas diplomáticas, para no hablar nunca de sus intereses supremos de apoderarse de riquezas de otros países, de quitarles independencia y soberanía, de implantar los antivalores estadounidenses en todos los ámbitos. Algunos, como George Bush II, podían decir que ninguna ley internacional se aplicaba a ellos o declaraban guerras sin cumplir ni siquiera con la normatividad interna de Estados Unidos, pero todos ellos decían que lo habían hecho en beneficio de los países agredidos. Jamás sostenían en forma franca que su objetivo era el de robar, saquear, explotar para beneficio exclusivo de los capitalistas de Estados Unidos.

El imperialismo estadounidense se ha quitado la máscara para mostrar la fuerza bruta que siempre lo ha caracterizado. En tiempos de crisis estructural, como la que afronta, huye hacia adelante con la intención de impedir un cambio histórico irreversible, y enterrar las mismas normas formales que ellos inventaron y nunca respetaron. La agenda ahora es matar y bombardear donde y cuando se les antoje. Se enorgullecen de ser matones, exaltan la crueldad y el uso de la violencia como símbolo de identificación. Es el regreso al Lejano Oeste, cuando dentro del territorio de los Estados Unidos los matones blancos imponían su ley de sangre y fuego, masacraban a los indígenas, presumían de sus crímenes y exhibían las cabezas cortadas de los nativos como expresión de poder y superioridad.

Todas esas máscaras de protector, de adalid de la democracia y la libertad, de promotor de los derechos humanos son cosa del pasado, porque ahora hemos entrado a la fase del *imperialismo sin máscara*, algo así como cuando el Rey se desnuda, sin vergüenza ni arrepentimiento. Y eso queda consignado en la *Estrategia de Seguridad* y en la *Estrategia de Defensa*, donde se asegura que el Hemisferio Occidental (América toda) es su patio trasero, que les pertenece gracias a su fuerza y poder y van a hacer todo lo que sea necesario para que el continente siempre sea un suburbio pobre de Washington. Ese proyecto se aplica en forma brutal, con el bombardeo en lo que va del 2026 de varios países (Nigeria, Yemen, Siria, Somalia, Venezuela, Irán...), con el secuestro del presidente de Venezuela y de su esposa, con los proyectos de anexionarse a Groenlandia, a Canadá, de ocupar el Canal de Panamá, de agredir a Colombia, Cuba y México...

El imperialismo estadounidense se ha quitado la máscara para mostrar la fuerza bruta que siempre lo ha caracterizado. En tiempos de crisis estructural, como la que afronta, huye hacia adelante con la intención de impedir un cambio histórico irreversible, y enterrar las mismas normas formales que ellos inventaron y nunca respetaron. La agenda ahora es matar y bombardear donde y cuando se les antoje. Se enorgullecen de ser matones, exaltan la crueldad y el uso de la violencia como símbolo de identificación. Es el regreso al Lejano Oeste, cuando dentro del territorio de los Estados Unidos los matones blancos imponían su ley de sangre y fuego, masacraban a los indígenas, presumían de sus crímenes y exhibían las cabezas cortadas de los nativos como expresión de poder y superioridad.

Este destape del imperialismo de Estados Unidos, que pretende ser invencible y todopoderoso, expresa una profunda debilidad estratégica (por su crisis interna y su pérdida de dominio a nivel mundial). Ser el matón del barrio, y no ocultarlo, indica que ya no convence a sus súbditos a través de su poder blando, que ese mismo imperio ha destruido, porque ya no lo necesita en su cruzada asesina por el mundo. Para decirlo en forma sintética, Estados Unidos ha perdido legitimidad y ahora recurre a la fuerza bruta, sin recato alguno.



Imágenes elaboradas con IA y mostrada en la red social de Donald Trump en la madrugada del 20 de enero de 2026

3

El imperialismo del dólar no sólo se caracteriza por la exportación de capitales, como el viejo imperialismo, sino también por la exportación de formas políticas del capitalismo estadounidense al resto del mundo.

Mauricio Lazzarato, *¿Hacia una nueva guerra civil mundial?*, Traficantes de sueños, Madrid, 2024, p. 133.

La nueva realidad imperialista genera cambios significativos de diversa índole. Para empezar, agoniza un lenguaje que se había constituido en una vulgata planetaria desde comienzos de la década de 1990, y que dominó, y aún domina, el vocabulario de los medios de desinformación, de la academia universitaria, de los círculos medianamente ilustrados de las izquierdas, en fin, de todo tipo de ideólogos al servicio del orden imperial que se erigió tras la desaparición de la URSS. Entre algunos de los términos que entran en bancarrota encontramos los de globalización, globalismo, derecho internacional, ONG, gobernanza mundial, elecciones libres, sociedad civil, democracia liberal, Organización de Naciones Unidas... Esta retórica desplazó al lenguaje crítico del pensamiento anticapitalista que fue eclipsado por la falacia del Fin de la Historia, que anunciaba el acabose de todo aquello que había trasnochado al capitalismo durante todo el siglo XX, después de la Revolución Rusa de 1917. Era el fin de las clases, de la lucha de clases, de la revolución, del imperialismo, de la explotación, del ideal de igualdad... y luego de que todo eso hubiera terminado, o mejor se hubiera decretado su fin, el capitalismo realmente existente declaró que entraba a un ciclo interminable de crecimiento y prosperidad, lo cual era posible porque había desaparecido del horizonte el "oso comunista" que tanto lo atormentó durante el corto siglo XX.

Y eso fue posible, porque fue resultado de un proyecto imperialista, hegemonizado por los Estados Unidos, tras el colapso de la URSS, que consistió en imponer sus propias formas políticas y para hacerlo posible lo primero que hizo fue implantar una nueva lengua de la política y la sociedad, en la cual había desaparecido cualquier referencia de fondo con respecto a la desigualdad, la injusticia y la explotación. De ahora en adelante, y ese era el trasfondo del Fin de la Historia, quedaba relegado al olvido total el siglo XX, con su impronta de ser el período de las revoluciones anticapitalistas, y se imponía una nueva semántica seudodemocrática, unas instituciones coetáneas y una ideología liberal que pretendía ser mundial para legitimar el globalismo de cuño liberal.

Ahora no está muriendo solamente un tipo de lenguaje, sino la realidad que pretendía expresar, y que se consideraba irreversible. Para empezar, estalla aquella quimera que suponía que era posible un mercado mundial desregulado y sin ningún tipo de acción estatal (el actuar armonioso y autorregulado de las libres fuerzas de mercado según los designios de la inexorable mano invisible). Agoniza la quimera de suponer que era posible que los países capitalistas centrales, en primerísimo lugar los Estados Unidos, podían desindustrializarse, transferir la producción al exterior, convertirse en economías de renta, endeudarse sin pausa y eso siempre iba a funcionar favorablemente, lo que les permitiría vivir eternamente al debe del resto de la humanidad. Se llegó a creer, e intentaron hacérselo creer, que todo el mundo iba a aceptar por siempre que solo unos cuantos países (Estados Unidos, Israel, los miembros de la Unión Europea) seguirían siendo el centro del mundo y la mayor parte de los habitantes del planeta iban a seguir siendo sus esclavos que les iban a trabajar gratis y a transferir sin interrupción los bienes y servicios que les permiten tener un opulento nivel de vida y Estados Unidos podía seguir emitiendo dólares sin límite para seguir drenando por siempre la riqueza del resto del mundo y todo ello sin generar ahorro interno.

Se suponía que, adicionalmente, esto iba a ser aceptado de buena gana en todo el orbe y simplemente, para convencer a los remisos y desobedientes, bastaba con recurrir a las presiones, el chantaje, a los mecanismos del imperio del dólar (sanciones, bloqueos, impedimento de acceder a la divisa estadounidense devenida moneda mundial). Para aquellos que no se convencían de esa manera, se usó la fuerza bruta sin miramientos, como lo atestiguan las múltiples guerras y agresiones que el imperialismo efectuó desde 1989 (con la brutal agresión a Panamá), hasta la más reciente, que no es la última, contra Venezuela y la que se adelanta contra Irán.

Esa utopía reaccionaria del capital y del imperialismo está feneciendo ante nuestros ojos. Y eso está sucediendo porque la arrogancia triunfalista del capital de la década de 1990 en adelante se basó en el supuesto del Fin de la Historia (creído de verdad por los mismos que se inventaron ese cuento frívolo) de que no iba a surgir ningún país que pudiera competir con los Estados Unidos, como hegemon capitalista, único y superpoderoso tras la desaparición de la URSS. Tremendo error, porque entre bambalinas, resurgió un país con una civilización milenaria, la República Popular China, el nuevo taller del mundo, que hoy produce gran parte de lo que consume el resto del planeta, en lugar destacado Estados Unidos y la Unión Europea.

Este desplazamiento marca el fin del dominio económico de los Estados Unidos, como ya se empieza a ver en diferentes ámbitos: el tecnológico, el militar, la IA, la manufactura. Y eso, más temprano que tarde, iba a poner en cuestión la omnipotencia de los Estados Unidos, que se resquebraja por todos los poros, tanto dentro de sus fronteras, como en el mundo exterior.

Estos son los cambios que impulsan a Estados Unidos a huir hacia adelante con la esperanza vana de revertir lo ya existente y retornar a la época de la marca *Made in USA*, o de Estados Unidos primero. Esa nostalgia reaccionaria de volver a un pasado glorioso, en que nada alteraba el dominio económico de los Estados Unidos, es una de las razones que explica que ese país se haya quitado la máscara y se haya cercenado a sí mismo el brazo blando de la dominación mundial. Ya no necesita esa careta de benefactor de la humanidad (que nunca ha tenido en verdad) que tanto le sirvió para engañar a propios y extraños, con el cuento de ser el campeón de la democracia, la libertad, la justicia, los derechos humanos... Entre otras cosas, esto desaparece no solamente porque el ala trumpista lo considere irrelevante, sino porque además le resulta muy costoso. Ahora, no hay que guardar apariencias, sino actuar brutalmente contra el mundo y nuestra América, que Estados Unidos sigue considerando como su "natural" "patio trasero". Por eso, se destina la mayor cantidad de recursos al sector militar, alcanzado cifras nunca vistas (en 2026 es de 901 mil millones de dólares y en 2027 se propone llegar a 1,5 billones de dólares), porque la guerra reactiva la economía interna y fortalece el *complejo militar-industrial-financiero-tecnológico*, que es un elemento central en la nueva política de agresión. Estados Unidos busca que la guerra perpetúa les garantice una primacía artificial y brutal que su economía ya no genera.

Otro cambio tiene que ver con la forma que adopta la sumisión de los vasallos, porque debe recordarse que ningún imperialismo actúa en el vacío, basándose única y exclusivamente en sus propias fuerzas, sino que acude a la subordinación de un sector minoritario de los habitantes de los territorios dominados. Lo que estamos contemplando es un esfuerzo de múltiples dimensiones por parte del debilitado imperialismo estadounidense. Por un lado, apoyar sin cortapisas ni disimulo a la derecha mundial, como se constata en gran parte de Europa y de nuestra América. Allí se establecen gobiernos incondicionales a los dictados de Estados Unidos que reproducen sin disimulo todas sus políticas antipopulares, antiderechos y racistas, culpando a los migrantes de sus problemas e imponiendo regímenes autoritarios. Estos vasallos están representados por las clases dominantes dentro de cada país, las cuales, desde la Segunda Guerra Mundial, fueron incondicionales a los Estados Unidos, sin importar si allí gobernaban los Republicanos o los Demócratas y si se imponía el libre comercio, la globalización, el neoliberalismo o el neoproteccionismo y la guerra arancelaria. Nada de lo que pase dentro del imperialismo estadounidense los afecta, porque son autistas que saben que arrodillarse ante Washington les va a permitir mantener su dominio interno en sus respectivos países, sin importar que Estados Unidos los trate como miserables sirvientes, de los que puede prescindir en cualquier momento. El ejemplo más vergonzoso lo ha dado María "Guarimba" Machado, quien, en una muestra de abyección difícil de emular por su nivel de postración, le dio la medalla del Nobel de la Paz (*sic*) a Donald Trump quien la trató como una sirvienta de ocasión y la despreció en público sin ningún tipo de medida. Pero ese es el nivel de "patriotismo" de las oligarquías locales en nuestra América, que siempre han sido sumisas a los Estados Unidos, sin importar quién sea el patrón que dicte las ordenes en la Casa Blanca.

En otros lugares, en aquellos en donde en teoría existen gobiernos alternativos o progresistas, aplican la política del garrote abierto, con sanciones, bloqueos, invasiones, agresiones militares, con el fin de plegar a esos gobiernos y regresar el poder a las viejas oligarquías que sueñan con convertir a nuestros países en unas miamis periféricas.

Y es aquí donde opera al más brutal nivel el imperialismo sin máscaras, que amenaza y presiona para subordinar a los gobiernos progresistas, y lo consigue sin mucho esfuerzo, como lo ejemplifica en Colombia el gobierno del Pacto Histórico que ha adoptado en forma complaciente todo lo que dictamina Estados Unidos: política contrainsurgente, bombardeos a campamentos guerrilleros, uso del glifosato para fumigar a los campesinos, la lógica discursiva y práctica de la guerra contra las drogas de los Estados Unidos, mantener incólume la presencia militar del imperio en nuestro territorio, incluso con nuevas bases...

El carácter sanguinario del imperialismo estadounidense se evidencia claramente con la agresión militar abierta contra Irán que comenzó el 28 de febrero, cuando Estados Unidos e Israel bombardearon a Teherán y otras ciudades de aquel país, asesinaron a su alta dirigencia y, como para que no queden dudas de su sed asesina, masacraron a 180 niñas en una escuela.

4

El regreso del imperialismo puro y duro, sin máscaras, obliga a recuperar la teoría crítica y revolucionaria que se ha construido durante décadas sobre el imperialismo, partiendo de los libros clásicos de principios del siglo XX, hasta los más recientes desarrollos, que contra viento y marea y contra las corrientes globalistas dominantes, no renunciaron a seguir usando el filón crítico de la teoría del imperialismo, como sustento del estudio de las transformaciones experimentadas por el capitalismo en su proceso de expansión mundial después de la Segunda Guerra Mundial, de una parte, y tras los cambios geopolíticos de 1989-1991, de otra parte.

Cuando se habla de imperialismo se precisan una serie de rasgos analíticos, referidos a la comprensión del funcionamiento real del capitalismo en su proceso de expansión mundial y a la manera cómo domina y subordina al mundo entero. Entre esos rasgos vale recordar, en forma sucinta, los más importantes. En primer lugar, el dominio de los grandes monopolios, algo que hoy es evidente en todo el mundo, cuando se observa que grandes conglomerados y corporaciones dominan la economía mundial en los más diversos ámbitos (militar, tecnológico, energético, sistema de transporte, industria petroquímica, alimentación, cultura y entretenimiento...). Ese proceso de monopolización se amplificó en los últimos 35 años, tras la desaparición de la URSS, reforzando la realidad ya existente e interviniendo en todas las cadenas de valor y de suministro que se han erigido en el mundo actual.

En segundo lugar, se mantiene la lógica espacial y productiva de centro y periferia e incluso se profundiza. Hay, sin embargo, una novedad digna de destacar, en ciertos sectores periféricos ha despegado una nueva industrialización y, lo que es más notable, se genera una colonización de los propios centros imperialistas, como en Estados Unidos, con una clara pauperización del trabajo, superexplotación de los migrantes, y expansión de la pobreza. En este sentido, "la línea de color que separaba metrópolis y periferias se ha fracturado. Atraviesa y se infiltra en el Norte, trazando nuevas fronteras, nuevos territorios 'salvajizados' y nuevas exclusiones/inclusiones"².

Mientras tanto, en los países emergentes (China, India, Sudáfrica, Brasil) una parte de la población está empleada en empresas subcontratistas y gran parte está desempleada y en la miseria y sobrevive en las economías informales, siempre atenta a ser absorbida por el sistema asalariado con unos sueldos muy bajos. En esos países emergentes se reproduce la lógica de centro y periferia que ha estructurado la división internacional del trabajo desde la emergencia del capitalismo mercantil en el siglo XVI, pero con una característica nueva: China, de ser un país periférico, se ha convertido en la primera potencia económica mundial y en forma significativa ha reducido la pobreza de su población.

Un tercer rasgo está referido a la importancia que adquiere el capital financiero, que está entrelazado con el capital industrial y productivo y vive de este. Su expansión ha sido posible desde finales del siglo XIX por el dominio político y militar, que a veces se le antepone, y viene acompañada por la depredación y la guerra. En este ámbito financiero se sustenta la hegemonía de los Estados Unidos, puesto que el imperialismo del dólar soporta una arquitectura financiera mundial que exprime riqueza del resto del mundo y la traslada a los Estados Unidos, para mantener su opulento y despilfarrador sistema de vida y consumo. El mecanismo que ha utilizado es la deuda externa que contraen los países y, mediante planes de ajuste estructural, implementados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, drena las riquezas internas y las transfiere al mercado mundial. Es la financiarización de todo lo que se impone para que los países y las personas vivan eternamente endeudadas y paguen sus compromisos en forma multiplicada para satisfacer el apetito voraz de unos cuantos tiburones financieros. Algunos autores enfatizan que la financiarización es el aspecto central del imperialismo, más específicamente, se habla del "imperialismo del dólar", que no solo es un asunto monetario sino militar, si se tiene en cuenta que la guerra es un componente central de la acumulación de capital a escala ampliada. "El imperialismo es, en pocas palabras, moneda y guerra"³.

En esa perspectiva, Estados Unidos, mediante el bloqueo financiero y las sanciones económicas, pretende mantener el dólar y el sistema monetario y financiero que de allí se deriva. Por eso, cualquier intento de liberarse del dólar es una declaración de guerra a los Estados Unidos, porque debilita el mecanismo que garantiza su hegemonía y pone en peligro el 'estilo de vida' norteamericano, cuyo despilfarro colosal paga el resto del mundo. A través del dólar y las finanzas, Estados Unidos opera una nueva forma de colonización a la que también se ven sometidos sus aliados (Europa, Japón, Inglaterra, etc.)⁴.

Salvaguardar el dólar es lo que permite apropiarse de bienes y materiales y de la fuerza de trabajo barata. Por ello, los dispositivos abstractos de tipo financiero y monetario vienen acompañados de la guerra, con la finalidad de asegurar la materia y la energía que permitan mantener el tren de vida y consumo en el corazón de la bestia, en los propios Estados Unidos.

Un cuarto rasgo del imperialismo actual supone un cambio en la lógica de exportación de capital y mercancías, porque, en el imperialismo clásico, los centros imperiales exportaban ambos a las periferias, pero hoy, en el caso de Estados Unidos, la torta se ha volteado. Así tenemos que, a la par que Estados Unidos sigue exportando capital y en menor medida mercancías, por su estructural crisis productiva en los más importantes ámbitos de la vida económica, es desbordado por la importación hacia su territorio de capital y mercancías, la mayor parte producidas en China, al extremo de que no existe ni un solo día en que Estados Unidos no necesite consumir alguna mercancía que viene de China y que inunda sus supermercados, como Wall Mart. Eso genera un déficit presupuestario permanente y en alza acelerada y atrae más capital del que exporta. "Este nuevo fenómeno no era observable en el imperialismo clásico, pues es solo con la supremacía del dólar que su funcionamiento ocurre a partir de una balanza de pagos deficitaria que inaugura otra novedad que caracteriza nuestro presente desde hace cincuenta años: la economía de la deuda"⁵.

Un quinto rasgo, que adquiere un papel crucial en nuestra época ante el agotamiento acelerado de bienes materiales y energía, es la profundización en el despojo de las materias primas del sur y del este del mundo, proceso en el cual Estados Unidos lleva la iniciativa, aunque actué en muchos casos con la intermediación de empresas de otros países, como Canadá o la Unión Europea. En contra de las falacias sobre la desmaterialización de la economía y la sociedad, el desarrollo tecnológico, científico y productivo en los centros imperialistas no sería posible sin contar con una reserva de petróleo, gas, carbón, minerales... que permitan mantener el tren productivo que sustenta el dominio capitalista e imperialista. Y como en ese terreno el mundo es muy desigual, porque gran parte de las riquezas minerales y energéticas se encuentran fuera del círculo imperialista (Estados Unidos y la Unión Europea), entonces se torna prioritario asegurar su abastecimiento y control.

Este hecho explica, en gran medida, un sexto rasgo del imperialismo actual, y de siempre, el militarismo y las guerras. Estas no son accidentales ni buscan implantar democracia y libertad, sino como ya lo dicen sin ambages los documentos oficiales de los Estados Unidos (*Estrategia de Defensa y Estrategia de seguridad*) a ellos les interesan nuestros bienes naturales y van a recurrir a todos a la militarización y la guerra para conseguirlos. De ahí las loas panegíricas de Donald Trump, Narco Rubio, Pete Hegseth del Ejército de Estados Unidos como una fuerza asesina, la más letal de toda la historia, que van a usar cuando lo consideren necesario, lo que indica la importancia que adquiere la guerra para el imperialismo. Eso se dice sin eufemismos en tiempos del Imperialismo sin máscaras, hasta el punto de que hoy en Estados Unidos la Secretaria de Defensa ahora se denomina Secretaria de Guerra. Este es un nombre absolutamente preciso para esa inmensa máquina de muerte que son las fuerzas armadas de Estados Unidos, con sus 1000 bases distribuidas por los cinco continentes, sus once portaviones, su poder naval, marítimo, aéreo y terrestre, que pretende apabullar a todos sus adversarios, lo cual aumenta la temperatura del planeta porque, recordemos, que El Pentágono es un devorador insaciable de petróleo, en tal cantidad que en 2019 consumía 320 mil barriles de petróleo por día, cuando la cifra promedio de consumo en el mundo es de 100 mil barriles diarios.

Este ataque se realizó conjuntamente entre el Perro (Estados Unidos) y el Rabo (Israel) con dos pretensiones fundamentales: uno, destruir a Irán y subordinarlo a los Estados Unidos para pulverizar a los BRICS y golpear a China (el objetivo supremo y el rival principal para los ideólogos de Estados Unidos, tanto de los trumpistas como de los globalistas); y dos, generar las condiciones para crear el "Gran Israel", el sueño húmedo de los genocidas del sionismo que encabeza ese asesino químicamente puro que es Benjamín Netanyahu.

Otro rasgo del imperialismo de hoy es el de la dominación de espectro completo, para usar una metáfora militar. Esto quiere decir que opera un control pleno de las subjetividades y de las mentes de los explotados y oprimidos, en los países centrales y en el mundo periférico, con la clara finalidad de supervisar todas las acciones de los individuos para que no se conviertan precisamente en sujetos políticos, sino en entes pasivos, alienados y dominados, que adoren a sus explotadores, los idolatren y los defiendan. Eso se ve claramente en Estados Unidos con el caso de Donald Trump, un ricachón atrabiliario e ignorante, lo cual se proyecta en el mundo occidental a gran escala. En el control de subjetividades el dispositivo más efectivo es el tecnológico, en el cual los medios electrónicos son vitales en la guerra cognitiva y psicológica que se libra contra el mundo subalterno. En este plano el

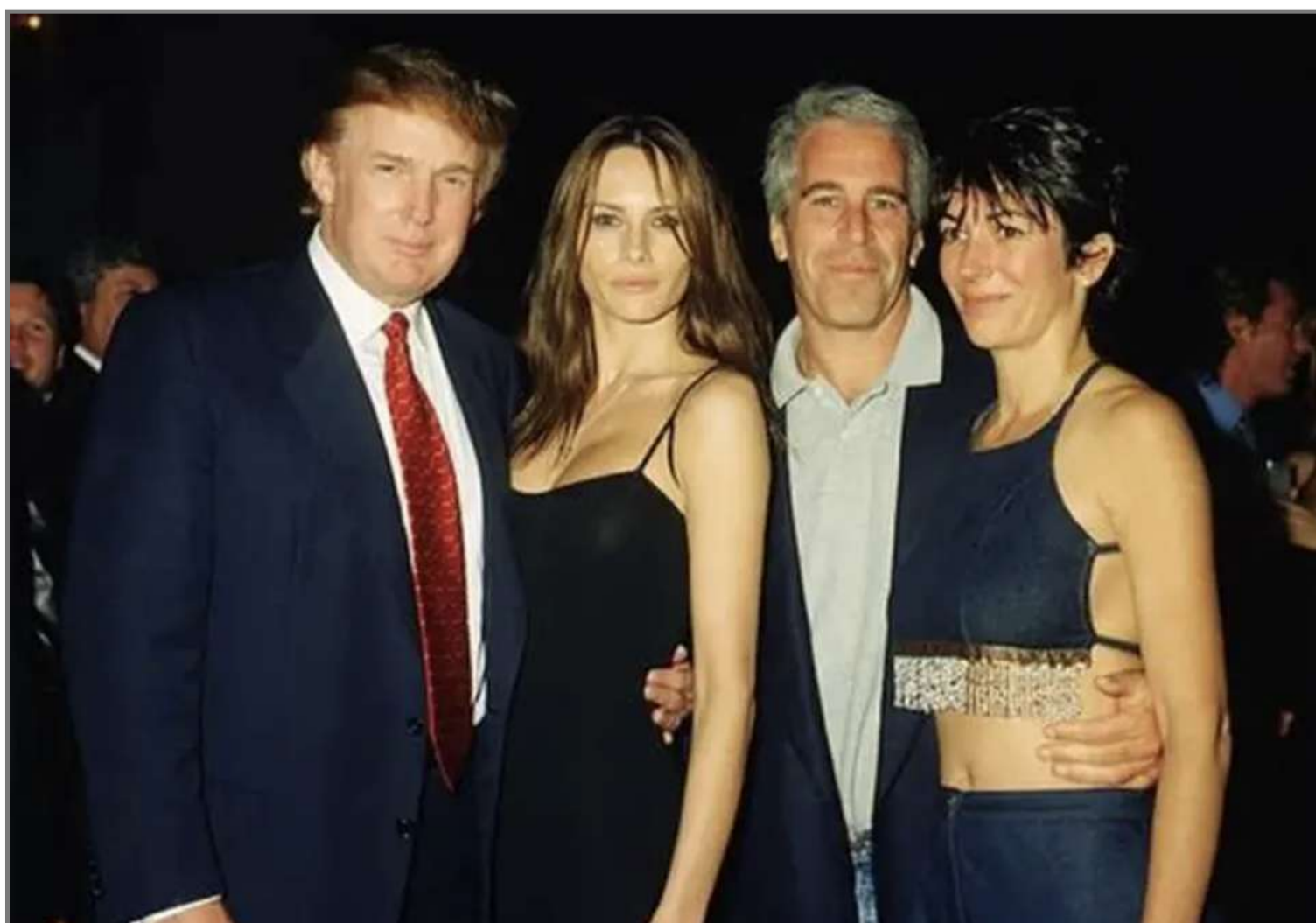
dominio de Estados Unidos es abrumador porque allí se encuentran las empresas monopólicas que gobiernan la información, el entretenimiento y la circulación de datos. En este terreno nos encontramos con un nuevo ámbito de la guerra cultural por parte del imperialismo y, por eso mismo, se explica en gran medida que Estados Unidos haya renunciado a mantener sus instituciones de imperialismo blando, porque cuando se habla de cultura estamos refiriéndonos al consumo de información, símbolos, noticias, que ahora son creadas y propagadas por Silicon Valley y compañía vía algoritmos, con la clara finalidad de imponer una visión del mundo individualista, consumista, cultora de los ricos y poderosos, admiradora de los Estados Unidos, como si en verdad fuera un país que beneficiara a la humanidad.

En suma, Lenin y los teóricos del imperialismo adquieren una inusitada actualidad, por supuesto para quienes pensamos que la lucha se mantiene y se renueva en las nuevas condiciones que genera el imperialismo sin máscaras. Aunque los pobres de espíritu (¡y hay muchos!) consideran a Lenin un 'perro muerto'. Nosotros en cambio lo consideramos no sólo un teórico de la revolución sino también del capitalismo, porque con el concepto de *imperialismo* -a pesar de todas las debilidades teóricas que en este puedan encontrarse- enuncia con certeza política cuatro características que hoy también se pueden hallar en el sofisticado imperialismo del dólar: 1. Hegemonía del capital financiero [...], 2. Colonización [...], 3. Centralización (monopolización) [...] y 4. La guerra⁶.

Así como en todos los momentos de historia del colonialismo y del imperialismo existieron luchas, rebeliones, insurrecciones, revoluciones, en estos momentos y ante la crisis permanente de la hegemonía de Estados Unidos, que lo convierte en una especie de bestia acorralada y lo hace más peligroso, existen condiciones para que nuevos procesos de lucha se gesten, y máxime en nuestra América, en donde existe una larga tradición antiimperialista, porque en ello nos jugamos el preservar nuestro ser latinoamericano, nuestra soberanía e independencia. No creemos que sea un destino fatal que debamos convertirnos, ahora que Estados Unidos se ha quitado su máscara de supuesto benefactor de la humanidad, en una colonia pobre de Miami, pero eso supone enfrentar al tiempo al capitalismo, porque el verdadero antiimperialismo para que sea efectivo tiene que plantear la necesidad de superar el capitalismo realmente existente.

5

Otro aspecto que debemos mencionar está referido a la quiebra moral del imperialismo estadounidense, como lo ponen de presente las escabrosas revelaciones de los Archivos Epstein. Es horrorosa la cloaca que se trasluce en las informaciones que revelan los millones de documentos allí encontrados, es como imaginarse el guión de una película terrorífica de ciencia ficción. Es la historia de Jeffrey Epstein, un supermillonario sionista al servicio de varios servicios de inteligencia de Estados poderosos (el Mosad de Israel, la CIA de Estados Unidos, el M-16 de Gran Bretaña), un negociante de éxito, que tiene actividades en las finanzas, el sector inmobiliario y acumulaba al final de su vida un patrimonio avaluado en miles de millones de dólares. Ese personaje es, además, un depredador sexual, que tiene predilección sádica por niñas y jóvenes. Para realizar sus orgías y bacanales cuenta con propiedades suntuosas que ha adaptado para tal propósito: una isla privada, que está en territorio de los Estados Unidos (en Islas Virgenes, y el nombre no parece casual por lo de virgenes), varias mansiones en ciudades de Estados Unidos (Miami, Nueva York) y de otros países (Paris), un "rancho de los horrores" en Nuevo México, aislado y acondicionado para torturar, violar y matar mujeres jóvenes... Para trasladarse libremente, sin las restricciones, demoras y cortapisas de aeropuertos y vuelos comerciales, tiene su propio avión, al que denomina Lolita Spres, por el nombre de la joven protagonista de la niña de la novela Lolita de Vladimir Nabokov. En esos Archivos aparecen los nombres de centenares de niñas y jóvenes abusadas, asesinadas y desaparecidas, se ven desgarradoras escenas de torturas y conversión de las mujeres en vulgares mercancías y objetos sexuales intercambiables y desechables. Entre sombras aparecen imágenes de cultos satánicos en las que hombres multimillonarios matan a niños y bebés, mutilan sus cuerpos y consumen su sangre y algunos de sus órganos.



Epstein no era un sicópata solitario, sino que forma parte de un engranaje global en el que opera de intermediario de una red transnacional de tráfico sexual, negocios diversos, violencia y sadismo, tecnología, academia e investigación científica. De ese engranaje forman parte presidentes activos (Donald Trump) y expresidentes (Bill Clinton) de varios países (incluyendo a Andrés Pastrana de Colombia), miembros de monarquías de Europa (de Gran Bretaña y Noruega), científicos expertos en biología, genética con tendencias eugenésicas y racistas, multimillonarios dueños o accionistas principales de grandes empresas tecnológicas del mundo informático y de la Inteligencia Artificial. Del círculo de pedófilos de élite forma parte cantantes, actores, gentes del jet set y de la farandula, que cuentan con millones de dólares en sus arcas, entre los cuales puede nombrarse a Michael Jackson, conocido pedófilo de los Estados Unidos.

Como Epstein forma parte de tenebrosos servicios secretos tiene la misión, que asume con una impresionante meticulosidad, rigor y disciplina, de registrar cualquier movimiento de los miles de multimillonarios y hombres de éxito que participan en sus fiestas y orgías y vuelan periódicamente en el Lolita Spess. Registra cualquier charla, por informal que fuese, con investigadores o científicos que no participan en esas fiestas de sexo y sangre, pero reciben sus favores, porque el agente del Mosad es un filántropo que patrocina proyectos, aparentemente desinteresados, en el campo de la genética, la biología, la IA y el transhumanismo. Impulsa investigaciones en esos terrenos de la genética y biología porque Epstein tiene una manía esquizofrénica de alcanzar la eternidad. Como resultado de su culto a la información sobre sus tropelias y, sobre todo, la de "sus invitados", archiva millones de correos electrónicos, miles de llamadas telefónicas, toma miles de fotografías y graba cientos de horas de videos, en los que aparecen escenas horripilantes de vejación de mujeres jóvenes.



Epstein quiere que, por su potencia sexual y por la inteligencia que dice poseer, se conserven su pene y su cabeza para la eternidad, como una contribución personal al mundo de lo que es su imaginario eugenésico y darwinista social en el cual solo tienen derecho a existir los supermillonarios, egoístas y brutales, eso sí asistidos por unos cuantos miles de esclavos que serán sometidos por sofisticadas tecnologías. Epstein, Bill Gates, quien participa en orgías en las que se contagia con una enfermedad venérea, y todos los personajes de la alta burguesía transnacional del occidente imperialista se creen de una raza superior. Por esa razón, Epstein pretendía inocular con su semen a decenas de mujeres, con el fin de dar comienzo a una nueva raza de superdotados.

Epstein se movía en un mundo de supermillonarios y poderosos, profundamente racistas, machistas, depredadores sexuales, que desprecian a los pobres y humildes. Ellos no tienen límites morales que les impidan bestializar a mujeres jóvenes conseguir todo tipo de placer corporal. Las mujeres pobres son simples objetos sexuales, para violar, torturar o matar si fuera necesario.

Estos vicios paganos se realizan en forma reservada, aunque no secreta, porque periodistas, autoridades, senadores y presidentes saben de su existencia, pero como son protagonistas de los crímenes del connotado pedófilo, guardan un silencio absoluto y aparecen en el escenario público como honestos hombres de la política y el espectáculo que cuentan con un amigo especial, al que idolatran por su audacia y capacidad de agenciar emprendimientos sexuales. En público presumen de su honestidad y transparencia, en privado llevan a cabo todas sus perversiones y causan un tremendo daño a jóvenes mujeres, sin piedad ni arrepentimiento.

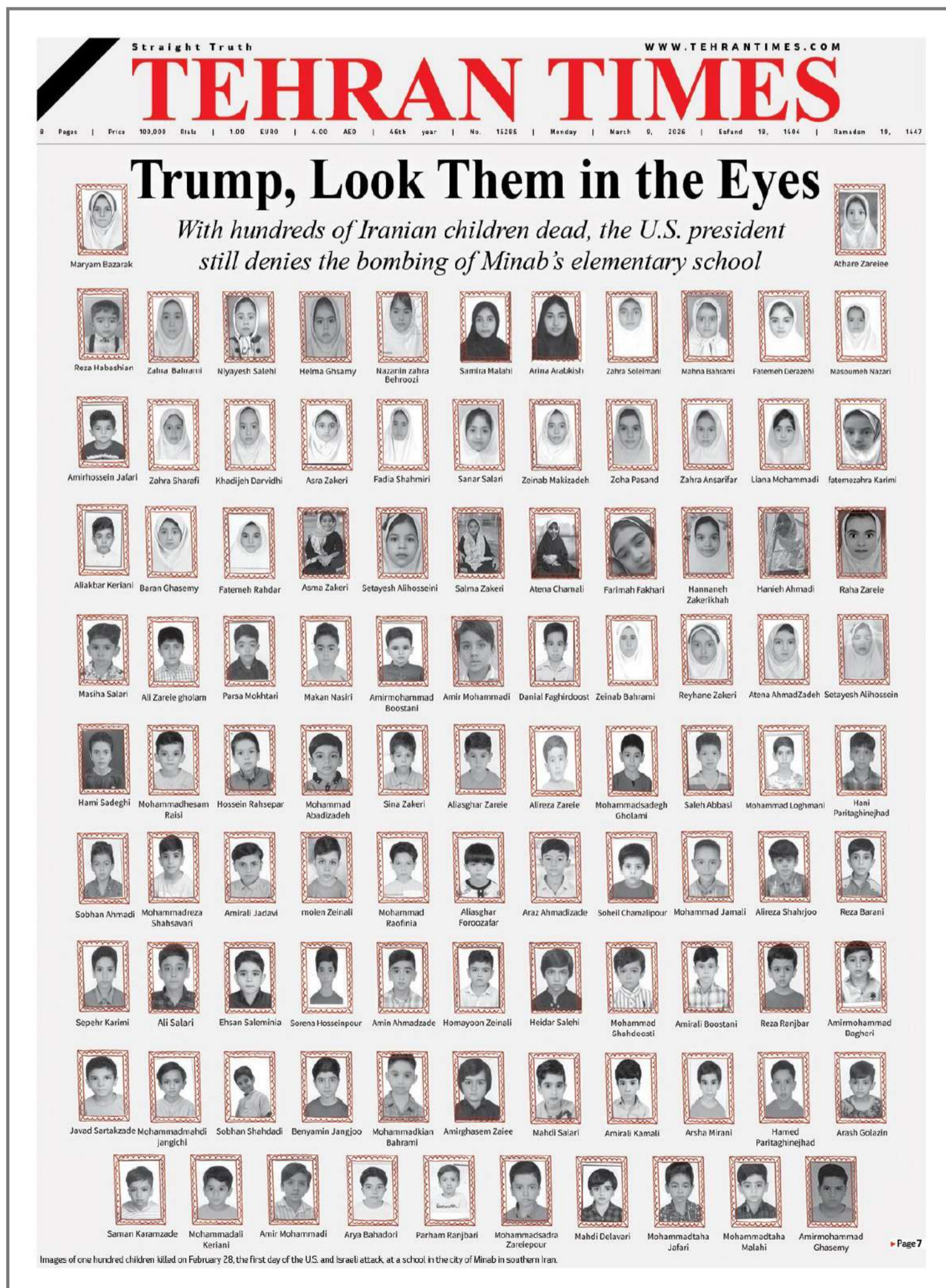
Todo es posible en estos "islotos de fantasía" porque quienes dictan e imponen el derecho son los poderosos, los mismos que participan en los crímenes y violaciones. Por eso, nadie los puede tocar, ya que gozan de inmunidad e impunidad absolutas. E incluso, esos mismos superpoderosos, haciendo gala de una decarada doble moral, son los que dicen escandalizarse porque en el mundo periférico, según ellos, solo hay narcotraficantes, putas y escorias. Y esa desvalorización de los migrantes y habitantes del mundo periférico tiene la pretensión de que seamos subditos pasivos que nos resignemos al dominio de los sádicos supermillonarios de Estados Unidos y el occidente imperialista.

Estados Unidos, que dice que todo lo puede, ha logrado hacer realidad las peores pesadillas de ficción de películas tipo Saló, o los 120 días de Sodoma de Pierre Paolo Pasolini o la de Stanley Kubrick *Ojos bien cerrados*. Por obra y gracia del capitalismo en su fase de putrefacción total la ficción cinematográfica es desbordada por la tenebrosa realidad del capitalismo e imperialismo brutal, en donde los supermillonarios de la política, la economía, la farandula, los negocios, los servicios secretos de varios países realizan prácticas asesinas, con el fin de mostrar su poder e indicar que no existe ningún obstáculo moral a su búsqueda insaciable, y nunca saciada, de alcanzar siempre más y más placer, aunque sea a costa del cuerpo y la vida de miles de mujeres jóvenes y pobres, porque esa es la condición de clase que pone de presente el objetivo de someter y poseer.

Los Archivos Epstein exhiben la quiebra moral del capitalismo y del imperialismo en su fase terminal. Es como si se reviviera la decadencia del imperio romano, en donde reinaba Caligula (por eso a Donald Trump podría calificarse de neoCaligula). No es la quiebra moral de un individuo, de Jeffrey Epstein, sino de la occidental y cristiana, que naufraga en su propia podredumbre de mercantilización, consumo, lujo, derroche, sevicia, violencia, tráfico sexual y sangre.

Un indicador de esa podredumbre tiene nombre propio, como personificación individual del capitalismo e imperialismo, Donald Trump, empresario inmobiliario, violador sexual, pedófilo redomado, evasor de la justicia y en la actualidad presidente de los Estados Unidos, con tanto poder que su vanidad y su espíritu de maldad congénita ponen en peligro al mundo. Y quien, además, para salvaguardar su putrefacta imagen de violador de niñas de 13 años, es capaz de llevar a cabo una guerra de agresión contra Irán, con el fin de desviar la atención de los habitantes de Estados Unidos y unificarlos en torno a la pretensión de *hacer grande a América a través de la guerra*. Por ello, a la guerra de agresión en el Golfo Pérsico bien puede llamarse la *Guerra de Epstein*. Y eso no es algo tampoco novedoso en la historia de Estados Unidos, pues está establecido que la mejor manera que tienen los presidentes de Estados Unidos de ocultar sus líos personales y desviar la atención del público interno de su país es agrediendo, bombardeando, masacrando en el exterior. Baste recordad que para desviar la atención de su escándalo sexual con su asistente Monica Lewinsky, Bill Clinton (que aparece centenares de veces en los archivos de su amigo el pedófilo Jeffrey Epstein) bombardeo a Afganistán y a Sudan, donde destruyó una fábrica de medicamentos y mató a decenas de personas.

En estos momentos, siguiendo esa trayectoria escapista de sus antecesores, Donald Trump ataca a Irán, genera destrucción, miles de muertos y con eso pretende que se olvide su carácter de socio de Epstein, las denuncias sobre violación a niñas de 13 años, en un caso típico de pedofilia, y se borren sus miles de menciones en esos archivos de la brutalidad sexual contra niñas pobres en los Estados Unidos.



Fotografías de algunas de las 180 niñas masacradas en la escuela Shajare Tayebé, de la ciudad de Minab, frente al estrecho de Ormuz, en la provincia de Hormozgán [Irán] por un bombardeo "inteligente" de los Estados Unidos.

El carácter sanguinario del imperialismo estadounidense se evidencia claramente con la agresión militar abierta contra Irán que comenzó el 28 de febrero, cuando Estados Unidos e Israel bombardearon a Teherán y otras ciudades de aquel país, asesinaron a su alta dirigencia y, como para que no queden dudas de su sed asesina, masacraron a 180 niñas en una escuela.

Este ataque se realizó conjuntamente entre el Perro (Estados Unidos) y el Rabo (Israel) con dos pretensiones fundamentales: uno, destruir a Irán y subordinarlo a los Estados Unidos para pulverizar a los BRICS y golpear a China (el objetivo supremo y el rival principal para los ideólogos de Estados Unidos, tanto de los trumpistas como de los globalistas); y dos, generar las condiciones para crear el "Gran Israel", el sueño húmedo de los genocidas del sionismo que encabeza ese asesino químicamente puro que es Benjamín Netanyahu.

Con la arrogancia triunfalista de pretendida superioridad en todos los órdenes (militar, científico, tecnológico, económico, político, cultural y hasta racial), Estados Unidos e Israel suponían en forma optimista que se iba a replicar el guion de Venezuela, cuando Estados Unidos obtuvo de manera rápida todos sus objetivos, con el secuestro de Nicolás Maduro y la imposición de un gobierno obediente y subordinado. Pensaban que en Irán iban a repetir la historia, que consistía en proceder a destruir a sangre y fuego, generando pavor y conmoción, a través de la "Furia épica" (como Estados Unidos denomina a su guerra contra Irán), descabezarían al Estado, impondrían un títere de turno y al cabo de pocas horas (un máximo de 72 se dijo en las primeras de cambio) todo estaría resuelto favorablemente para Trump y Netanyahu. Ellos imaginaban que iban a ver en vivo y en directo (como sucedió el 3 de enero con el bombardeo de Caracas) la entrada triunfal de sus vasallos.

Esa arrogancia evidencia una profunda ignorancia y subestimación de Irán, porque, en contra de la propaganda occidental, la guerra no fue relámpago, el régimen no se derrumbó y respondió de manera efectiva desde las primeras horas del ataque alevé del imperialismo estadounidense-sionista.

En contra de lo vaticinado, en los 36 días que lleva la guerra (en el momento en que escribimos estas líneas) Irán ha demostrado tener más fortaleza de la que se le atribuía, porque ha plantado cara a los agresores y, por primera vez, desde la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos se ha encontrado con un rival de peso que lo está atacando como nunca había sucedido desde la década de 1940, con un gran poder de fuego directo.



El Fisgón, "Trampa perversa del Mossad", La Jornada, abril 3 de 2026.

Estamos viviendo una forma de guerra, completamente distinta a las que ha enfrentado Estados Unidos y que a la larga siempre han perdido (Corea, Vietnam, Irak, Afganistán), cuya característica esencial radicaba en que Estados Unidos destruía, tomaba el control del terreno y luego la resistencia interna en el país agredido se organizaba y, al cabo de una lucha prolongada, eran derrotados y expulsados los estadounidenses. Lo que hoy está sucediendo es completamente distinto (aunque, desde luego, si se llegase a producir una invasión terrestre de Estados Unidos, nuevamente enfrentarían una eficaz guerra de guerrillas), porque a Estados Unidos y a Israel se les está atacando directamente e Irán está minando el poder duro de Estados Unidos en el Golfo Pérsico, sobre todo sus bases militares, desde las cuales coordinó los ataques contra Irak en 1990 y 2003, y en forma directa al territorio del régimen sionista.

Eso no había sucedido nunca, y menos con la intensidad, precisión y efectividad que ha desplegado Irán. Aunque la propaganda sionista e imperialista, junto con una descarada censura, oculta la magnitud de los daños infringidos a los agresores, están claramente establecidos algunos hechos: destrucción de, por lo menos, 13 bases militares en los países del Golfo, de radares, de aeropuertos militares, de aviones de diverso tipo (entre ellos aviones cisterna, los F-15 y hasta los que se consideraban indetectables e indestructibles F-35), de infraestructura militar, energética e hídrica. Y esto lo hace Irán como respuesta a los ataques criminales de Israel y Estados Unidos, que han destruido escuelas, hospitales, centrales eléctricas, plantas desalinizadoras de agua y, en forma bestial, las plantas de energía nuclear de Irán. Este ha respondido y ya atacó a Dimona en Israel, la sede del programa atómico sionista y donde se almacenan centenares de ojivas nucleares.



El Fisgón, "Trampa perversa del Mossad", La Jornada, abril 3 de 2026.

Irán se estuvo preparando durante décadas para esta guerra, sabía que tarde o temprano iba a venir y, actúa con resolución y con el presupuesto de que la soberanía es innegociable. Ha asumido esta guerra asimétrica, con la convicción de que, en términos militares, económicos y tecnológicos, con respecto al poder de fuego y destrucción de Estados Unidos e Israel está en inferioridad de condiciones, pero que, siendo una guerra larga y de desgaste, cada día que resista representa una derrota para el eje sionista-imperialista. Por eso, ha asumido una guerra con su propia tecnología (barata y fácil de confeccionar), que está demostrando que la engrandecida y supuestamente todopoderosa tecnología bélica del imperialismo se puede enfrentar y derrotar. Por esta razón, por primera vez estamos viendo una derrota en tiempo real de Estados Unidos e Israel, algo inimaginable hasta hace unas semanas.

Esta guerra tiene un significado que va más allá de lo militar, porque acelera la crisis del petrodólar, cuestiona la alianza entre grandes corporaciones tecnológicas y el aparato militar (con el ataque a sedes de Amazon, Google y otras empresas en Israel, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos), muestra las fisuras de la alianza interimperialista, porque parte de Europa se ha demarcado de la guerra y no porque hayan dejado de apoyar al eje agresor, sino porque, por primera vez, ven factible que los misiles de Irán lleguen a su territorio.

Esta guerra de agresión reafirma el verdadero rostro de sangre, muerte y destrucción de Israel y Estados Unidos. Con independencia del resultado final, la guerra del Golfo Pérsico deja algunas lecciones que deberían ser examinadas en nuestros países del Sur Global. Al respecto se destacan estos elementos: al imperialismo se le puede enfrentar y derrotar; para conseguirlo hay que prepararse adecuadamente y construir su propia arquitectura tecnológica militar para contar con independencia operativa y estratégica; la soberanía no se negocia de ninguna manera con los poderes imperialistas; y, desgraciadamente, se confirma que para no ser atacados es preciso tener armas nucleares. Esto último va a conducir en el futuro inmediato a la proliferación nuclear, justo lo contrario de uno de los objetivos demagógicos mencionados para justificar esta guerra de agresión (que Irán no tuviera armas nucleares, porque si las hubiera tenido no habría sido atacado como lo está siendo en estos momentos).

Otras lecciones de esta guerra en una perspectiva antiimperialista y anticapitalista son dignas de destacar: las bases de Estados Unidos no son ninguna garantía de seguridad ni defensa, porque es desde allí donde se agrede a países vecinos y en Nuestra América y en Colombia se debería tomar nota de este hecho para expulsar las bases gringas que se encuentran en nuestros territorios; los países que prestan su territorio para alojar bases de Estados Unidos o que permiten el paso de aviones de Israel en su espacio aéreo no son neutrales, son una parte esencial de la guerra imperialista y por eso deben ser atacados y golpeados como lo hace Irán; la lucha transforma la realidad en forma dramática y acelerada, al punto que el mundo en general y Asia Occidental en particular ya no volverán a ser las mismas, porque la presencia imperialista y sionista está seriamente cuestionada y su dominio muestra fisuras irreparables, que indican el fin de la hegemonía occidental de cinco siglos en todo el mundo; un país, Irán en este caso, puede aprovechar sus ventajas geográficas (el Estrecho de Ormuz) para cobrarle a los barcos extranjeros un peaje y determinar quiénes pueden transitar y quiénes no, al tiempo que plantea la sustitución del petrodólar por el yuan dólar, como prueba de que el fin del dominio estadounidense no es una quimera lejana, sino que se está realizando ante nuestros ojos.

Y, por último, este cambio demuestra que Israel [el Rabo] puede existir gracias a Estados Unidos [el Perro], porque ha sido su punta de lanza en Oriente Medio. Han sido una simbiosis imperialista y colonialista, eficaz para el dominio en Asia Occidental, que a veces no se sabe si es el rabo el que mueve al perro o lo contrario⁷. Al debilitarse Estados Unidos, que lo más seguro es que sea expulsado de la región y no vuelva a poner un pie allí por mucho tiempo o en forma definitiva, Israel queda huérfano y también debilitado por los golpes que le ha asestado Irán, Hezbolá y los Huties.

Claro, también puede suceder que, ante su derrota estratégica, los sionistas e imperialistas opten por la Opción Sansón, esto es, detonar bombas nucleares en territorio iraní, con lo cual estaríamos entrando a una apocalíptica Tercera Guerra Mundial. Y esta opción es posible, porque sencillamente Estados Unidos e Israel lo único que saben es matar, destruir y bombardear, valiéndose de su poderío aéreo, y por eso amenazan con hacer retroceder a Irán a la edad de piedra. Pero, a pesar de eso, lo que Irán está realizando es una gesta antiimperialista que debe ser apreciada en su verdadera dimensión, como un quiebre histórico de la dominación imperialista y colonialista de Occidente de cinco siglos. Y en el resto del Sur Global, empezando por Nuestra América se debería tomar nota de todo lo interesante y novedoso que está aconteciendo en el Golfo Pérsico, que se está convirtiendo en la tumba del sangriento imperialismo estadounidense.

¹ La mayor parte de este texto forma parte de la presentación de mi libro *Estados Unidos, un imperialismo sanguinario y sin máscaras. Brutalidad, idolatría y racismo*, Editorial Teoría & Praxis, Bogotá, 2026, próximo a publicarse y que será presentado en la próxima Feria del Libro de Bogotá.

² Maurizio Lazzarato, *¿Te acuerdas de la revolución? Minorías y clases*, Eterna Cadencia Editora, Buenos Aires, 2022, p. 35.

³ Maurizio Lazzarato, *El imperialismo del dólar. Crisis de la hegemonía estadounidense y estrategia revolucionaria*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2023, p. 16.

⁴ *Ibid.*, p. 21.

⁵ *Ibid.*, p. 44.

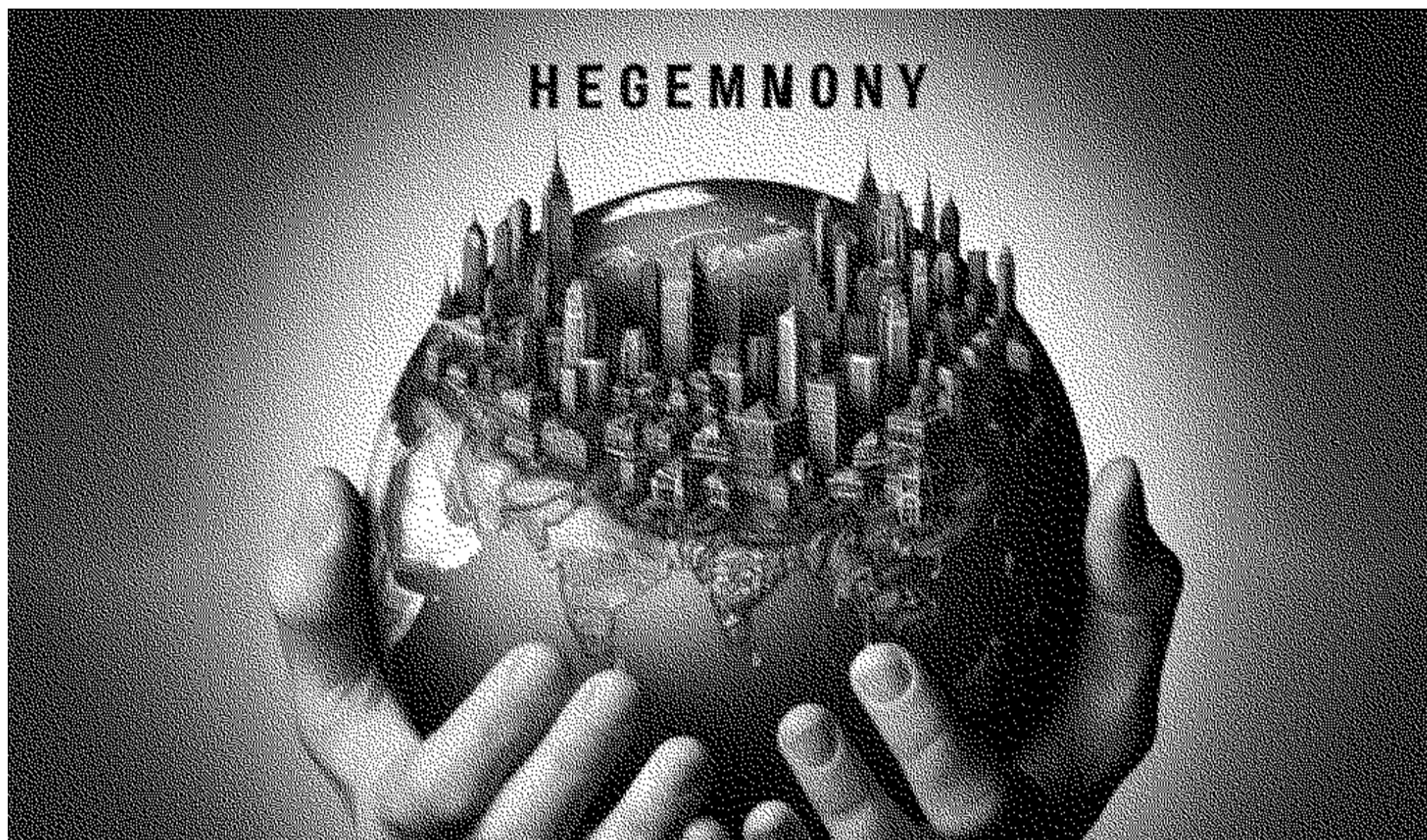
⁶ *Ibid.*, pp. 99-102.

⁷ Martín Alonso Zarza, *El rabo mueve al perro. Israel y Estados Unidos en el devenir de Oriente Próximo*, El Viejo Topo, Barcelona, 2025.

Ideas para una mejor comprensión del presente

🕒 abril 15, 2026

📖 127



Álvaro García Linera

Exvicepresidente de Bolivia

En este número de *Izquierda* publicamos dos textos de Álvaro García Linera, aparecidos originalmente en el portal <https://www.diario-red.com/seccion/america-latina/>, los cuales consideramos del mayor interés para los debates actuales acerca de las características del orden mundial capitalista.

¿Dominación sin hegemonía, hoy?

¿Es posible un tipo de dominación política que no necesite recurrir al ejercicio de la hegemonía, entendida como la capacidad de persuasión y atracción de los dominantes sobre los dominados?

Se trata de una pregunta que ha vuelto a surgir en el debate contemporáneo debido al declive de la hegemonía neoliberal y la gobernanza global estadounidense. Pareciera que, de un régimen de "liderazgo benigno" que duró sesenta años, estuviéramos pasando a lo que Kindleberger llamó un tipo de "liderazgo coercitivo", visible en las formas brutales de autoridad que despliega a diario el presidente Trump en distintos lugares del mundo, imponiendo aranceles, invadiendo países o burlándose de los débiles.

No obstante, la verdad es que, a excepción de los momentos de guerra armada o de exterminio de poblaciones, no existe dominación duradera sin hegemonía.

R. Guha, un historiador indio, escribió en 1988 un libro sobre la colonización inglesa de la India en el siglo XIX. En él, propuso que esta instauró un tipo de Estado colonial que “llegó a depender más del miedo que del consentimiento”. De allí proviene el ejemplo de “dominación sin hegemonía” (Guha, 1988). Ciertamente, el dominio colonial -que convirtió a unos comerciantes privilegiados, los ingleses, en los nuevos gobernantes- se impuso a sangre y fuego tras las batallas de Plassey y Buxar, en el siglo XVIII, tras las cuales se instauró un sistema de despótica expropiación económica por vía de las cargas tributarias, administrativas e intereses de la deuda pública (Naoroji, 1901).

Además, se instauraron brutales mecanismos de semiesclavitud de los campesinos, expropiación de tierras comunales, implantación forzosa de cultivos comerciales que dieron lugar a terribles hambrunas. A esto se sumó la destrucción de la industria local para dar paso a los productos industriales traídos desde Manchester, etc. Todos ellos actos de coacción desnuda, como lo fueron en América Latina los mecanismos de exacción colonial española a través de la mita minera, el repartimiento de indios y la hacienda.

Sin embargo, para que esta dominación se estabilizara durante décadas o siglos, los colonizadores tuvieron que incorporar, junto a esos mecanismos de coacción política y económica, una serie de medidas que recogieran, de manera mutilada, algunos derechos y beneficios mínimos de la población expropiada. Ejemplo de ello son la mejora de los sistemas de riego y de los medios de transporte, las regulaciones del arrendamiento de tierras o la propia formación de la élite intelectual que se adhirió al régimen colonial. En el caso latinoamericano, destacan la compra de derechos de propiedad comunal o la incorporación del sistema intermedio del liderazgo indígena (curacazgo) a la burocracia del Estado colonial.

Esto significa que, para que cualquier relación de dominación -inicialmente lograda mediante el uso descarnado de la violencia armada y la coerción económica- sea duradera, se requiere un mínimo de “acuerdos” y del reconocimiento de algunos intereses materiales de los dominados. Esto es, de acción hegemónica. No hacerlo es lanzarse a la guerra permanente y al casi exterminio de los invadidos, como sucedió con los indígenas en EE. UU., el sur de Argentina o el régimen del terror de Leopoldo II de Bélgica contra la población del Congo.

En la actualidad, la supremacía estadounidense sobre el mundo ha adquirido una ferocidad inaudita, incluso al interior de los propios EE. UU.

El gobierno de Trump ha declarado una abierta guerra comercial a todos los países, elevando los aranceles promedio del 2 % al 11 %, sin más justificativo que el de detener el “saqueo” del mercado norteamericano. Ha secuestrado al presidente de un país soberano para expropiar su petróleo y ha restablecido como política bélica de Estado la decapitación de los líderes de naciones llamadas “hostiles”. Ha chantajeado públicamente a Europa, Japón, India y Taiwán para que promuevan millonarias inversiones en suelo estadounidense si es que no quieren ver elevados aún más los aranceles para sus mercancías (BBC, VII de 2025). Ha amenazado con anexarse Groenlandia y, al final, ha logrado tener el control de facto y sin límites de la isla. Ha menospreciado a los presidentes europeos, conminándolos a “acopiar algo de valentía” para “aprender a luchar por sí mismos”. Ha denigrado a la mayoría de los migrantes que vienen al país, calificándolos de “basura”. Asimismo, ha declarado que puede hacer lo que le dé la gana y que su poder está limitado únicamente por su “propia moralidad” (NYT, 8 de enero de 2026). EE. UU. ha roto con el Acuerdo de París referido a limitar el calentamiento global -al que califica de un “gran engaño”- y alienta la mayor producción de combustibles fósiles.

Pareciera que, de un régimen de “liderazgo benigno” que duró sesenta años, estuviéramos pasando a lo que Kindleberger llamó un tipo de “liderazgo coercitivo”, visible en las formas brutales de autoridad que despliega a diario el presidente Trump en distintos lugares del mundo, imponiendo aranceles, invadiendo países o burlándose de los débiles. No obstante, la verdad es que, a excepción de los momentos de guerra armada o de exterminio de poblaciones, no existe dominación duradera sin hegemonía.



En lo interno, cada vez que puede, el presidente Trump insulta a la prensa, juzga a los periodistas de “estúpidos”. Tilda de “sediciosos” y “dementes” a sus opositores políticos. Ha creado una fuerza policial encapuchada (ICE) especializada en perseguir latinos para expulsarlos del país, ha encarcelado sin piedad a niños racializados y ha justificado el asesinato de ciudadanos norteamericanos que se oponían a la deportación ilegal.

La lista de abusos, engaños, manipulaciones, coacciones y odios embravecidos que ensaya Trump contra personas y estados todos los días puede continuar hasta el infinito. Pero, ¿significa esto que estamos ante un tipo de dominio imperial carente de hegemonía? Eso opinan algunos. El economista y premio Nobel D. Acemoglu señala que la guerra declarada por EE. UU. contra Irán sin “justificación coherente” es una forma prepotente de exhibición del “poder duro” en el ámbito de las relaciones internacionales que debilita el “poder blando”, esto es, la capacidad de “atracción y persuasión” que configura cualquier “hegemonía benigna” (Project Syndicate, 17 de marzo de 2026). Tiempo atrás, a inicios de la primera gestión de Trump, N. Fraser también sugirió que, al expresar un desmoronamiento hegemónico del “neoliberalismo liberal”, el populismo autoritario de Trump era un proyecto carente de “hegemonía segura” (Fraser, Contrahegemonía ya, 2019).

El primer problema con estas interpretaciones es que reducen el concepto gramsciano de hegemonía a una mera construcción discursiva: “persuasión”, “justificación” y “sentido común”. Podría decirse, incluso, de “buenos modales” para cometer fechorías. De hecho, quizá lo que más irrita a las élites políticas liberales europeas de los comportamientos de Trump es su grosería para decir las cosas, su falta de “clase” para imponer sus intereses.

Pero si esto fuera así, entonces el problema del gobierno de Trump con el mundo es solo un tema de semántica y pragmática del lenguaje, referidas a las maneras de enunciar y justificar sus acciones. En tal caso, la hegemonía se habría reducido al “buen arte de mentir”, lo que ya es una caricatura pervertida del concepto gramsciano original.

Y aun en este terreno mutilado de la hegemonía como mera narración, lo que los liberales no pueden ver es que la “brutal sinceridad” es también otra forma del “arte de mentir”; hoy muchísimo más eficaz para generar adhesiones populares que la “mentira” culta y adornada con la que las élites almibararon su dominación décadas atrás. Los datos sobre el apoyo social a proyectos políticos de ultraderecha en el mundo muestran que cerca del 30 % del electorado de numerosos países se siente reconocido en ese lenguaje (Government and Opposition, 2025).

Claro, antes la expropiación de recursos naturales, la explotación de pueblos, la invasión de naciones y el sojuzgamiento de estos se hacían a nombre de “principios y valores”, de las “leyes naturales del mercado” o del “orden basado en reglas” con pretendida superioridad moral mundial. Con Trump, también se quieren recursos naturales, territorios, mercados y trabajo impago, solo que ahora se dice abiertamente, sin adornos retóricos ni mentiras piadosas.

El presidente Trump carece de diplomacia a la hora de decirle al mundo lo que quiere. No enmascara sus objetivos. Quiere el petróleo de Venezuela y lo toma a la fuerza, sin necesidad de justificarlo mediante la defensa de algún imperativo moral.

Quiere los minerales críticos y la libre disponibilidad del territorio de Groenlandia para sus bases militares, y dice que la va a ocupar con su ejército. Para él, se trata simplemente de fortalecer su “área de influencia” primordial en un mundo definitivamente quebrado en áreas de influencia territorial. Quiere deshacerse de los gobernantes de Irán para controlar el flujo petrolero y las divisas de ese país, y no duda en bombardearlos, incluyendo a las niñas de las escuelas que se encuentran cerca.

Igualmente, cuando insulta a sus adversarios políticos, lo hace con la franqueza del pendenciero de barrio que descubre su némesis en cada esquina. Y en la crueldad hacia los más débiles -migrantes latinos- está la impúdica experiencia del goce con la humillación de aquel a quien en el fondo se teme. El mundo es brutal y él es sincero con esa brutalidad.

El crepúsculo de la hegemonía liberal no significa que esta haya desaparecido ni que estamos en un mundo sin emisión hegemónica. Significa que esta se desmorona lentamente a pedazos; sobrevive en fragmentos por mera inercia. Y, en medio de esta hecatombe de creencias y acciones, se producen espasmos de desesperanza, asfixiantes incertidumbres y abatimientos colectivos que, intermitentemente, son atravesados por arrebatos de entusiasmo temporales alrededor de nuevas creencias y acciones estatales protohegemónicas, ya sea de izquierda o derecha.



<https://1.bp.blogspot.com/-nMjB3rhPyjI/Wx30dHKWYSI/AAAAAAAAABzM/WkAlGwwEeu4deWNld4uPOUe820Cr45S7ACLcBGAs/w1200-h630-p-k-no-nu/2017-08-09-21-16-21265652.jpg>

Él dice las verdades sin filtro. Incluso cuando miente, lo hace haciendo saber cínicamente que miente. No se detiene en la sofisticación liberal de edulcorar la falacia. Y hay votantes estadounidenses -al menos un tercio- y élites gobernantes de otros países del mundo a quienes les fascina esa cruel mentira o esa falsedad sincera. Los primeros se sienten reivindicados frente a la hipocresía liberal que los “olvidó” a costa del mercado y la globalización para ricos. Por su parte, las acomplejadas élites económicas y políticas extranjeras también se sienten seducidas por el furor del látigo y el desprecio de quienes añoran ser, para también despreciar a los de más abajo.

Y no se piense que esta apetencia de vasallaje es una propensión exclusiva de élites políticas tercermundistas. Cuando uno ve la admiración con la que el secretario general de la OTAN, M. Rutte, o el canciller alemán, F. Merz, prodigan a Trump, está claro que la complacencia con la sumisión no distingue los paralelos del globo terráqueo.

Tomando este contexto, la belicosidad discursiva en ocasiones -como las de este interregno- también llega a ser un tipo de “poder blando”, en el sentido de una construcción enunciativa con la capacidad de persuadir. Ciertamente, se trata de una seducción más débil, limitada en sus áreas de irradiación y temporal, como lo es todo proyecto político hoy. Pero, aun así, posee un mayor efecto persuasivo que la decadente convocatoria liberal, con lo que el argumento discursivista de la hegemonía que propone Acemoglu deviene en una aporía.

Con todo, hay que reconocer que esta violencia verbal y la coacción económica no son realidades nuevas. La regla de Tucídides de que “los fuertes hacen lo que pueden y los débiles lo que deben” es una vieja conocida de los vínculos entre las grandes potencias imperiales y los países subordinados de África, Latinoamérica y Asia. Lo nuevo es el empleo generalizado de esta máxima por el ex hegemón global, la inclusión en la lista de los maltratados a Europa -convertida ahora en parte de la geografía provincial global- y el respeto hacia los otros dos emergentes hegemones portadores de áreas de influencia reconocida: China y Rusia.

Entonces, si la hegemonía no puede reducirse únicamente a narraciones, entender cómo es que esta se ejerce y modifica requiere ver el movimiento subyacente de la acción hegemónica: la capacidad de articular los “intereses generales de los grupos subordinados”, dice Gramsci. Y, desde el poder económico del Estado, eso significa la expansión de sus condiciones materiales “económicas y políticas” (Gramsci, C. 13, §17). Esa es la llave “mágica” para que un interés particular pueda dar pruebas de su legítima “universalidad” vinculante.

La reducción de la inflación, el aumento del empleo, la reducción de ciertas cargas fiscales, la suba salarial o el incremento del crédito tributario por hijo, etc., ayudan, en lo interno, a mantener un piso de apoyo a Trump. En tanto que las tasas de interés de los bonos del tesoro y los activos financieros -que atraen los petrodólares y los ahorros europeos-, el dólar como moneda de reserva mundial o la manipulación política de los recursos del FMI y el Banco Mundial para “rescatar” a los países en problemas alimentan las redes materiales de las acciones hegemónicas en lo externo.

El crepúsculo de la hegemonía liberal no significa que esta haya desaparecido ni que estamos en un mundo sin emisión hegemónica. Significa que esta se desmorona lentamente a pedazos; sobrevive en fragmentos por mera inercia. Y, en medio de esta hecatombe de creencias y acciones, se producen espasmos de desesperanza, asfixiantes incertidumbres y abatimientos colectivos que, intermitentemente, son atravesados por arrebatos de entusiasmo temporales alrededor de nuevas creencias y acciones estatales protohegemónicas, ya sea de izquierda o derecha. Si alguna de ellas se traduce en soluciones materiales prácticas a los agobios económicos que dieron nacimiento al agotamiento hegemónico liberal, entonces devendrá en hegemonía contenciosa que aspira a consolidarse como nuevo horizonte predictivo de época. Si no soluciona estos agravios, la sociedad volverá a sumergirse en un torbellino de frustraciones y efímeras adhesiones. Es el tiempo liminal.

En tiempos de transición hegemónica y disponibilidad social como los de hoy, el discurso audaz y prometedor puede centralizar la energía social en múltiples direcciones políticas, lo que es decisivo para cualquier proyecto de cambio social. Puede despertar emociones bajas que legitimen más abusos y desigualdades, o puede gatillar pasiones nobles que converjan hacia una mayor justicia social. Pero la continuación de la vorágine cognitiva o la consolidación hegemónica no vendrán de la calidad lingüística de los discursos gubernamentales. No es un tema de ferocidad o endulzamiento de los discursos.

En el ámbito del modelo de acumulación que dirigirá la economía de las naciones, la hegemonía se resolverá en cómo es que la retórica, violenta o “blanda”, está soportada en mejoras palpables en las actividades económicas y en el estatus de una mayoría de las personas, además de la protección y esperanza verosímil de un venidero bienestar de la trama de la vida colectiva de las familias, que es donde, al final, se dirime la cohesión social de cualquier país.

Y, en lo referente a las relaciones internacionales, la hegemonía se zanjará en la capacidad que tenga cada hegemón de reclamar con éxito el cumplimiento de sus intereses económicos en lo que considera su área de dominio, combinando coacciones económicas y políticas con beneficios segmentados hacia sus dependientes. En tanto, la jerarquía de cada Estado en el nuevo orden global se dilucidará en la capacidad que tenga para hacer respetar con éxito el ejercicio de su soberanía económica y política frente a los demás Estados.

Protectorados

El capitalismo nació de la mano del colonialismo. Y desde entonces esta cualidad de origen histórico lejos de desaparecer solo ha mutado y diversificado. Se puede decir que es una manera de organización de las jerarquías mundiales, sustancial a todas las modernas formas de acumulación económica empresarial.

El capitalismo europeo en 5 siglos desplegó múltiples variantes de colonialismo, cada cual más cruel que la otra, tanto en América, África como en Asia. EE. UU., por su parte, en solo dos siglos, ha concentrado todas ellas y las ha complejizado en su cualidad expoliadora. Aplicó los clásicos moldes europeos de “colonialismo de exterminio” y de “colonialismo de asentamiento” durante el siglo XIX, en la mayoría de las tierras de propiedad indígena de Norteamérica. Reivindicó el “destino manifiesto” de una América anglosajona para invadir y apoderarse de 2 millones de km² mexicanos, en lo que hoy corresponden a los estados de California, Utah, Nevada, Texas, Nuevo México, Colorado, Kansas, etc.



Pero, a diferencia de sus predecesores, EE. UU. empleó estos tipos de ocupación espacial como modo de construcción de la unidad territorial del Estado; no como expansión extraterritorial de su dominio. La usurpación de tierras indígenas y mexicanas, fueron absorbidas como parte de un Estado continental protegido por los mares Atlántico y Pacífico. En tanto que el sometimiento de otras sociedades y países del globo, pese a las 11 guerras declaradas y cerca de 400 invasiones ejecutadas, incluyendo el uso de bombas atómicas y la instalación de bases militares permanentes (Japón, Alemania, Reino Unido), no han desembocado en “colonialismos de asentamiento”, con la presencia permanente de población invasora ejerciendo el control administrativo, militar y económico del país ocupado. Ello hubiera requerido la erogación de enormes sumas de dinero, una burocracia gigantesca, gobernadores y numerosas tropas desplegadas en más de 150 países del mundo. Y es que, a diferencia del colonialismo inglés, holandés, francés, alemán o belga que tuvieron áreas limitadas de expansión colonial en distintas partes del mundo, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el dominio estadounidense tuvo una dimensión geopolítica de pretensión universal. Por ello, prefirió perfeccionar los mecanismos de sujeción colonial fundados en la “muda coacción económica”, que se aplican por la fuerza global de su poderío tecnológico, comercial y financiero o, en otros casos, que se aplicaban inmediatamente después de los periodos de ocupación militar (Panamá, Irak, Libia, Afganistán...).

Así, una vez cumplido el “aplanamiento” de las naciones agredidas por la acción de las cañoneras, los aviones, los tanques y marines estadounidenses, indefectiblemente llegaban las empresas privadas norteamericanas a extraer materias primas; en tanto que el FMI y el Banco Mundial también desembarcaban para endeudar más al país. Pero, en la mayoría de los casos, las acomplejadas y serviles élites políticas locales cumplían el mismo papel de “aplanamiento” de las sociedades, ya sea por sumisión voluntaria (neoliberalismo) o de guerra interna (dictaduras militares), que daban paso a las mismas corporaciones y bancos estadounidenses.

Es lo que se ha venido a llamar el “neocolonialismo”. En este caso, la extracción de recursos y la explotación laboral no requieren de ampulosas burocracias ni ejércitos extranjeros. Las jerárquicas relaciones del intercambio desigual (Emanuelle, 1973), la deuda externa (Toussaint, 2018), fuga de capitales, (Roberts, 2021) y la subordinación cultural (Said, Orientalismo, 2003) crean una trama de sujeción que posibilitan la transferencia de materias primas, dinero, trabajo, conocimiento y subordinación moral hacia la potencia imperial, de una manera más efectiva, y menos costosa, que la clásica ocupación de asentamiento.

El neocolonialismo supone un Estado con soberanía fragmentada y unas instituciones locales que mantienen cohesionada a la sociedad. Pero la extracción de las riquezas hacia el extranjero, y la propia influencia sobre la vida política, se la realiza con la aquiescencia de la burocracia política nativa. Como lo han mostrado Nievas y Sodano entre 1970 y 2022, el equivalente al 1-2 % del PIB anual de EE. UU. y de los países más ricos, provienen de transferencias netas desde los países pobres (Wid.World, 2024).

En las décadas del dominio absoluto de las élites liberales globales y el aparente declive irreversible de los Estados, surgieron utopías libertarias que imaginaban un flujo de negocios globales sin necesidad de soporte estatal. Se habló de “Ciudades Privadas” o de “Zonas Económicas Especiales” (Roatan en Honduras), en la que se establecían estatutos especiales y los servicios gubernamentales los proporcionaban empresas privadas. Sin embargo, estos ensueños pronto chocaron con una cruda realidad: hasta hoy no se ha inventado otra manera de unificación social, de base territorial y con efecto vinculante, que puedas sustituir al Estado. Los mercados no lo lograron.

Pero ahora son otros tiempos, y ya no hay espacio para esas veleidades globalistas. EE. UU. está siendo desplazado del dominio mundial que disfrutó los últimos 30 años, teniéndose que replegar cada vez más a su “área de influencia” primordial. Los datos son elocuentes. China que en 1980 generaba el 2,3 % del PIB mundial, medido en paridad de poder adquisitivo (PPP), hoy lo hace del 19,8 %; en tanto que EE. UU. de alcanzar el 21 %, hoy llega al 14,5 % (FMI, X, 2025). China ya genera el 30 % de la manufactura del mundo. EE. UU. el 15,4 % (Sefeguard Global, 2025).

Por su parte, Rusia ha podido mostrar con la invasión a Ucrania que tiene la musculatura militar y económica para erigirse otra vez como la principal potencia euroasiática. En tanto que la UE, a raíz de la reciente amenaza de anexión de Groenlandia, le ha mostrado a EE. UU. que también puede infringirle daño económico, como, por ejemplo, mediante la venta de los bonos del tesoro norteamericano que posee (2 billones de dólares); o la posible reversión de los ahorros que están en bancos de New York (otros 2 billones), etc.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el dominio estadounidense tuvo una dimensión geopolítica de pretensión universal. Por ello, prefirió perfeccionar los mecanismos de sujeción colonial fundados en la “muda coacción económica”, que se aplican por la fuerza global de su poderío tecnológico, comercial y financiero o, en otros casos, que se aplicaban inmediatamente después de los periodos de ocupación militar (Panamá, Irak, Libia, Afganistán...).

En un mundo así fragmentado por la competencia de potencias e imperios, las formas coloniales también se están transformando.

Las invasiones y bombardeos estadounidenses en cualquier lugar del mundo no van a desaparecer, pero serán cada vez más cortos en el tiempo, devastadores en su eficacia técnica, y sin ocupaciones militares prolongadas. El arma preferida para la subordinación de los Estados ahora serán las guerras arancelarias, bloqueos y chantajes económicos. Es decir, un tipo de “poder económico duro” propio de los tiempos de hegemonías competitivas; diferente del “poder económico blando” (deuda, intercambio desigual...) que fueron los predilectos de la ya extinta fase de la exclusiva hegemonía norteamericana. Este tipo de “poder blando” no desaparecerá. Pero ya no será el más activo.

Y, ya al interior del “área de influencia” estadounidense, la forma colonial atravesará dos modificaciones sustanciales.



<https://www.jfpolitics.com/publicaciones/ensayos/el-capitalismo-del-buen-salvaje-nuevo-neoliberalismo-e-inclusion-social/>
<https://www.rtve.es/noticias/20240215/agricultores-continuan-tractoradas/15971090.shtml>

La primera. Asistiremos recurrentemente hechos de fuerza dirigidos a ampliar el espacio territorial de Estados Unidos. Las declaraciones de Trump de cambiar de nombre del Golfo de México por el de “Golfo de América”; su amenaza de retomar el control del canal de Panamá; de convertir a Canadá en el 51 estado de EE. UU. o de asumir la propiedad de Groenlandia, habla de una manifiesta voluntad estatal de ampliar el territorio soberano de los EE. UU. entre sus vecinos. Estas pretensiones expansionistas hacia el norte y centro del continente para integrarlos en un “espacio vital” se mantendrán en los siguientes años.

La segunda. Se reflotará la figura de los Protectorados para mantener el control económico y político de países poseedores de materias primas “estratégicas” (petróleo, tierras raras, litio, cobre, etc.) para la industria norteamericana, o de espacios geográficos de alto interés para inversionistas privados.

Un Protectorado es un Estado formalmente independiente que ha cedido alguno de los principales resortes de su soberanía a un Estado más fuerte (el “Protector”). El Estado sometido mantiene el conjunto de su legislación y sus instituciones que permiten la cohesión política-cultural de la población en el territorio. Eso es parte de la autoridad social local que el “Protector” no tiene la capacidad de reemplazar, al menos sin un elevado costo económico y político. Pero el mando de las relaciones exteriores, de sus principales actividades productivas (extractivas) y financieras, están bajo tutela de la potencia extranjera. En ocasiones esta forma de “gobierno indirecto” (Lugard, 1905), o compartido, puede darse con pequeñas, pero efectivas, ocupaciones militares y burocráticas; en otros casos basta la amenaza de intervención armada, para dirigir también desde afuera las principales esferas de la economía y la defensa.

Las invasiones y bombardeos estadounidenses en cualquier lugar del mundo no van a desaparecer, pero serán cada vez más cortos en el tiempo, devastadores en su eficacia técnica, y sin ocupaciones militares prolongadas. El arma preferida para la subordinación de los Estados ahora serán las guerras arancelarias, bloqueos y chantajes económicos. Es decir, un tipo de “poder económico duro” propio de los tiempos de hegemonías competitivas; diferente del “poder económico blando” (deuda, intercambio desigual...) que fueron los predilectos de la ya extinta fase de la exclusiva hegemonía norteamericana. Este tipo de “poder blando” no desaparecerá. Pero ya no será el más activo.

Protectorados fueron Marruecos, de Francia y España, entre 1912 a 1956; Egipto, de Gran Bretaña, entre 1922-1922. En Latinoamérica, EE. UU. ejerció el protectorado en Nicaragua (1912-1933), en República Dominicana (1916-1924) y, entre otros, en Cuba entre los años 1903-1934.

Es sintomático que al mismo momento que EE. UU. este pretendiendo resucitar versiones renovadas de protectorados, para controlar el petróleo y los flujos de divisas en Venezuela, o sobre Groenlandia, para apoderarse de sus minerales y las rutas de comercio polar Ártico, el presidente Donald Trump haya rebautizado la Doctrina Monroe (que sentenciaba a las potencias europeas con un “América para los americanos”) con el nombre de “Doctrina Donroe”. Bajo ese paraguas legal y moral, los distintos gobiernos que tuvo EE. UU. en sus primeros 150 años, cuadruplicaron la territorialidad estatal inicial y erigieron numerosos protectorados sobre varios países latinoamericanos. Es el engrandecimiento interior, a costa de la mutilación de los vecinos. Para América Latina, es una reconfiguración sustancial de las condiciones de posibilidad de la soberanía política y de la propia democracia, que serán diferentes a las que prevalecieron en los últimos 40 años.

Pero también es una dramática confesión: la de la contracción imperial. EE. UU. abdica de dirigir al mundo, como lo logró desde 1989. Ahora controlará su “área de influencia” continental con la aplicación de agresivas formas coloniales de facto. Buscará contener y atenuar las redes comerciales que tiene China y, luego, se vinculará con el resto del mundo bajo relaciones de competencia hostil o sumisión, según la fuerza que los otros países logren desplegar.

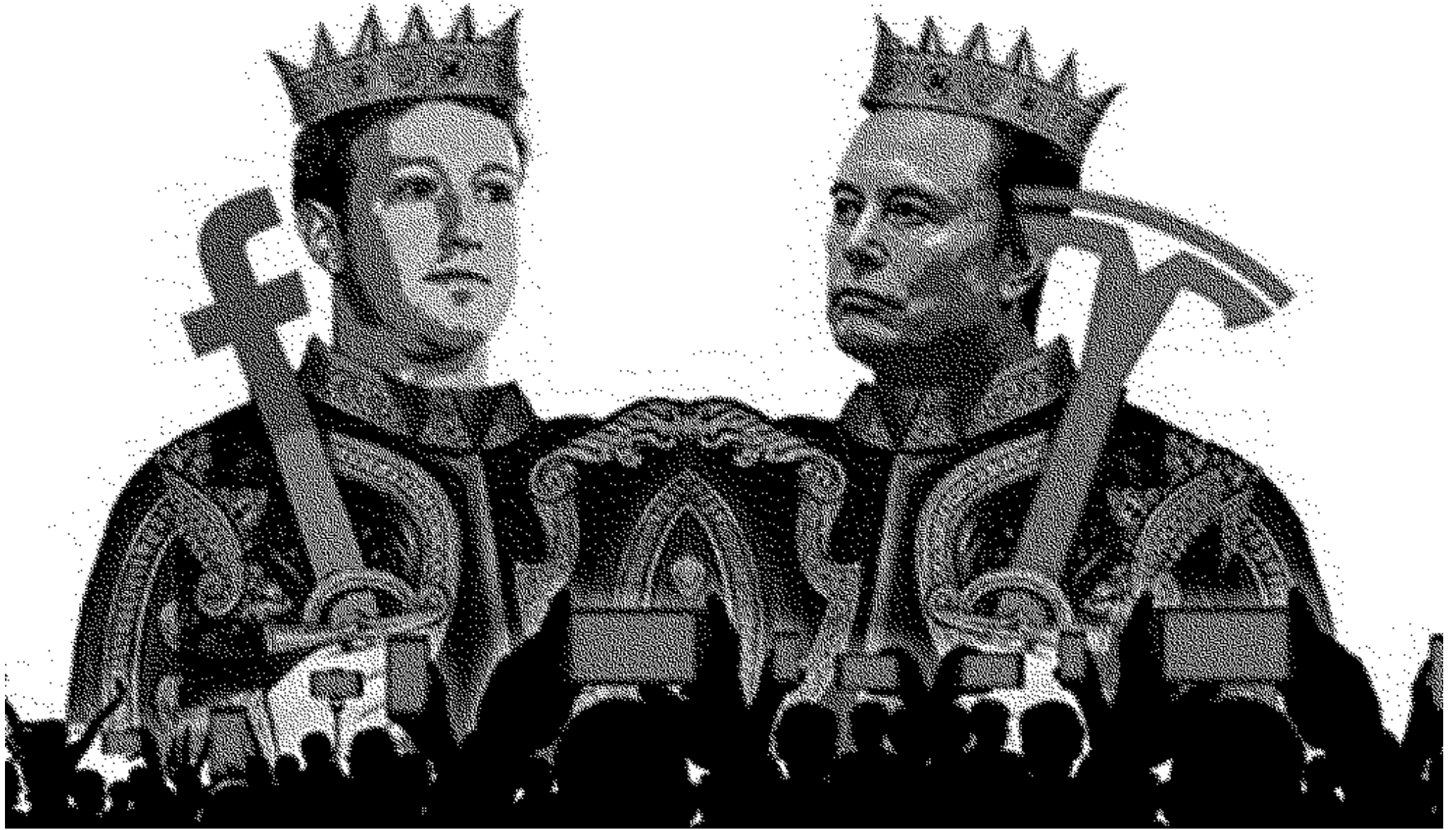
Hemos entrado a un mundo geofragmentado, no solo por el retraimiento de las cadenas de valor a cálculos de “seguridad nacional” y rivalidades estratégicas; o por el ascenso de políticas proteccionistas y guerras arancelarias de todos nacional, industrialismo regional y anticolonialismo.

La insoportable levedad del «tecnofeudalismo».

El rentismo (gaseoso) y la (inexpugnable) ley del valor [Tercera parte]

🕒 abril 15, 2026

📖 127



José Francisco Puello-Socarrás

Escuela Superior de Administración Pública

Todos los economistas incurren en la misma falta: en vez de considerar el plusvalor puramente en cuanto tal, lo hacen a través de las formas particulares de ganancia o renta...
Karl Marx, *Manuscritos del 1861-1863*.

Tal y como lo denunciara Marx en su momento frente a la economía política y especialmente en relación con la economía vulgar, el caso de la “teoría” tecnofeudal funde las cosas y cosifica las relaciones sociales en un sustancialismo subjetivista sorprendente.

El principal pecado reflexivo y la mayor deficiencia teórica de los partidarios del tecnofeudalismo es la falta de una aproximación verosímil sobre el funcionamiento realmente existente de la Sociedad actual (y no solo de la “economía”) que es sin cortapisas (aún): capitalista, sobre todo al intentar “fundamentar” esta aproximación desde una falaz interpretación marxista. Contrariando todos los aspectos básicos del pensamiento de Marx, el cual justamente apunta a desentrañar el fundamento de lo vivo y de la *realidad real* -como habitualmente lo refería Marx y nunca en forma tautológica-, en el análisis sobre la renta, Varoufakis omite -al menos- dos categorías inexcusables dentro del diagnóstico de Marx (y Engels) que sin ellas sería imposible avanzar: la totalidad y la exterioridad. Ambas son dos recursos analíticos imprescindibles que brillan por su ausencia en el pseudoanálisis tecnofeudal quedando, entonces atrapado en la superficialidad de lo superficial -además del sesgo sustancialista y subjetivista antes señalado (ver parte II de este escrito)- al remitirse a situaciones específicas (partes, situaciones) sin integrar relacionamente la ontología del capitalismo (el todo, las condiciones, sus tendencias). Como bien lo ha señalado Dussel (1988, p. 58), es a partir de estas mediaciones claves que se podría comprender “la posibilidad del devenir originario del capital y de la crítica a la economía política burguesa”. Ubicadas en las antípodas del pensamiento de Marx y Engels, las “(hipo)tesis” tecnofeudales toman la parte por el todo y en todo caso navegan siempre en medio de distintas falacias ecológicas.

Y es que cuando una de las “razones” que sostienen el pretendido tránsito y la supuesta consolidación hacia un modo de producción social distinto del actual: el tecnofeudalismo -sustituto “sigiloso” del capitalismo-, Varoufakis señala: “el motor del capitalismo, ha sido sustituido por su predecesor feudal, la renta” (Varoufakis, 2024, p. 68). Con ello, palabras más palabras menos, argumentaciones más pseudo-argumentaciones menos, la cuestión sobre la renta sería uno de los principales “meollos” de este asunto. Aquí se precisaría advertir un par de cuestiones.



https://imagenes.eleconomista.com.mx/files/image_768_448/uploads/2025/03/04/67c7b6aad4582.jpeg

Primero, la asunción según la cual la “renta” sería una categoría eminentemente “feudal” es asociación que no resiste algún análisis ni lógico ni histórico. Más allá del sin sentido de proponer que la renta es una suerte de “predecesor feudal” lo que se prueba aquí es la mirada antihistórica fuertemente eurocéntrica (y además colonialista; Sergio Bagú mediante) y obtusamente sustancialista de Varoufakis al respecto. Al mismo tiempo, este tipo de afirmaciones lo que revelan es el desconocimiento de Varoufakis sobre el funcionamiento no solo del capitalismo actual e histórico, sino también la simplificación *a limine* del propio acontecimiento feudal (un fenómeno sociohistórico estrictamente europeo que igualmente resulta ser complejo). La ceguera histórica del análisis de Varoufakis omite que la renta responde a los sistemas social-históricos de referencia a los cuales adscribe transhistóricamente este fenómeno y al igual que el capital, estas realidades y categorías atraviesan distintos modos de producción. La cuestión, sin embargo, decía Marx es establecer cuándo la renta o el capital resultan ser *dominantes* en los procesos de producción y reproducción de la vida (no solo de “lo económico”) en tal o cual sociedades (la noción de *subsunción* entonces resulta ser crucial en este abordaje). Restringir la renta a un solo tipo de sociedad, por demás excepcionalísima como el feudalismo (insistimos: un fenómeno exclusivamente europeo), es un reduccionismo imperdonable. Resulta ser igualmente una digresión aún más grave cuando se propone una suerte de “regreso” rentístico dominante que “regiría” en el nuevo mundo social neofeudal a nivel global. Así, Varoufakis está más próximo a Rodbertus y cada vez más lejos -de seguro en las antípodas- de Marx ¹

Tal y como lo denunciara Marx en su momento frente a la economía política y especialmente en relación con la economía vulgar, el caso de la “teoría” tecnofeudal funde las cosas y cosifica las relaciones sociales en un sustancialismo subjetivista sorprendente. El principal pecado reflexivo y la mayor deficiencia teórica de los partidarios del tecnofeudalismo es la falta de una aproximación verosímil sobre el funcionamiento realmente existente de la Sociedad actual (y no solo de la “economía”) que es sin cortapisas (aún): capitalista, sobre todo al intentar “fundamentar” esta aproximación desde una falaz interpretación marxista.

Segundo, al proponer que la renta es el “predecesor feudal” [sic] del “beneficio” [sic; habría que señalar que *beneficio* y *ganancia* ¡no son lo mismo!] también se funden, se confunden y todavía más grave: se omiten otras cuestiones que no solo tienen implicaciones históricas, sino que se suspenden olímpicamente procesos realmente reales y efectivos para el capitalismo -ese mismo que según Varoufakis ya estaría extinguido-. La principal implicación teórica de la ceguera hermenéutica de Varoufakis es que dejaría sin efecto la ley del valor que rige “objetivamente” la sociedad capitalista, es decir, el argumento central -si no el principal- de la mirada marxista-engelsiana, impugnando de paso el plusvalor en tanto categoría concreta y como realidad efectiva. En últimas, este tipo de omisiones muestra no solo la incomprensión de Varoufakis respecto a la mirada marxista, sino también demuestra un abandono de orden ético político. Al dejar de analizar la realidad real actual desde el horizonte de visibilidad (o el lugar de enunciación) del Trabajo, desde los y las trabajadoras, se impone un antimarxismo:

(...) a Marx le interesa la defensa de la “ley del valor” porque, en última instancia, lo que importa es el trabajo objetivado en el valor, el trabajo vivo: *el hombre mismo*. Es una cuestión ética fundamental. Ni la renta es excepción a la ley de que todo (plusvalor, valor, precio y ganancia) se funda en último término en el *trabajo vivo, humano*. Su dignidad inalienable sigue siendo la regla. Por ello, era importante definir la renta desde el plusvalor, y constituir las categorías necesarias para establecer las mediaciones que permitan explicar el fenómeno. (Dussel, 1988, p. 160)

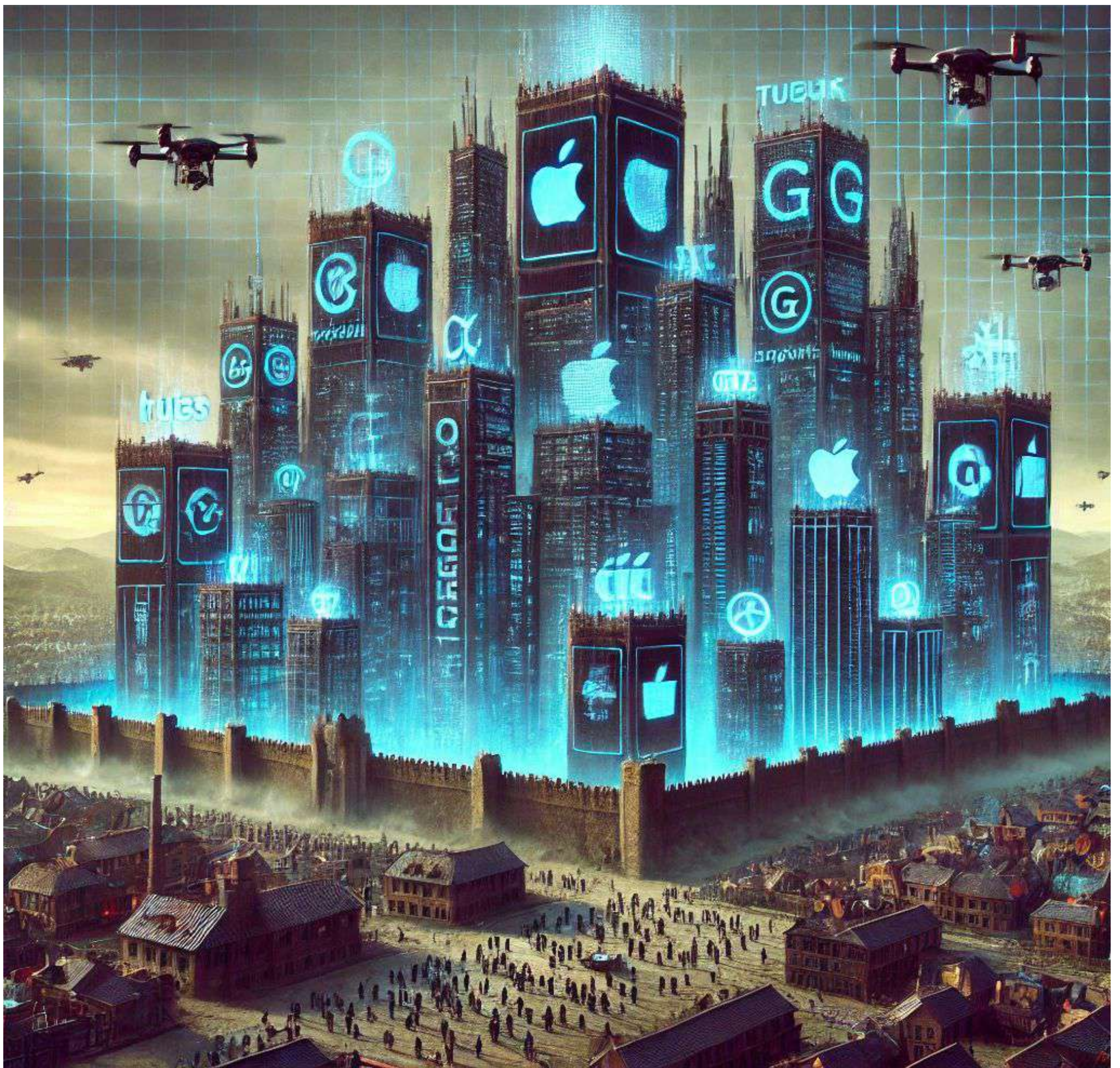
Por supuesto, este es un debate tan profundo como extenso. En Marx fue el fruto de una auténtica discusión teórica que fue derivada y depurada críticamente durante varios años con pensadores de la talla de Anderson, Smith o Ricardo. Sin embargo, este debate también podría ser ilustrado mínimamente a través de algunos pasajes comentados con el fin de mostrar *en general* el insondable vaciamiento teórico que implica sostener cualquier tecno(neo)feudalismo.

Así, por ejemplo, Varoufakis y los nuevos fundamentalistas del tecnofeudalismo parecen nunca haberse interrogado por cuál sería el fundamento (real) de la renta en el capitalismo -ese que ha dejado de existir, según su caprichosa e infundada creencia- ni en el pretendido emergente mundo tecnofeudal en donde supuestamente regiría la renta por sobre el beneficio [sic]. Tampoco parecen reflexionar y mucho menos advertir que, desde una interpretación marxista, la renta en el capitalismo ¡es una forma derivada del propio plusvalor! y que, la renta “en general” -tal y como lo demostró Marx especialmente en *El Capital*- es trabajo *no* pagado, plusvalor. Incluso, en términos de los sujetos / actores o personificaciones / personalizaciones de las relaciones sociales, los rentistas son una ¡fracción de la clase capitalista! Lo que parece fundir y confundir la total incomprensión tecnofeudal es que si bien los rentistas serían una clase *improductiva* (y aquí hay que tener en mente qué significa la definición teórica de esta expresión en el marco de la explicación marxista), ello no la exime de estar en relación con el modo de producción capitalista. Por eso, Marx señalaba en los *Manuscritos de 1861-1865*:

La forma de ingreso y las fuentes de éste expresan las relaciones de la producción capitalista bajo su forma fetichizada. Su existencia, tal como se manifiesta en la superficie, aparece desconectada de las conexiones ocultas y de los eslabones intermedios que sirven de mediaciones. La tierra se convierte así en fuente de la renta (6, 1450, 36-1453, 1; III, 403). En esta expresión, en la que una parte del plusvalor, la renta, se representa en relación con un elemento especial de la naturaleza, independientemente del trabajo humano, no sólo se esfuma totalmente la naturaleza del plusvalor, sino que la ganancia misma aparece ahora, como la renta de la tierra, como debida al capital (1484, 12-17; III, 430) (citado por Dussel, 1988, p. 172)

Una de las razones que sustentaría la total falta de comprensión y más directamente: la ceguera teórica tecnofeudal y, al final, el despliegue de un conjunto de ideas sin basamentos teórico e histórico y por lo tanto plenamente *irreales*, es la versión de Varoufakis sobre la renta. Este tópico se mantiene como un auténtico *verborgenes Mysterium* -Marx dixit-, pues para el tecnofeudalismo sería inconcebible pensar en la competencia entre capitales y especialmente la realidad y la categoría explicativas de este hecho: la *transferencia* de valores (no confundir con la *transformación* de valores a precios) a través de la *competencia* intracapitalista que es el mecanismo que “regula” la participación de los capitales fragmentarios en el plusvalor y la ganancia del Capital global. El siguiente pasaje de Marx seguramente resulta ser sugerente para sensibilizar la lógica detrás de este hecho:

El capital mercantil no crea valor ni plusvalor. Es decir, directamente. [...] La ganancia que el capital mercantil obtiene es sólo una parte del plusvalor creado por el capital productivo en totalidad [...] que se constituye como capital, como dinero, como ingreso, como ganancia (interés), **renta**, salario [...] transferencia (*transfer*) de plusvalor del capital productivo. [...] El capital mercantil no funciona entonces propiamente en el proceso de producción, sino en el proceso de reproducción de la mercancía. [...] El comerciante es un agente de la circulación capitalista, una personificación del capital circulante (1593, 41-1595, 4). (citado por Dussel, 1988, p. 241)



https://media.licdn.com/dms/image/v2/D4D22AQH8ZNpn3AWt8Q/feedshare-shrink_2048_1536/feedshare-shrink_2048_1536/0/1729697298030?e=2147483647&v=beta&t=C_u4fZ7HxkQdSQwcPZsUDm4jvvpS9VvjA-fdq3flmwk

Un ejemplo bastante concreto al respecto tiene que ver con la industria petrolera actual (e histórica) mundial. En este caso el ejemplo sería muy potente, pues no se trata de un acontecimiento marginal para la sociedad y el sistema capitalistas, sino que -al decir de Renán Vega Cantor- es una industria vinculada con la *savia del capitalismo*, el petróleo y mejor aún la problemática del Trabajo/Energía. Este sería un “sector paradójico” donde aparentemente la creación de valor es prácticamente inexistente, pero el flujo de beneficios y ganancias exuberante en comparación con otras actividades capitalistas.

Caffentzis (2017/2022) ha desentrañado este “misterio” de la siguiente manera:

(...) si los valores que fluyen hacia los propietarios del suelo o hacia quienes detentan derechos de renta sobre el subsuelo no provienen de la creación de valor, si no brotan de la tierra como los granos ni surgen de las profundidades como el petróleo, ¿de dónde salen? La respuesta de Marx... es esta: la renta es una afluencia adicional de plusvalía producida en el sistema que no se explica calculando el capital invertido en producción que hace uso de la tierra o el yacimiento más la tasa de ganancias media de ese capital. Los propietarios de la tierra expropian parte de la plusvalía a los capitalistas, quienes, a su vez, expropian la totalidad de la plusvalía a la clase trabajadora. El valor de la renta proviene de miles de lugares de explotación distintos, se transmite en el proceso de circulación y es “absorbido o capturado” por quienes “poseen” (de un modo que ni siquiera pudo justificar el más dialéctico de los filósofos, aunque lo intentó) una fuerza potencial de la naturaleza que puede transformarse en una base para la creación de valor (se trate de tierras agrícolas, caídas de agua, vetas de carbón o campos de petróleo)... el valor se “absorbe o captura” por dos vías: a través de la renta diferencial y a través de la renta absoluta. (Caffentzis, 2017/2022, pp. 88-89)

Si tomamos el núcleo argumentativo de lo anterior, entonces Varoufakis en lugar de observar el proceso integral real de la renta (y el valor, el plusvalor, etc.) capitalista en sus determinantes, sus niveles y, desde luego, sus contradicciones, es decir, en su complejidad innata -síntesis de múltiples determinaciones y relaciones, diría Marx (Marx, 1857, p. 40) -, ha preferido “ver” supuestos episodios superficiales y fictos simplificados avalándolos alrededor de renovados señores “tecno”-“feudales” reservando para sus “teorías” un verdadero fetichismo de la renta.

Para completar la crítica a las “hipótesis / tesis” sobre el “tecnofeudalismo” y después de señalar sus inconsistencias teórica e histórica además de varios aspectos de sus incongruencias lógicas, es preciso adentrarse selectivamente en las incoherencias de orden empírico que hacen imposible cualquier verosimilitud tecnofeudal.

Recientemente, Norris y Espinoza (2026) en una ponencia titulada: “A Marxian Political Economy of Big Tech and AI: Profits vs. Rents” falsean la idea según la cual la economía política de las “grandes tecnológicas” (*BigTech*) sean expresivas de alguna clase de “tecnofeudalismo”, es decir, que serían dinámicas basadas en las rentas antes que en beneficios. A contramano de la intuición de Varoufakis, Norris y Espinosa concluyen que el sector tecnológico ¡genera más valor que otros sectores!, pues es un sector “más intensivo en mano de obra que muchos otros” y, por lo tanto, tiene una composición orgánica de capital menor que el promedio.

La principal implicación teórica de la ceguera hermenéutica de Varoufakis es que dejaría sin efecto la ley del valor que rige “objetivamente” la sociedad capitalista, es decir, el argumento central -si no el principal- de la mirada marxista-engelsiana, impugnando de paso el plusvalor en tanto categoría concreta y como realidad efectiva. En últimas, este tipo de omisiones muestra no solo la incomprensión de Varoufakis respecto a la mirada marxista, sino también demuestra un abandono de orden ético político. Al dejar de analizar la realidad real actual desde el horizonte de visibilidad (o el lugar de enunciación) del Trabajo, desde los y las trabajadoras, se impone un antimarxismo.

Areas of Profit Extraction and Realization

The Bureau of Economic Analysis produced a report on the Digital Economy from 2017-2022, a sector that made up 10 percent of US GDP in 2022 or \$2.6 trillion (slightly smaller than Manufacturing).

	Digital Economy Gross Output by Activity	2017	2020	2022
PRODUCTIVE	Infrastructure Hardware Software	31%	30%	31%
PRODUCTIVE	Priced Digital Services Cloud Services Telecommunications Services Internet and Data Services All Other Priced Digital Services	45%	44%	42%
UNPRODUCTIVE	E-Commerce Business-to-Business E-Commerce Business-to-Consumer E-Commerce	24%	26%	27%

Big Tech in Software and Cloud Services

Sector	Companies	Sale of Product	Sale of Labor Services**	Employment (Computer and Mathematical Occupations only)	Size of Industry
Software Publishers (NAICS 5132)	Microsoft, Salesforce, Workday, Oracle	81%	19%	19%	\$300 bn
Data Processing & Hosting & Related Services (NAICS 5182)	Google, Amazon, Seagate, Intuit, Facebook, Twitter	54%	46%	46%	\$384 bn
Computer Systems Design & Related Services (NAICS 5415)	Alphabet (Google), Cognizant, Accenture, Tata Consultancy	3%	97%	97%	\$700 bn

Fleming, Martin. (2025), Enterprise information and communications technology software pricing and developer productivity measurement. Review of Income and Wealth, 71: e12711. <https://doi.org/10.1111/roiw.12711>

ORGANIC COMPOSITION OF CAPITAL, MANUFACTURING VS. TECH INDUSTRIES

Organic Composition of Capital (c/v) by Industry



Source: Author's calculations from BEA data.

En suma, el sector tecnológico “produce valor, no extrae rentas” a partir de los medios de computación y comunicación, de la logística y del transporte, los cuales son procesos imprescindibles dentro de la actual etapa del capitalismo. Es más. Una de las conclusiones en términos teóricos de este estudio -adelantado por investigadores independientes del área tecnológica a partir de evidencia empírica robusta- es que “(...) la creación y la extracción de valor en la economía digital siguen la dialéctica de la teoría del valor-trabajo de Marx” (Norris y Espinoza, 2026, p. 2).

Referencias bibliográficas

Caffentzis, G. (2022). *Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la industria petrolera*. Tinta Limón. (Obra original publicada en 2017, Autonomedia)

Dussel, E. (1988). *Hacia un Marx desconocido. Un comentario a los Manuscritos del 61-63* (2013a ed.). Docencia.

Marx, C. (1857). *Introducción general a la Crítica de la Economía política / 1857*. Siglo XXI.

Norris, A. K., y Espinoza, T. (2026, enero 3). A Marxian Political Economy of Big Tech and AI: Profits vs. Rents. *American Economic Association*. Heterodox Perspectives on Technology, AI, and Digital Capitalism.

Varoufakis, Y. (2024). Tecno-feudalismo. *El Sigiloso sucesor del capitalismo*. Deusto.

¹ Dussel (1988, pp. 166–167) al respecto señalaría que: (...) Marx indica, como sugerencia metodológica que Rodbertus... en la cuestión de la renta «se propone explicar un determinado fenómeno (Phänomen) y no explicar la ley general»... Es decir, la «intuición» es anterior al concepto; las «formas de aparición» son fenómenos, pero es necesario descubrir la «esencia», la ley general, de otra manera: la renta absoluta desde el plusvalor.”, equiparable para el caso del tecnofeudalismo en términos metodológicos.

Revisión crítica de algunos fundamentos teóricos de la experiencia socialista soviética

🕒 abril 15, 2026

📄 127



Rodolfo Méndez Q.

Economista, consultor académico e investigador independiente

Introducción

Entre los muchos problemas que encuentran los interesados en abordar la experiencia del nacimiento, desarrollo y colapso del socialismo soviético, se encuentran aquellos que como lo dice el encabezado de estas notas, se refiere a los “fundamentos teóricos” de este suceso histórico. Pero con el agravante de que, si se revisa la abundante información disponible sobre el tema de este colapso, el problema del análisis de la sustentación teórica sobre la que se suponía descansaba la institucionalidad soviética es el menos tratado.

El asunto en cuestión radica en encontrar no solo el mejor método de interpretación del problema, sino en identificar, entre la inmensa maraña de información disponible, aquellos contenidos -no muy abundantes, por cierto- pertinentes al asunto tratado.

Asuntos de investigación que, por sí mismos, aunque exijan la utilización de lo mejor de las metodologías de investigación positivistas, en realidad, al ser ya conscientes los estudiosos de las limitaciones y carencias del positivismo y sus múltiples adaptaciones, nos obligan a basarnos en los instrumentos analíticos del pensamiento dialéctico moderno. Precisamente porque, sin ellos, volveríamos a quedar atados a ese obsoleto arsenal del neopositivismo, el funcionalismo, los analíticos o el neopositivismo y sus múltiples y cuestionables variaciones, de los cuales glosamos no tanto sus posibilidades como sus insuficiencias analíticas.

Si aún hoy en día la experiencia de las formidables revoluciones inglesa y francesa de los siglos XVII y XVIII es objeto de minusvaloraciones intencionadas y deformaciones grotescas de su significado en la historia, ¿qué no decir de un intento de sustituir todo lo precedente por algo radicalmente nuevo, sin clases sociales? ¿Y, además, que colapsó en su “primer” intento, después de apenas setenta años de haberse instaurado en 1917?

Vamos, por tanto, a optar por una aproximación abierta, revisando el cuerpo principal del sistema de leyes teóricas que habrían inspirado la experiencia soviética, por lo menos tal como lo presentaba la literatura institucional y sus promotores académicos y defensores oficiosos. Y, por supuesto, lo que se puede deducir de un análisis crítico en estos momentos de la historia, a más de tres decenios del hundimiento, y a más de cuatro de la reconversión china a la economía de mercado privada, aunque, en este caso, todavía con una significativa presencia del sector público en la socioeconomía.

Sobre leyes y principios

Aunque, de entrada, como se verá en su lugar, podríamos indicar que el comportamiento del poder político comunista y la propia realidad práctica de ese sistema social, allí donde existió, permiten detectar no pocas veces otra realidad, incluso a contravía de la sustentación oficial. Porque el socialismo, en lo que se refiere a su basamento estructural más profundo, comparte con modos de producción anteriores y, en relación directa con el capitalismo, leyes comunes a ambos sistemas de producción. Igual consideración debe tenerse en cuenta respecto a cierta comunidad de principios entre el capitalismo moderno y formaciones sociales anteriores a este, por ejemplo, el feudalismo. Por ende, también entre el socialismo y modos anteriores al propio capitalismo.

Aunque, después de revisar las leyes económicas comunes al socialismo y a anteriores modos de producción, abordaremos ya específicamente, dentro del socialismo, lo atinente a su llamada “economía política”. Las diferencias de principio entre la economía política marxista y la economía política clásica no son obligatorias de tener en cuenta en esta primera aproximación, aunque, por supuesto, deberían ser identificadas a la hora de una conceptualización integral de la teoría socioeconómica que incluya como antecedentes los dos cuerpos de pensamiento antedichos. Pero son niveles no considerados en este trabajo.

El concepto mismo de “ley económica” es la puerta de entrada a la problemática que nos interesa en esta parte de la investigación (1). El concepto de “ley económica”, como sabemos, está ligado al nacimiento mismo de la sociedad humana, cuando el acto de “trabajar” se constituyó en el mecanismo delineador de la evolución social. Sapiens es efecto y causa, al mismo tiempo, del acto de trabajar (2).

Tanto los teóricos iniciales de la economía política clásica, como los padres fundadores de la economía política marxista, así como los neoclásicos, keynesianos, poskeynesianos y posteriores, comparten el concepto de “ley económica” como aquella que rige los procesos de producción, distribución y consumo de bienes y servicios, pues la definición misma de “ciencia económica” descansa en tales presupuestos. Se advierte, entonces, cierta comunidad de principios entre socialismo y capitalismo en esta materia. Sin embargo, a partir del desarrollo conceptual aplicado de “ley económica” aparecen ya diferencias entre los estudiosos según su ubicación ideológica.

La economía política del socialismo debió alcanzar todos aquellos procesos sociales que involucraron la economía, la sociedad y la política. Pero dada la tremenda cobertura que significan los tres ámbitos mencionados, dicho cuerpo de leyes, los de la teoría de esa economía política en particular, más su reflejo en el orden jurídico normativo civil, debió alcanzar todos los intersticios de la vida de los pueblos cobijados como socialistas. Si dicha condición integral tan colosal constituye una propiedad necesaria y conveniente de la formación histórica del socialismo, aún del avanzado como ellos presumían, es un tema que se debe considerar muy seriamente en el futuro, pues cuando el capitalismo reinante agote sus posibilidades históricas y deba ser sustituido, que sepamos o imaginemos, no existe otra forma social posible que no sea la de que toda la sociedad, actuando como colectivo, se haga cargo de su propio destino. Y eso sería ya socialismo.



<https://senderotecnologico.com/wp-content/uploads/2023/12/URSS-101-4-min.webp>

Nacimiento de la ley como proceso real

Este tema es abordado por los historiadores de las ciencias jurídicas principalmente, cuando les interesa el asunto. Pero nosotros no nos referimos a estas ciencias en cuanto tales.

Ya conocemos la relación “causa-efecto” entre el acto de trabajar y ley económica. Y de allí se desprende que toda práctica social ha implicado siempre la presencia de leyes económicas. Por tanto, las leyes se manifiestan a través de la actividad socioproductiva real. Y, desde que hay sociedades de clases, es decir, después de la invención de la agricultura, las leyes económicas siempre han dejado translucir un trasfondo clasista, o algo parecido a ello. Por supuesto, cuanto más retrocedemos en el pasado, el concepto de clase va cambiando de forma, simplificándose en gran medida; pero, desde que hay diferenciación social, ha existido una constante que respalda esta idea: la explotación del trabajo humano de unos en beneficio de otros.

Nunca han existido ni existen ahora leyes económicas neutras, aunque cierta relatividad de su operancia es reconocible. Pero la imposibilidad de esa neutralidad se deriva de su propia naturaleza. “Ley” tiene que ver con coacción, con fuerza, con presión para la obtención de algo en el ámbito social.

Las leyes primigenias que se configuraron en el tránsito de los presapiens a los sapiens, a lo largo de varios millones de años, ¿eran “leyes” tal como aceptamos hoy este concepto? Es decir, ¿como relación obligatoria y condicionante? Dentro de una concepción ya tan acotada, probablemente no. Pero, en esencia, si las fuerzas que determinaban el proceso autotransformador de la relación hombre-naturaleza fueron las que condicionaron la evolución hacia el sapiens como tendencia dominante hasta el “hoy” de la evolución humana, se confirma la racionalidad del concepto actual de ley y su aplicación, incluso, a épocas tan lejanas. Claro, *mutatis mutandis*.

En la paleoantropología (económica) se debe discutir si antes de las sociedades de clase operaban ya leyes económicas con cierta carga “determinista”. Es posible que así fuera en grupos que se desprendían de las ramas de primates en proceso de transformación en el África inicial. La evolución biológica hacia el sapiens, en el marco de una evolución social primitiva, solo debió de ser posible mediante procesos sociales de acciones gregarias repetitivas de ensayo y error, que fueron decantando aquellas que garantizaban la continuidad exitosa de los presapiens hacia los sapiens, antes que acciones que condujeran a la destrucción de los grupos en movimiento. Hoy sabemos que tales eventos de desaparición sí ocurrieron, con la extinción de linajes enteros de esos seres primitivos. Por allí debe situarse el origen de la formación inicial de las primeras leyes económicas.

Por supuesto, las leyes económicas aparecen, cambian e incluso se esfuman, porque son históricas. Pueden clasificarse en “generales”, comunes a todas las formaciones sociales, como la del trabajo o la de la producción; “específicas”, propias de determinados modos de producción, como las del esclavismo; o “particulares”, propias de los modos modernos, como la de la plusvalía en el capitalismo. Estos términos ayudan en el estudio, pero no deben entenderse como una camisa de fuerza metodológica.

Ley de la producción

En rigor, aquí topamos con la unidad causa-efecto del acto de trabajar. Una cosa es el concepto de ley económica en general, como referente histórico-universal, y otra es su desenvolvimiento práctico en cuanto ley de la producción, pero ya como referente histórico-concreto.

En verdad, es decir, en esencia más que en forma, lo que hizo que el género *Homo* apareciese fue la dinámica de la evolución natural de base darwiniana, sí, pero considerando que, con el transcurrir del proceso a lo largo de centenares de siglos, se gestara, configurara, reconfigurara y complejizara aquel desarrollo tan formidable de la materia llamado “conciencia humana”. Ello solo es posible -y meramente por ello- mediante esa interacción constante y contradictoria con la naturaleza, que termina evolucionando hacia la “conciencia” (para sobrevivir, por supuesto), cumbre alcanzada únicamente por nuestra especie, pero trascendiendo de manera cada vez más firme los meros condicionantes naturales. Independizarse del control y de los límites de la naturaleza es, precisamente, el resultado del acto consciente de trabajar. Solo el *sapiens* trabaja. Es la relación contradictoria conciencia-trabajo, en cuanto relación de transformación y autotransformación de la naturaleza; y, al ser parte de ella, somos al mismo tiempo sujeto y objeto. En eso consiste, precisamente, la ley de la producción, como figura abstracta. En tal sentido, es una ley eterna (mientras alguna inteligencia artificial no se haga cargo del asunto, podría alguien pensar), porque no tenemos que aceptar a la ligera, y con un cierto pesimismo religioso, la simplista idea de que la especie humana tendría fin en algún momento del futuro.

Visto así el asunto, la producción se expresa en concreto como “trabajo”. Por ello, se puede hablar entonces de una “ley del trabajo”, como aquel proceso consciente de modificación de la naturaleza conducente a la creación de bienes materiales. Y, mientras exista la necesidad de trabajar para vivir, ella seguirá existiendo. Empero, como es sabido, al tiempo que el trabajo es fuente de libertad, constituye también una forma de esclavitud y fuente de alienación, por lo menos en las sociedades de clases; ello es claro. Por tanto, en principio, no tendría por qué ser eterno. Si observamos los pasmosos desarrollos de la inteligencia artificial, vemos cómo cada vez asume con mayor amplitud y versatilidad funciones humanas del trabajo. Es un proceso creciente. Por lo anterior, la insistencia de la institucionalidad soviética en una supuesta eternidad del trabajo es cuestionable.

Dejando de lado referencias históricas a los orígenes de estos asuntos, y llevada la discusión al fenómeno moderno, recordemos solamente los siguientes atributos propios de la producción capitalista: toda actividad productiva presupone en sí misma el acto de trabajar; además, los objetos de trabajo y también los medios de trabajo. Los dos últimos constituyen los medios de producción. ¿Cuáles son los componentes estructurales de la producción? Por un lado, las fuerzas productivas, en cuanto relación concreta sociedad/naturaleza; y, por otro, las relaciones de producción, en forma de relaciones de los hombres entre sí. Por tanto, tal como es bien conocido, la unidad contradictoria entre fuerzas productivas y relaciones de producción constituye la importantísima categoría del “modo de producción”. Este concepto es un fino instrumento teórico para caracterizar un régimen social. Ya en lo específico, todo régimen social supone un proceso de producción particularizado, un mecanismo de distribución y otro de consumo y cambio, en las sociedades que usan el dinero; en todas, pues, hoy en día.

Quedaría pendiente un proceso inherente a todo modo de producción existente o que haya existido: ¿cómo era su mecanismo de reproducción? Dada su importancia, debería tratarse posteriormente en un apartado sobre la ley de la reproducción, porque esta ley es común tanto al socialismo como a regímenes anteriores.

Buena parte de lo anterior constituye elementos de las primeras lecciones de la teoría de la economía política, que pueden estudiarse en detalle en cualquiera de los muchos textos disponibles. Se trata de armazones básicos que fueron adoptados sin restricciones por la institucionalidad soviética, porque se refieren a concepciones generales formalizadas de manera tan clara, convincente y sólidamente argumentada que su incorporación a un ideario institucional -en el orden teórico, pero también importante en el nivel legal interno, empezando por el constitucional- no debió presentar dificultades. Presumiendo, además, que su asimilación “cualitativa” en el socialismo soviético era un hecho consumado, precisamente porque se vanagloriaban de que eran las piezas normativas maestras del nuevo orden socialista, que, después de la Segunda Guerra Mundial, terminó llamándose “sistema socialista”, e incluso “sistema socialista mundial” cuando se incorporó China en 1949, así como otros países, como Vietnam.

Valor, ley del valor y correlacionables

La concepción corriente del término “valor” como cualidad de apreciación de algo o como la importancia que se le atribuye a una cosa tiene su peso dentro del sentido común. Sin embargo, la carga subjetiva tan visible de esta definición dificulta sobremanera una comprensión que descansa en algo más sólido, ajeno al terreno tan frágil y mudable que comporta una definición tan emocionalmente personal como la que se acaba de presentar. Por tanto, como en economía política se trata precisamente de encontrar fundamentos firmes y menos variables, la dialéctica plantea el trabajo como base más estable de la concepción de valor, sin que ello signifique una invariabilidad indefinida hacia el futuro. Pues la teoría de la economía política también es histórica, y sus principios y basamentos ideológicos no tienen por qué ser eternos.

Pero ya en forma de “ley del valor” que es como se debería entender este asunto, la comprensión de los interrogantes sobre el tema “valor” se aclaran de mejor manera. Por eso es que la institucionalidad académica soviética al ligar la concepción de “valor” solo al trabajo materializado en la mercancía, dejó sin responder una pregunta clave: ¿entonces las cosas concretas que lograba el trabajo humano antes de la aparición de la mercancía, carecían de “valor”?

Resulta que el proceso evolutivo hacia el *sapiens* consumió millones de años, exigiendo la creación, por ensayo y error, de formas novedosas de hacer las cosas, cambios de procedimientos y uso de materiales, además de adecuaciones de la propia naturaleza humana a necesidades específicas, que fueron imprimiendo un determinado sello en el proceso conjunto de la evolución biológica y la evolución social, configurado a lo largo de esos millones de años. Por supuesto, hoy sabemos que los saltos específicos en las formas concretas de los medios de producción solo se dieron después de milenios de uso de los mismos instrumentos, dado lo extremadamente incipiente del conocimiento tecnológico, unido a una rudimentaria conciencia primitiva, que no podía tener la impresionante capacidad de abstracción y generalización que poseemos hoy en día.

Eso explica, por ejemplo, que la técnica primigenia de fabricar hachas de piedra no sufriera modificaciones sustanciales durante milenios del Neolítico en muchas culturas. Pero, eso sí, tales actividades deben caracterizarse ya como trabajo, el cual, con seguridad, exigía algún tipo de conciencia -por elemental que fuera- para ir sacando a esos seres, de manera cada vez más creciente, del mero condicionamiento del instinto natural dominante que compartíamos con los otros primates de esos tiempos.

¿Cómo calificar, en general, para épocas tan lejanas en el pasado, ese logro social de hacer cosas útiles para la comunidad, aunque solo fuesen de uso individual? No se creaban productos todavía para intercambiarlos, sino para su utilización inmediata, ya que, durante generaciones, en los millones de años anteriores a la agricultura, esos grupos debieron ser móviles, trashumantes. Aunque hoy sabemos que determinados grupos de homínidos, merced a condiciones ecológicas benignas, habitaron ciertos hábitats africanos por largos períodos de tiempo. El mismo trueque elemental debió aparecer mucho tiempo después de haberse escindido nuestra rama de los primates iniciales. Ningún simio hace trueque. El arte de almacenar cosas en grandes cantidades para utilizarlas después tampoco debió de ser un hábito frecuente en comunidades nómadas. Solo la invención de la agricultura, con su exigencia sedentaria, permitió crear condiciones para almacenar bienes y, por tanto, para empezar a intercambiarlos. Por supuesto, esta idea no puede aceptarse de manera absoluta y tajante: debieron existir largas intermediaciones.



<https://marxismocritico.com/wp-content/uploads/2017/01/marx-streetart-1200-pro.jpg?w=595&h=341>

Por tanto, a la condensación de la actividad de modificar la naturaleza de manera concreta, aprendible, repetitiva y capaz de producir cosas útiles (e, incluso, a veces nuevas), a ese fenómeno lo llamamos “trabajo”; y lo producido, para calificarlo en general -es decir, todo lo que resulta de ello, pero no como mera aglomeración de cosas físicas, sino como capacidad de, como atributo de, como resultado acumulado de- es lo que se abstrae como “valor”.

Debemos encontrar un término genérico que permita identificar, en abstracto, ese inmenso acumulado de cosas que, desde los presapiens, se empezaron a producir para sobrevivir. Así, el trabajo es simplemente la concretización del valor, y crear valor es la propiedad fundamental del acto de trabajar, porque solo la actividad colectiva humana permite generar la capacidad de valorizar. La “mercancía” apareció solo millones de años después. Cuando el proceso de trabajar se aprende y se transmite generacionalmente -única forma de que el colectivo pudiera sobrevivir, al garantizar la continuidad en el uso de procedimientos y características comunes a grupos cada vez más numerosos (no habrían sobrevivido los grupos primitivos si la tasa de defunciones hubiera sido mayor que la tasa demográfica)-, es decir, cuando la gregariedad se convierte en un fenómeno colectivo continuo, ello pasa a ser factor causal del surgimiento de las premisas para que, más adelante, apareciese el trabajo abstracto.

Todo fue precedido, entonces, por el trabajo concreto, y este, a su vez, debió ser antecedido por millones de pequeños saltos que, a través de miles de intermediaciones acumulativas -donde la unidad de lo cuantitativo y lo cualitativo era la nota dominante del proceso-, permitieron el paso de los homínidos/homínidos al *sapiens*. “Trabajar” tampoco apareció de manera repentina entre los primitivos.

Por supuesto que existió un conjunto de países que se regían por leyes económicas especiales tanto en la producción como en la circulación de bienes, lo que quiere decir que la economía de dicha colectividad de naciones o pueblos descansaba en un entramado particular de leyes económicas que, se suponía, determinaban tanto la creación de valor como el destino del plusvalor logrado, la gestión planeada de la producción real y una organización sociopolítica racional, en función de objetivos predeterminados. Todo ello era posible, así se sostenía, porque el sistema se sustentaba en un principio fundacional clave: la propiedad social sobre los medios de producción. Tal juicio era la cimentación teórica del sistema.

Por tanto, la ley del valor si está ligada al apareamiento de la mercancía, pero la presencia de algo nuevo, valioso por lo útil, con valor en cuanto proceso colectivo, ya estaba allí desde mucho antes de la presencia en la historia de la mercancía. Por tanto “trabajo abstracto” es el calificativo genérico que se le da al trabajo humano cuando al ser propiamente social, sus frutos se pueden intercambiar gregariamente hablando, en forma de artículos concretos mediante algún mecanismo que logre esa necesaria equiparación entre un bien y otro, para poder ser cambiado. En ese contexto, lo determinante debió ser el condicionante objetivo y no el subjetivo. Entre comunidades diferentes lo objetivo primaba como criterio de cambio. Lo subjetivo debió estar en la confianza del acercamiento seguro entre humanos de grupos diferentes. Esa homologación implícita es lo que permite que diversas formas de trabajo concreto se transformen en trabajo abstracto, por su origen como factor causal y como cualidad abstracta en su resultado final.

De este modo, se han ido creando, desde hace miles de siglos, diversos juegos de contradicciones. La primera es la que surge entre el valor en sí mismo y su expresión concreta y tangible como objeto que presta un servicio, es decir, como “valor de uso”, como objeto útil que satisface una necesidad producto de determinado trabajo concreto. Al mismo tiempo, para crear “valor”, esos presapiens o los primeros *sapiens* que lo intentaron debían autovencerse, consumiendo tiempo, gastando energía y desgastándose fisiológicamente al buscar materiales en la naturaleza y ensayar procedimientos. En verdad, entonces, el “valor” es la expresión de una íntima contradicción consigo mismo. Valor versus valor es el núcleo inicial de tal dinámica, pues, para transformar la naturaleza, hay que vencer la oposición inercial de sus propios componentes naturales, así como la inercia del propio homínido o *sapiens* que intentaba domeñarla. Porque, como todo ser vivo, tiende a la autoconservación como sistema, gastando la menor energía posible. Desde esos tiempos lejanos, todo valor nuevo logrado, al serlo como tal, implicaba la negación de la situación anterior de los elementos naturales que componían tanto al homínido como al entorno, los cuales oponían una determinada resistencia al cambio.

Aunque, por otro lado, en un marco más amplio, el movimiento propio de la realidad objetiva -en este caso, la naturaleza- la condujo, a lo largo de eones, a alcanzar formas inimaginables, entre ellas la más compleja: la vida. Y sin vida no habría aparecido nunca el trabajo. Por eso, el famoso principio no debería denominarse “antrópico”, sino uno más general, el “gweitrópico”, pues la raíz lingüística indoeuropea *gwei* podría resultar más abarcadora que la del griego/latín de donde proviene la noción de lo antrópico.

En resumen, la aparición del valor presenta una doble contradicción: la del valor consigo mismo y la de este con su opuesto, como valor de uso. Para que este último se transforme en mercancía, es necesario que el trabajo se convierta en “trabajo abstracto”, pues solo el colectivo posee la capacidad de crear la necesaria equiparabilidad entre bienes para poder intercambiarlos, sea inicialmente en forma de trueque simple o mediante otros bienes aceptados como equivalentes, posibilidad surgida de la práctica del ensayo y error. ¿De qué otra forma pudo ser? Con el tiempo, se fueron utilizando bienes equivalentes, como el ganado u otros de fácil manipulación, hasta llegar al dinero como equivalente universal, pero solo cuando aparecieron sociedades mercantiles.

El esquema anterior, cuyos elementos fundacionales fueron delineados por los maestros clásicos, fue asumido por la institucionalidad académica soviética, excepto la glosa señalada. Se acepta, además, que todo el largo y complejo proceso mencionado descansa en la necesaria interdependencia entre los seres humanos involucrados.

Esa interdependencia, que podríamos decir constituye el “ethos” de lo colectivo, es lo que permite alcanzar la figura del trabajo abstracto y, por ende, del valor. Las configuraciones históricas del valor, entonces, se derivan de allí: la forma simple o casual, la total o desarrollada, la general y la forma dinero (el metálico como forma muy común), aparecida cuando el ser humano lo inventó hace alrededor de 3000 años, hasta convertirse hoy en formas, en cierta medida, semiabstractas, como los medios digitales de cambio.

Ámbito de aplicación de la economía política del socialismo

La economía política del socialismo identifica el contenido y la forma como se presenta la producción social y la manera como operan las nuevas relaciones de producción. Todo eso se expresa en forma de leyes específicas pero generales, al interior del marco del socialismo. Captadas en su correspondiente nivel de integralidad se constituyen en el sistema de leyes y principios de la socioeconomía socialista.

¿Se puede hablar de una ley fundamental, es decir, condicionante de todas las demás, dentro del socialismo? Debería ser tal que su nivel de generalidad y aprehensión de la realidad fuese el máximo posible de alcanzar. Ahora si por ley fundamental del socialismo aceptamos aquella “que expresa la supeditación de la producción al propósito de asegurar el bienestar de todos los miembros de la sociedad”, (3) y que además fue elevada al rango de norma constitucional de la URSS desde la época de institucionalización plena del régimen estalinista en los años 30 del siglo XX, pues la afirmación se puede aceptar sin reticencias en una primera aproximación. Pero si se la compara con aseveraciones de similares pretensiones en las cartas magnas de muchos regímenes liberales del mundo, el lenguaje confirma semejanzas notables. Si esto corresponde solo a otra comunidad de formas lingüísticas, aunque con estatutos políticos diferentes, se puede aceptar. Pero también es dable sostener que la formulación teórica soviética pudiera haber sido más incisiva y/o explícita en función de la pretendida consideración anticlasista del régimen político de la extinta URSS, que no era tan monocromático como intentaron presentarlo. Unanimismo político arriba, divergencias silenciosas pero vivas, abajo. Que existieron. La explicación de esta anomalía textual (y constitucional, además), que ahora sabemos no solo era formal, pudiera estar en que en esa sociedad desde la segunda postguerra (¡y aún antes!) consideraban que la estructura de clases había desaparecido completamente. Pero conocemos desde que aparecieron investigaciones especializadas, las cuales solo pudieron ser adelantadas después de la muerte de Stalin en 1953 (aportes anteriores se deben también considerar), que contradicciones y antagonismos sociales siguieron sucediendo al interior de la URSS desde su fundación, hasta el punto de que algunos prestigiosos científicos sociales, los calificaron de clasistas. El hecho de que la posesión de los medios de producción no esté en manos privadas, no garantiza el desarrollo pleno del socialismo (4).

La economía política del socialismo debió alcanzar todos aquellos procesos sociales que involucraron la economía, la sociedad y la política. Pero dada la tremenda cobertura que significan los tres ámbitos mencionados, dicho cuerpo de leyes, los de la teoría de esa economía política en particular, más su reflejo en el orden jurídico normativo civil, debió alcanzar todos los intersticios de la vida de los pueblos cobijados como socialistas. Si dicha condición integral tan colosal constituye una propiedad necesaria y conveniente de la formación histórica del socialismo, aún del avanzado como ellos presumían, es un tema que se debe considerar muy seriamente en el futuro, pues cuando el capitalismo reinante agote sus posibilidades históricas y deba ser sustituido, que sepamos o imaginemos, no existe otra forma social posible que no sea la de que toda la sociedad, actuando como colectivo, se haga cargo de su propio destino. Y eso sería ya socialismo.



<https://lavanguardia.com.ar/wp-content/uploads/2023/01/image-15-1024x504.jpg>

El sistema socialista como ley

De esta parte en adelante, empezamos a abordar lo que los estudiosos e investigadores institucionales del “socialismo real”, el que existió en la URSS, terminaron por denominar, “leyes teóricas o leyes fundamentales” de esa nueva formación social. Todo este aparataje ideológico quedó reflejado no solo en las constituciones de la URSS, sino en multitud de normas particulares y códigos a todos los niveles. Empero, nada de ello encontraremos ya en la normativa fundamental posterior al colapso de 1991, mucho menos en la literatura oficial de la era de Putin, en documentos claves de su época como el Concepto de la Seguridad Nacional, el Concepto de Política Exterior o el de la Doctrina Militar. Puede ser significativo, en cambio, que la literatura oficial de China de la era de Xi Jinping sí mantiene referencias directas al ideario marxista, aunque la indicación explícita de un posible futuro comunista haya desaparecido. Compruébese este juicio, por ejemplo, con la lectura de la “Resolución del CC del PCCH sobre los importantes éxitos y las experiencias históricas del partido en su centenaria lucha”, aprobada el 11 de noviembre de 2021 en la VI sesión plenaria del XIX Comité Central del PCCH. Igual conclusión, inclusive con mayor precisión, se desprende de la lectura del “Informe presentado ante el XX congreso nacional del Partido Comunista de China” del 16 de octubre de 2022 por Xi Jinping, en el cual no se hace una sola crítica explícita al capitalismo como totalidad, ni se concibe el socialismo como una transición en la historia, tal como se debía desprender de los cimientos del ideario clásico, sino que se le entiende como un “socialismo con peculiaridades chinas ... por la construcción integral de un país socialista moderno”, fundamentado todo en una deseable (¿?) “chinización del marxismo”, con lo que aspiran a un socialismo plenamente desarrollado sin comunismo. Pero, ¿qué es eso? Como esto remite a un problema de principios, debería ser tratado con mucho cuidado. Empero, esto no excusa de la obligación de evaluar el “socialismo a la china” con todo el rigor que se requiera. Porque el salto al desarrollo moderno, en tan corto tiempo, hasta situarse como la segunda o primera economía del mundo a mediano plazo, es un logro formidable en la historia humana, que debe ser reconocido con toda la atención que se pueda dispensar. Aunque hubiera sido imposible sin su inmediato anterior pasado socialista.

Retomando el hilo, no tenemos prevención inicial en aceptar lo de leyes teóricas fundamentales. ¿Por qué? La presencia real de otro sistema social, que sí existió en el siglo XX como radicalmente diferente al precedente, debió exigir la existencia de leyes teóricas propias que lo sustentaran. Tal argumento ya estaba explícito en la obra de los clásicos de la economía política, tanto en la de los clásicos liberales como en la de los clásicos marxistas.

En la realidad, al aparecer y consolidarse el capitalismo como sistema dominante del mundo, este acontecimiento en sí se transformó en ley histórica. Por ello es que modernidad y capitalismo están asociados. Igual ocurre con el socialismo, el cual, al surgir y consolidarse -aunque solo fuera por setenta años-, también puede calificarse como ley histórica. Porque setenta años, en el caso soviético, y treinta, en el caso chino, constituyen un tiempo suficiente para su institucionalización, al comprobar que en esos países (el caso de los países de Europa del Este, donde el ejército soviético vencedor en la Segunda Guerra Mundial impuso el régimen político comunista, debe tratarse por aparte, aunque no para calificarlo por separado) sí empezaba a configurarse otro modo de producción radicalmente diferente a cualquiera anterior, que apenas alcanzó a llegar a ese “empezaba a configurarse”...

Cabe, pues, hablar de un sistema de leyes teóricas que lo soportaban. Si se trata de un sistema de leyes o no, creemos que es más un problema retórico. Existió ese régimen en esos países, y eso es lo determinante, aunque no un régimen ya de tipo de “socialismo desarrollado”, colindante con un supuesto “comunismo”, como los epígonos del establecimiento lo pregonaban.

La historia humana está llena de numerosos pueblos y naciones que existieron con modos de producción distintos, incluso a los de sus vecinos. Piénsese, por ejemplo, en la larguísima historia trimilenaria del Indostán, con tantos pueblos poseedores de formas diferentes de producir, distribuir y apropiarse de los frutos del trabajo. Incluso en la América precolombina, la manera de trabajar y distribuir los frutos del trabajo humano fue diferente entre el Tahuantinsuyo de los incas y lo correspondiente al régimen azteca. Tenochtitlán, incluso, presenta diferencias notables en lo referente al trabajo respecto de los mayas, extintos tiempo antes de que los aztecas se alzaran como imperio. Esto muestra, pues, que la irrupción en la historia de nuevos modos de producción no es un atributo exclusivo del socialismo.

Tenemos, pues, necesidad de reconceptualizar la sistemática de las leyes teóricas que sustentaban el socialismo soviético (y sustentan el chino) en cuanto nuevo modo de producción: todo eso conformó en sí mismo una disciplina académica nueva: la *economía política del socialismo*. Como tal apareció en la bibliografía sociopolítica de la época. Pero cabe preguntarse hoy; ¿ese registro bibliográfico, dado lo que sucedió, pertenece ya solo al examen historiográfico? ¿O tiene importancia para un futuro posible?

Dejando de lado aseveraciones que hoy vemos como desproporcionadas y fuera de lugar, como aquella de que allí sí se formó un *homo sovieticus* (seres que -si existieron- se escurrieron masiva y calladamente en 1991, cuando Yeltsin, presidente de Rusia, y los entonces presidentes de Ucrania y Bielorrusia consumaron la jugada política que acabó con la URSS), lo cierto es que la reimplantación traumática del capitalismo en esas naciones “invalidó” y expulsó del escenario inmediato de la discusión teórica e institucional un amplísimo abanico de debates entonces en curso, así como una extensa literatura que circulaba en muchos países. Es decir, condujo a la marginación inmediata de una vigorosa dinámica ideológica que operaba a todos los niveles, no solo en el mundo académico. Ello ocurrió, además, al tiempo que se perseguía, aislaba e incluso se condenaba a la miseria -y en algunos casos a la muerte real- a muchísimos intelectuales que vivían de tales actividades, al suprimírseles las pensiones y estipendios de los que gozaban bajo el régimen soviético. La colosal fuga de cerebros calificados a partir de 1991 terminó favoreciendo a muchas universidades e instituciones privadas occidentales, que se beneficiaron de inmediato con la incorporación de una intelectualidad altamente preparada, con salarios ridículamente bajos. La historia se repite (¿como farsa?) o, como ya sabemos, como tragedia: la guerra entre Rusia y Ucrania desde 2022 también se tradujo, para Ucrania, en una enorme fuga de personas altamente capacitadas universitariamente, que terminan trabajando en otros países europeos por ingresos inferiores a los que conseguían en su tierra natal.

Pero ya en nuestra línea de indagación, ¿cuándo es que empiezan a regir las leyes de la economía política del socialismo?

Solo cuando la propiedad social sobre los medios de producción es la fuerza direccionante de la realidad político económica, es cuando en verdad empiezan a operar dichas leyes. ¿Pero, que mostró la experiencia histórica en la URSS, en China y en países como Vietnam, Mongolia, Yugoslavia y otros que consideraron el socialismo como la nueva forma de organización social y política? La increíble diversidad de condiciones internas de esas naciones y pueblos dificulta sobremanera responder en profundidad tal interrogante. Pero es necesario intentarlo, y algo al respecto se hará en estas notas. Por lo menos en el caso de la URSS es pertinente. Pero, en síntesis, solo un esfuerzo colectivo multidisciplinario podría abordar el estudio de la experiencia socialista estatal intentada durante el siglo XX. Sin ello, la tendencia real de la historia humana de moverse hacia formas de organización socioeconómica y política diferentes a las del capitalismo se verá no solo distorsionada e inclusive estancada, sino que la degradación universal de este sistema social (proceso al cual no escapa China) podría conducir a una dolorosa reproducción de la historia: la cual solo se repite como tragedia o como farsa, cosa que por demás ya sabemos.

Por supuesto que existió un conjunto países que se regían por leyes económicas especiales tanto en la producción como en la circulación de bienes, lo que quiere decir que la economía de dicha colectividad de naciones o pueblos descansaba en un entramado particular de leyes económicas que, se suponía, determinaban tanto la creación de valor como el destino del plusvalor logrado, la gestión planeada de la producción real y una organización sociopolítica racional, en función de objetivos predeterminados. Todo ello era posible, así se sostenía, porque el sistema se sustentaba en un principio fundacional clave: la propiedad social sobre los medios de producción. Tal juicio era la cimentación teórica del sistema.



<https://www.izquierdadiario.es/IMG/arton79032.jpg?1499571888>

Aunque la asimilación práctica y *de jure* de la propiedad social a la propiedad estatal -que fue un principio rector nunca cuestionado en el orden institucional-, ahora sí podemos apreciarla como un supuesto teórico que debe ser cuestionado. Y constituye un tremendo desafío para un posible nuevo modo socialista de organización humana.

El único intento de Estado de cuestionar tal forma de supuesta propiedad social fue precisamente el yugoslavo, bajo Josip Broz Tito, lo que constituyó una de las razones de su conflicto temprano con la rigidez estalinista. Este asunto, dentro de la URSS, elevado incluso al máximo rango normativo -el constitucional-, expresa una contradicción profunda del socialismo soviético que nunca pudo resolver de cara al futuro: si el germen de un verdadero poder popular había nacido en la Rusia de 1905, bajo la forma de soviets, instaurados firmemente con la revolución de 1917 y despojados después de toda capacidad real de poder político y social por las reformas estalinistas, ¿cuándo habría sido posible que esta idea-fuerza de poder popular real, de abajo hacia arriba, propuesta por la historia en fecha tan temprana como 1905, se hubiese hecho cargo efectivo de todas las responsabilidades políticas y sociales fundamentales, pero de la nación entera? Porque, incluso en las publicaciones y manifestaciones institucionales soviéticas de la posguerra avanzada, nunca se volvió a mencionar tal idea, aunque se hablara presuntuosamente de un “socialismo plenamente desarrollado”, al cual se creía que había llegado ya la URSS en los años setenta y ochenta del siglo XX.

En su época, todo se suponía sustentado en una economía planificada, que efectivamente lo era. La presentación de tal perspectiva se concretó en el Consejo de Ayuda Mutua Económica, fundado en 1949, con su soporte político-militar en el Pacto de Varsovia, también creado en la posguerra pocos años después. Aunque agrupó no solo a los países europeos liberados del dominio alemán por el Ejército Rojo en 1945, sino también a otros de Asia, como Mongolia y Vietnam, e incluso la Yugoslavia de Tito participó como Estado asociado en 1962, además de la lejana Cuba. Es notable que la República Popular China se desvinculara completamente en 1961 del COME, a raíz de los conflictos que emergieron en ese tiempo entre la URSS y China. Su mejor momento fue en 1970, cuando alcanzó a controlar el 10 % del tráfico mundial del comercio (aun después de la desvinculación de China), aunque en 1991, cuando se disolvió la URSS, ya representaba solamente cerca del 7 % del comercio mundial.

Se suponía, empero, que tales niveles de desarrollo económico y militar coordinados eran posibles porque se trataba de grandes procesos planificados, sujetos a determinada programación previa. La interioridad de tal realidad -hasta qué punto era efectivamente planificada- quedará para los historiadores, ya que la presencia china en tal colectividad debe considerarse desde poco tiempo después de la instauración de la República Popular China en 1949 (cuando ya empezaba el COME) solo hasta 1961, cuando se produjo la ruptura entre ambos países. Y los archivos internos estatales de China aún no están al alcance de investigadores extranjeros.

Podemos resumir diciendo que la economía socialista, como sistema, se basaba, según sus gestores, en una “planeación racional”, cuyo elemento operativo era “el plan”, en la propiedad social sobre los medios de producción y en una “dirección centralizada”. Todo el aparataje descansaría en un cuerpo sistemático de leyes, las de la “Economía Política del Socialismo”, precisamente; las fundamentales, inclusive con salvaguardia constitucional. Con la salvedad, por ahora, de que debe aclararse qué fue, en la práctica, esa “planeación racional y dirección centralizada”, como la denominaban los ideólogos de tal sistema.

Se debería indagar en estos problemas, asunto pendiente de abordar no solo para los historiadores, sino también para aquellos cuerpos dirigentes políticos que se enfrenten, en otras revoluciones, a la necesidad imperiosa de planear la socioeconomía. Pero se trataría, entonces, de otra socioeconomía que trascienda a la existente. Porque el análisis pormenorizado de la Teoría Política del socialismo que existió, con todos sus defectos y virtudes que también los tuvo, es el único referente histórico real que tenemos, para visualizar problemas fundamentales en ese socialismo que funcionó. Setenta años en un caso y treinta en el otro. Y será el desafío del socialismo del porvenir, que con seguridad enfrentará el mismo dilema. ¿Qué tipo y formas de propiedad social serán las verdaderamente necesarias para esa otra clase de sociedad diferente a la existente? ¿Y cuál sería el sistema de leyes teóricas de economía política del socialismo, en que se fundamentaría tal nueva forma de propiedad social?

Referencias bibliográficas

(1) Sobre este tema, y otros tratados en este trabajo, ver lo pertinente en Rodolfo Méndez Q. *Teoría del Conocimiento Dialéctico*. Ibáñez, Bogotá 2021. Contenidos de este libro se utilizarán a lo largo del presente ensayo sin referencias directas a ubicaciones bibliográficas específicas por el autor.

(2) Trabajar nos transformó en *Sapiens*. Las investigaciones de F. Engels argumentaron esta idea con suficiente sustentación de base darwiniana. Por supuesto que existen paleoantropólogos que estiman en una sugestiva interpretación de la evolución humana, que fueron procesos internos ajenos a influencias externas, los que habrían impulsado cambios interiores en la geometría de algunos órganos y cierto desplazamiento migratorio en su ubicación relativa en el cuerpo humano, lo que por ejemplo en el caso del hueso esfenoideos, habría sido el elemento interno determinante de la evolución hacia la formación del aparato fónico del *Sapiens*. Y no factores externos. Cualquier enciclopedia seria de ciencias sociales, aporta información sobre estos menesteres. En nuestro caso, entre tantos diccionarios de economía política y ciencias sociales disponibles, utilizaremos principalmente uno conocido en lengua castellana, el tantas veces re-editado en la segunda mitad del siglo XX, el *Diccionario de Economía Política* redactado por G.I. Libman, V.I. Pánchenko y A.F. Tarunin, al cual aportaron 99 académicos en su elaboración en la URSS de su época, según la pulcra edición de Akal editores de Madrid en 1975, con traducción del ruso de Augusto Vidal.

(3) *"Economía Política Socialismo primera fase del modo comunista de producción"*, redactado por los académicos M. Vólkov y A. Rumiántsev, con la colaboración de: T. Jachaturov, O. Bogomolov, G. Koslov, A. Pshkov, M. Azárova, A. Alexéev, M. Atlas, R. Beloúsov, V. Dokukin G. Grigorián, A. Liapin, P. Skípetrov, A. Smirnov, A. Rozhanski de la Academia de Ciencias de la URSS y I. Lukínov de la Academia de Ciencias de Ucrania. Progreso Moscú 1985. P. 5. Traducción del ruso de L. Vládov.

(4) Ver al respecto, entre muchas investigaciones aparecidas después del deshielo de 1956 cuando la dirección política de la URSS superó la inestabilidad que siguió a 1953, *Las luchas de clases en la URSS* (2 tomos) (1917-1923 y 1923-1930) Siglo XXI México 1979 de Ch. Bettelheim, cuyas conclusiones maestras, siguen siendo corroboradas por numerosas investigaciones posteriores al derrumbe de 1991, cuando se empezaron a abrir archivos antes prohibidos sobre la seguridad del Estado soviético. Obras actuales como *Conciencia y revolución en la filosofía soviética* de David Bakhyurst, Dos cuadrados, Madrid 2022; *Un imperio fallido* de Vladislav M. Zubok, Critica, Critica Barcelona 2008; *El siglo soviético* de Moshe Lewin, Crítica, Barcelona 2006, hacen determinados aportes en numerosas áreas de la experiencia soviética, aunque no consideran el problema de las leyes teóricas de la economía política del socialismo, ni siquiera como un modesto aparte en sus respectivos índices.